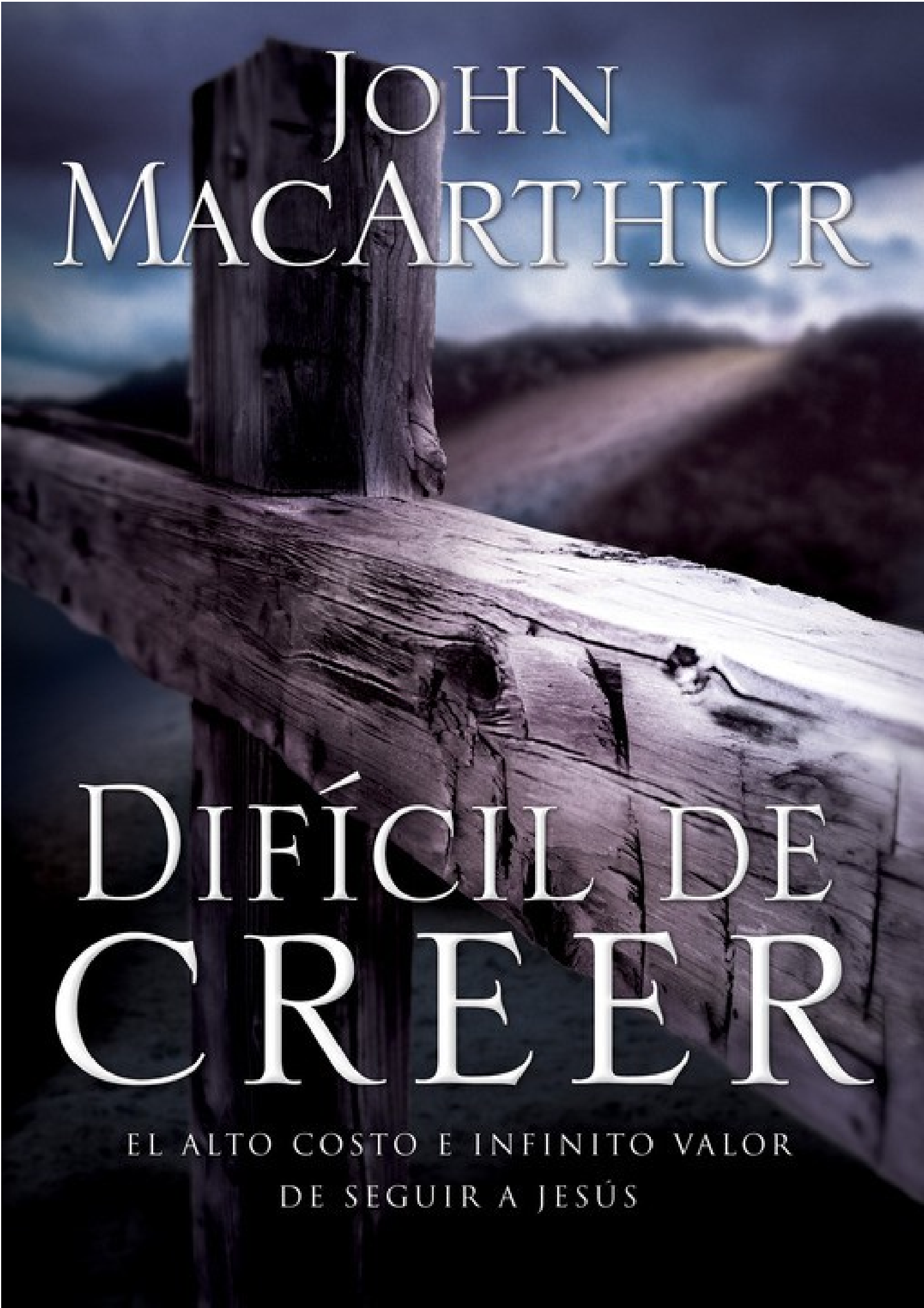

JOHN
MACARTHUR
DIFÍCIL DE
CREER
EL ALTO COSTO E INFINITO VALOR
DE SEGUIR A JESÚS

Difícil de creer

INTRODUCCIÓN



En este espacio es deber común del autor decir lo que viene luego en su libro. Es lógico.

¿Quiere usted recibir el perdón de todos sus pecados, sentirse libre del juicio y el castigo eterno, que Dios le rescate del poder de Satanás para llegar a ser un amado hijo y que le enriquezca abundantemente para siempre con experiencias maravillosas y asombrosas en la alegría ilimitada del cielo eterno? Esa es la pregunta. Si su respuesta es no, entregue este libro a alguna otra persona. Si la respuesta es sí, sepa esto: Muchos, muchos, pero muchos, dijo Jesús, que responden con un rápido sí, jamás recibirán lo que quieren con su sí.

Usted puede querer el amor de Dios, su gracia, perdón y bendición, así como la bienaventuranza indescriptible del cielo —puede quererlo como el que más— y nunca recibirlo.

¿Por qué? Porque usted está mal informado respecto del cómo. ¿Tiene esto sentido? El mundo tiene millones de personas que piensan que se dirigen al cielo, pero que están mortalmente equivocadas. Es probable que la mayoría de ellas piense que el cielo les espera, y no es así. Lo más triste

es que muchas de esas personas ¡se sientan en iglesias evangélicas que están mal informadas!

Si usted todavía me acompaña, y quiere la verdad para usted mismo y para otros, siga leyendo.

No es mi verdad. No tengo ninguna verdad que salve, ni tampoco la tiene nadie aparte de Dios. Esta es la oportunidad más decisiva en toda la eternidad: prestar atención a lo que Dios ha escrito respecto al camino al cielo.

Esto es suficiente como introducción. Si todavía tiene interés, prepárese para ser librado de la búsqueda de la verdad, porque esto viene de la Palabra de Dios.

John MacArthur.

1



GRAN SABOR, MENOS LLENURA

La primera función de un mercadeo exitoso es dar a los consumidores lo que quieren. Si quieren hamburguesas más grandes, hagan más grandes sus hamburguesas. ¿Bebidas con seis sabores de frutas? Hecho. ¿Mini furgonetas con diez portavasos? Póngales veinte. Hay que mantener satisfecho al cliente. Hay que modificar el producto y su mensaje para que supla sus necesidades si quiere establecer mercado y mantener a raya a la competencia.

Hoy día, esta misma mentalidad consumista ha invadido al cristianismo. ¿Dicen que el culto de la iglesia es demasiado largo? Pues acortémoslo [cierto pastor garantiza que sus sermones ¡nunca duran más de siete minutos!] ¿Demasiado formal? Vístase con ropa deportiva. ¿Demasiado aburrido? ¡Espere a oír nuestra banda de música!

Y si el mensaje es demasiado agresivo, acusador o exclusivista, que asusta, que es increíble, difícil de entender, o demasiado lo que sea para su gusto, hay iglesias por todas partes que están ansiosas de ajustar ese mensaje

para que usted se sienta más cómodo. En esta nueva versión del cristianismo usted es socio del equipo, diseñador de la vida de la iglesia, y se deja por fuera toda autoridad anticuada, los sentimientos de culpabilidad, la responsabilidad y los absolutos morales.

Una iglesia envió hace poco una circular prometiendo «atmósfera informal y reposada con buena música de nuestra banda», y que los que asistan, «aunque usted no lo crea, se divertirán». Esto sería excelente si se tratase de un café o algo por el estilo, pero quienquiera que pretenda llamar a las personas al evangelio de Jesús con tales cosas como prioridades, las llama a una mentira.

Es cristianismo para consumidores: cristianismo ligero, redirección, cristianismo diluido e interpretación errónea del evangelio bíblico, en un intento por hacerlo más digerible y popular. Sabe muy bien al tragarlo, y cae bien. Parece que amortigua lo que siente, y le rasca donde pica; está hecho a la medida de sus preferencias. Pero esa ligereza jamás le llenará con el evangelio verdadero y salvador de Jesucristo, porque está diseñado por el hombre y no por Dios, y es vacío y no sirve para nada. A decir verdad, es peor que inútil, porque los que oyen el mensaje del cristianismo ligero piensan que están oyendo el evangelio y creen que están siendo rescatados del castigo eterno, cuando en verdad están siendo trágicamente descarriados.

EL FALSO EVANGELIO DE LA AUTOESTIMA

El verdadero evangelio es un llamado a negarse a uno mismo. No es un llamado a la autorrealización. Eso lo pone contra la proclamación contemporánea del evangelio, en la que los ministros ven a Jesús como un genio utilitario. Uno frota la lámpara, Cristo sale y le dice que puede tener lo que se le antoje; uno le da la lista, y él lo cumple.

El defender el verdadero evangelio me ha puesto en una posición bastante difícil frente a algunos colegas que no quieren tomar la Biblia en serio. Siempre digo que las personas que pastoreo en mi iglesia, Grace Church [Comunidad de la Gracia], deben tener un corazón dispuesto a someterse a la Palabra de Dios, porque ese es el mensaje, sin adornos ni adulteración, que van a recibir cada vez que asistan. Si no están dispuestos

a enfrentarse a la dura verdad de la convicción por sus pecados, la realidad dura y perturbadora de la negación propia, y las duras demandas de seguir a Cristo, no van a quedarse por mucho tiempo.

Algunos que forman parte del evangelicalismo le dirán que Jesús solo quiere que a usted le vaya bien, y que si no le va bien es porque usted no ha presentado su boleto de lotería espiritual. Si no es rico, es porque no lo ha reclamado. Jesús quiere que usted esté libre de deudas, y si manda a los televangelistas suficiente dinero, ese acto de fe lo libertará del demonio de la deuda. Su salvación por medio de Cristo es garantía de salud, riqueza, prosperidad y felicidad.

Los evangélicos que se adhieren a la psicología antropocéntrica [centrada en el ser humano] le dicen que Jesús le da paz, que Jesús le da alegría, que Jesús le hace mejor vendedor y también que Jesús le ayuda a lograr más jonrones. Jesús realmente quiere que usted se sienta muy bien con respecto a usted mismo. Quiere elevar su propia imagen. Quiere poner fin a su pensamiento negativo.

Es interesante ver cómo esta tendencia se ha introducido en la iglesia cristiana. He vivido suficiente para verlo llegar. Ha florecido, a mi modo de ver, más marcadamente mediante el esfuerzo del personaje religioso siempre presente en la pantalla chica: Robert Schuller, y un libro que él escribió hace varios años titulado Self-Esteem: The New Reformation [Autoestima: La Nueva Reforma]. Hice una reseña de ese libro para una revista nacional. Pensé que el punto de vista de Schuller era crucial, literalmente, como el título lo dice, un intento por promover una nueva reforma. Era un esfuerzo por reemplazar el evangelio bíblico con un nuevo evangelio. Y dio resultado.

En ese libro Robert Schuller atacaba la Reforma protestante y al proclamar una nueva reforma escribió: «Es precisamente en este punto que la teología clásica ha errado por su insistencia en que la teología debe ser "teocéntrica", y no homocéntrica». Así que, según Schuller, lo primero que hay que hacer es poner punto final a la teología clásica, centrada en Dios, y reemplazarla con una teología centrada en el hombre.

Para definir la teología homocéntrica [que es una perogrullada], escribió luego: «Este plan maestro de Dios está diseñado alrededor de las necesidades más hondas de los seres humanos: dignidad propia, valía propia,

estima propia» Para Schuller, la perla de gran precio es el respeto propio y la estima propia. Luego sigue diciendo: «El éxito se debe definir como la dádiva de la autoestima que Dios nos da como recompensa por nuestro servicio sacrificial para levantar la estima propia de otros. De todos modos, si seguimos el plan de Dios lo más fielmente que podamos, nos sentiremos bien respecto a nosotros mismos. ¡Esto es éxito!»

Discúlpenme si no me uno. No puedo pensar en ningún plan con el que menos quisiera asociarme.

En esta nueva reforma de la autoestima, lo primero que se exige es bajar a Dios de su lugar supremamente elevado para así uno poder elevarse y reemplazar la teología que exalta a Dios con una psicología de autoestima que exalta al hombre. Para que esto resulte hay que alterar e interpretar erróneamente la Biblia y el evangelio, con el fin grandioso de hacer que las personas se sientan bien en cuanto a sí mismas, para que así puedan cumplir sus sueños y poner en práctica sus visiones.

Tal vez la afirmación más asombrosa en Autoestima: La Nueva Reforma es la siguiente: «Tan pronto una persona cree que es un "pecador indigno", es dudoso que pueda aceptar sinceramente la gracia salvífica que Dios ofrece en Jesucristo». Así que, si uno quiere alcanzar la salvación, de acuerdo con este nuevo evangelio, no puede creer que uno mismo es un pecador indigno. ¿Cuán torcido es esto? ¿Qué tan contrario a la verdad es esto? Es simplemente el evangelio centrado en el hombre, autoestima que con el tiempo se convirtió en ese movimiento acomodaticio al que busca que se ha apoderado de tantas iglesias. Es una especie de narcisismo cuasicristiano, de amor a uno mismo, que caracteriza a los falsos maestros, según 2 Timoteo 3 que nos recuerda: «En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos» [véase 2 Timoteo 3.1-2].

El cristianismo, en las manos de algunos dirigentes de iglesias que se acomodan al que busca, se ha convertido en un movimiento de «logre lo que quiera» en lugar de ser un movimiento de «abandónelo todo». Estos dirigentes han prostituido la intención divina del evangelio. Han reemplazado la gloria de Dios por la satisfacción del hombre. Han canjeado el concepto de entregar por entero nuestras vidas para el honor de Cristo por el de ser honrados por Cristo. Como tal, nuestra sumisión a la voluntad

de Dios es reemplazada por la sumisión de Dios a nuestra voluntad. Siendo que las personas por lo general rechazan el evangelio real, los evangelicalistas modernos simplemente han cambiado el mensaje.

Un santo de hace muchos siglos lo dijo muy bien en esta oración.

> Señor, alto y santo, manso y humilde, hazme aprender por la paradoja de que el camino hacia abajo es el camino hacia arriba, que ser humilde es ser elevado, que el corazón quebrantado es el corazón sanado» que el espíritu contrito es el espíritu que se regocija, que el alma arrepentida es el alma victoriosa, que no tener nada es poseerlo todo, que llevar la cruz es tener la corona, que dar es recibir. Hazme hallar tu luz en las tinieblas, tu gozo en mi tristeza, tu gracia en mi pecado, tus riquezas en mi pobreza, tu gloria en mi valle, tu vida en mi muerte.

«¿Tu vida en mi muerte?» Ese es el verdadero evangelio. Jesús lo dijo inequívoca e inescapablemente: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» [Mateo 16.24-25]. No se trata de exaltarme a mí mismo, se trata de matarme a mí mismo. Es la muerte del yo. Uno gana al perder; uno vive al morir. Ese es el mensaje central del evangelio. Esa es la esencia del discipulado.

El pasaje no menciona nada de mejorar la autoestima, de ser rico y triunfante, de sentirse bien respecto a uno mismo o de tener satisfechas todas las necesidades, que es lo que muchas iglesias predican estos días a fin de dorar la píldora de la verdad.

Así que, ¿quién tiene razón? ¿Es el mensaje del cristianismo de realización propia o es la negación de uno mismo? No puede ser ambas cosas. Si es cuestión de opinión, yo hago lo mío y usted hace lo suyo, y ambos nos deslizamos raudos y contentos en direcciones diferentes. Pero el cristianismo, el evangelio genuino de Jesucristo, no es cuestión de opinión. Es cuestión de verdad. Lo que usted quiere, lo que yo quiero o lo que cualquiera quiere no importa. Es lo que es... por la voluntad soberana de Dios.

LAS PALABRAS DURAS DE JESÚS

No tengo ni idea cómo los aficionados al cristianismo ligero reconcilian su enfoque religioso con las enseñanzas de Jesús, ni cómo pueden sentirse bien ignorando lo que Jesús dijo. Lo único aceptable para usted y para mí es tomar la palabra de nuestro Señor de la única fuente de verdad para todo creyente auténtico: la palabra de Dios revelada en la Biblia. De modo que empecemos allí.

Lucas 9 penetra hasta la médula en lo que es la esencia del cristianismo. Aquí Jesús estaba con sus discípulos poco después de haber dado de comer milagrosamente con una modesta canasta de panes y peces a una muchedumbre de cinco mil personas que habían ido a oírlo. En Lucas 9.23-26 leemos:

> Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles.

Es muy sencillo. Cualquiera que quiera seguir a Jesús al reino de Dios, es decir, cualquiera que quiera ser creyente, tiene que enfrentarse a tres mandatos: 1) negarse a sí mismo, 2) tomar su cruz cada día, y 3) seguirlo. Cuesta creer estas palabras. No son agradables para el consumidor ni razonables para el que busca. El cristianismo ligero no se halla en ninguna parte. Pero este no es un pasaje oscuro, ni diferente de las demás enseñanzas de Jesús. Son principios que enseñó firme y repetidamente en todo su ministerio, vez tras vez en todas las diferentes ocasiones.

Esto no es algo nuevo. Cuando Martín Lutero lanzó la Reforma protestante en 1517 al colocar sus Noventa y Cinco Tesis en la puerta del castillo de Wittenberg, afirmó en su cuarta tesis que la salvación requería el aborrecimiento de uno mismo. Escribió que «el aborrecimiento de uno mismo sigue vigente hasta la misma entrada al reino de los cielos». En el

original griego «negarse» significa «rehusar asociarse con». La idea es que si uno quiere ser discípulo de Cristo y recibir perdón y vida eterna, debe rehusar asociarse ¡con la persona que uno mismo es! Usted está hastiado de su ego pecaminoso y ya no quiere tener nada que ver con esa condición caída. Y tal vez no solo consigo mismo sino también con su familia.

En Mateo 10.32 Jesús hablaba de confesarle como Señor y Salvador: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos». Y luego, en los versículos 34.36: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa».

No es una invitación amistosa, es una advertencia: Si vienes a Cristo, tal vez las cosas en tu familia serán peores, no mejores. Puede producir una división en tu familia como nunca antes la has experimentado. Si le das tu vida a Jesucristo, habrá un golfo impasable entre tú y las personas que no entregan su vida a Él. A decir verdad, cuando el místico hindú de la Nueva Era, Deepak Chopra, me dijo en la cadena de televisión CNN: «Usted y yo estamos en dos universos diferentes», le respondí que tenía toda la razón. Esto es cierto no solo en cuanto a los extraños sino también en cuanto a los parientes, y crea un severo rompimiento en las más íntimas de las relaciones.

El versículo 37 añade: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí». Si usted no está dispuesto a pagar el precio de una división permanente en su familia a menos que sus seres queridos vengan a Cristo —si no está dispuesto a pagar el precio de un mayor trauma, mayor conflicto, mayor sufrimiento en su familia— no es digno de ser discípulo de Jesús.

Versículo 38: «Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí». ¡Un momento! En el tiempo de Jesús la gente asociaba una cruz con una cosa y solo con una cosa: una cruz era un instrumento de muerte. Jesús estaba diciendo que si uno no está dispuesto a tener conflicto con el mundo al grado de que pueda costarle la vida, no es digno de Él.

Versículo 39: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará». Esto hace eco de Lucas 9. Tiene que ver con

perder la vida. No es teología antropocéntrica, es teología cristocéntrica que dice: «Le doy todo a Cristo, cueste lo que me cueste, aun la vida».

EL VERDADERO EVANGELIO DE LA BIBLIA

Esta es la verdad fundamental del cristianismo que la Biblia confirma repetidas veces. Jesús dijo lo mismo de diferentes maneras. Lo dijo en la conocida historia del joven rico. En Marcos 10.17 el joven dirigente de la sinagoga se acercó corriendo a Jesús, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»

¡Qué escenario para la evangelización personal! Jesús podría haberle dicho: «Eleva esta oración», o «¡Toma la decisión de aceptarme!» Pero no dijo eso. En vez de eso confrontó al joven rico con la realidad del pecado para que se revelara si estaba convencido o no de su maldad y arrepentido de sus iniquidades. Jesús le mencionó varios de los Diez Mandamientos como ejemplos de la ley de Dios que el joven había quebrantado.

Rechazando toda idea de pecado y arrepentimiento, el joven se jactó de haber obedecido los Diez Mandamientos toda su vida. Pensaba que era un candidato perfecto para la vida eterna, pero no recibió la respuesta que esperaba. En el versículo 21 Jesús le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz». Jesús hizo que saliera a relucir la justicia propia del hombre y luego dejó al descubierto su amor al dinero. El joven dirigente quería que Jesús le enseñara cómo tener la vida eterna, pero Jesús le dijo que el precio era abandonar su ilusión de justificación propia y más bien reconocer que era un pecador indigno y miserable. Tenía que estar dispuesto a someterse al Señor Jesús, aun si ello significara dejar todas sus posesiones terrenales. Tal vez Jesús no lo pida, pero el requisito para la vida eterna es estar dispuesto a dejarlo todo si Él así lo pide.

El joven no quiso hacer ni lo uno ni lo otro, ni reconocer su pecado ni negarse a sí mismo. Como nos dice el versículo 22: «Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones». Prefirió aferrarse al engaño de su justicia propia, retener su dinero y sus posesiones, que tener a Jesús. No tenía interés en negarse a sí mismo, ni a sacrificarse

ni a someterse. Por consiguiente, era indigno de ser discípulo de Jesús y él mismo se cerró la puerta al reino de la salvación.

Todos conocemos a alguien como el joven rico: engreído, confiado en sí mismo, impresionado con su propia bondad, que ve la salvación cristiana como una meta más que puede lograr mediante desempeño, habilidad, dinero o influencia. La Biblia nos dice que así no son las cosas. La meta es la nada común disposición a reconocer entristecido el pecado y llegar a la sumisión y al sacrificio. Si no estamos dispuestos a separarnos de nuestras familias, a separarnos del mundo y a separarnos de las cosas materiales que poseemos, es porque Jesús no es tan valioso para nosotros. Es todo o nada.

Hay otro ejemplo más en Lucas 9.57, donde Jesús va de camino con algunos de sus seguidores y uno de ellos le promete: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús no le dijo: «Oye, qué bueno. Vamos al ir al hotel de lujo Ritz-Carlton para cenar con caviar». Lo que le dijo en el versículo 58 fue: «Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza». Jesús no le dijo: «Sígueme y serás feliz, gozarás de salud, serás rico, próspero y triunfador». Le dijo: «Simplemente quiero que sepas esto: no tengo ni siquiera un lugar donde poner la cabeza. El discipulado te va a costar todo lo que tengas. No esperes comodidad y vida fácil».

La historia continúa en el versículo 59: «Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre». La implicación aquí es que el padre no había muerto todavía. ¿Qué quiso decir con «déjame primero que vaya y entierre a mi padre»? ¿Se refería a asistir a un funeral? No. Quería decir quedarse ¡hasta recibir la herencia! No iba a tener nada si seguía a Jesús. Jesús no tenía qué darle, así que el hombre quería quedarse en la casa hasta que pudiera guardar una fortuna en su talega y entonces seguir a Jesús. Este hombre también desapareció.

Un tercer posible seguidor de Jesús quería volver a su casa y organizar una fiesta de despedida con sus amigos y familia, para conseguir respaldo para su aventura. Jesús le dijo que quienes entran en su reino no vuelven atrás para traer consigo elementos de la vida vieja. Más bien, son como el agricultor, que tan pronto empuña el arado mantiene su vista al frente para que el surco quede recto [Lucas 9.61-62]

Jesús fijó la norma como negación propia total. En Lucas 14.26 se nos dice que una gran multitud lo seguía y que él se volvió y les dijo: «Si alguno viene a mí», es decir, el que quiera ser un verdadero seguidor, «y no aborrece a su padre y madre, mujer e hijos, hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo». ¿Aborrecerse uno mismo? ¡Qué verdad más tremenda! Esta no es salvación por buenas obras, sino todo lo opuesto: salvación al rechazar toda esperanza de agradar a Dios por nuestras fuerzas.

Seguir a Jesús no es asunto que dependa de usted o de mí. Ser creyente no es cuestión de nosotros, no es cuestión de estima propia. Más bien es cuestión de estar hastiados de nuestro pecado y de nuestra desesperación por el perdón. Es cuestión de ver a Cristo como el invaluable Salvador del pecado, la muerte y el infierno, para que voluntariamente dejemos a un lado lo que sea necesario, aun si nos cuesta nuestra familia, nuestro matrimonio y lo que sea que atesoramos y poseemos.

Hasta nos puede costar la vida, como Jesús dijo en Lucas 9.24 y lo reafirmó en 14.27: «Y el que no lleva su cruz», es decir, el que no está dispuesto a morir y dar su vida, «y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo».

No puede ser más claro que esto. Si usted trata de aferrarse a sí mismo, a su plan, a su agenda, a su triunfo, a su autoestima, pierde el perdón y el cielo.

En Juan 12.24 Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto». En otras palabras, Jesús dice: «Si vas a tener fruto en mí, te va a costar la vida. Vas a tener que morir». El versículo 25 dice: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará». La senda que Jesús seguía era la senda de la persecución y de la muerte.

Así que quiere seguir a Jesús, ¿verdad? Le va a costar absolutamente todo.

El Señor tal vez no le quite la vida. A lo mejor no le quita su dinero. A lo mejor no le quita ni a su familia ni a su cónyuge. Tal vez no le quite su trabajo. Pero usted tiene que estar dispuesto a dejarlo todo, si eso es lo que

Él le pide. Usted debe estar suficientemente desesperado y dispuesto a abrazarse a Cristo a cualquier precio.

Si quiere seguir a Cristo hasta el cielo, este es el mensaje: niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígalo. ¿Oye esto en el evangelio contemporáneo? ¿Alguna vez oye esto en el mensaje que da algún predicador por televisión o algún evangelista? ¿Oye alguna vez que alguien se levanta de entre la multitud y dice lo siguiente?: «Si quiere usted convertirse en creyente, ¡renuncie a la vida! Rehúse asociarse con usted mismo, rechace todas las cosas que su ego anhela, quiere y espera. Esté dispuesto a morir por amor a Cristo, si es necesario, y mientras vive como un esclavo, sométase en obediencia a Jesucristo» ¡Eso no vende! No es un brillante mercadeo.

Es un mensaje difícil de creer porque la negación de uno mismo es muy dura. Pero resulta que es la verdad.

LA PUERTA ANGOSTA

Entonces, ¿qué quiere hacer? De acuerdo con muchas iglesias y predicadores, la respuesta es popularizar el evangelio: descarte todo eso de renunciar a la vida y llevar la cruz, y búsquese una banda decente para el escenario.

Dígale a todo el mundo que Dios quiere que esté contento, que tenga éxito y una buena autoestima.

El único problema es que decir esas cosas le da a la gente que no sabe la ilusión de que es salva, cuando no lo es. Algún día, cuando estén frente a Cristo, van a decir: «¡Señor, Señor!», y Él les va a decir: «Apártense de mí. Nunca los conocí» [véase Mateo 7.23]. ¿Cuánto valdrá una buena banda entonces? Tanto como una autoestima saludable.

La humanidad quiere gloria. Queremos salud. Queremos riqueza. Queremos felicidad. Queremos que se satisfagan todas nuestras necesidades, que nos rasquen todas nuestras minuciosas comezones humanas. Queremos una vida sin dolor. Queremos la corona sin la cruz. Queremos la ganancia sin el dolor. Queremos que las palabras de la salvación cristiana sean fáciles…

Así es como piensa la gente, pero no es la instrucción que Dios nos da. Según Hebreos 2.10, el sufrimiento hizo perfecto al Capitán de nuestra

salvación. Así nosotros también padeceremos la cruz del sufrimiento. Lo que sufrimos primero que nada es la muerte de todas las esperanzas, todas las ambiciones, todos los deseos, todos los anhelos, todas las necesidades que son humanas.

Escuchando a los predicadores del evangelio acomodadizo es posible pensar que es fácil ser creyente. Tan solo diga unas cuantas palabritas, eleve esta oracioncita y ¡zas!, ya está en el club. Según la Biblia, así no son las cosas. En Mateo 7.13, durante el Sermón del Monte, Jesús amonestó a sus seguidores: «Entren por la puerta estrecha». La connotación de «estrecha» es constrictiva, angosta. Es algo muy, muy reducido. No podemos llevar nada al pasar por ella porque pasamos despojados de todo.

También existe una puerta religiosa muy ancha, y me entristece pensar que muchos predicadores, y muchas iglesias, conducen a la gente por ella. Dicen: «No tienen que hacer todas esas cosas difíciles para llegar al cielo. Tenemos una mente abierta e inclusiva, y pensamos que toda persona que quiera, debe salvarse».

En realidad, hemos llegado al punto en que algunos que se llaman cristianos han pedido disculpas en nombre de todos nosotros, los irremediablemente inflexibles sacafaltas: los que se aferran a las ideas antiguas y fuera de moda, los que creen que el cristianismo debe ser bíblico, exclusivista, inflexible e inconveniente. Hace poco, un grupo de más de cincuenta pastores y laicos, incluido el decano de una escuela de teología, en representación de una media docena de las denominaciones cristianas tradicionales, puso un anuncio en un periódico de gran circulación insistiendo en que era malo —ética, moral y espiritualmente— que cualquier individuo, grupo, iglesia o religión, proclame tener acceso exclusivo a Dios o a la gracia, la bendición o la salvación divinas… «Las proclamaciones de exclusividad de parte de los cristianos y otros han desempeñado un papel auto justificado al causar indecible sufrimiento humano».

Discúlpenme, pero si los creyentes no reconocen y predican el hecho de que la salvación es solo por medio de Cristo, están arreando inadvertidamente a las personas por la puerta ancha que lleva a la destrucción. Eso no es mi opinión, es la Palabra de Dios. La gente está entrando a volandas por la puerta ancha, cómoda e invitadora, con todo su equipaje, sus propias necesidades, su autoestima y su deseo de realización y satisfacción. Lo

más horrible de esto es que piensan que van a ir al cielo. Y alguien cree que está haciéndoles un gran favor al presentarles un evangelio acomodadizo con el cual todo el mundo se siente bien.

Pero ese evangelio es un evangelio falso, una mentira traicionera. Esa puerta de fácil acceso no lleva al cielo. Dice «Cielo», pero acaba en el infierno...

«Porque estrecha es la puerta» dijo Jesús en Mateo 7.14, «y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan». Concuerdo en que nos cuesta mucho hallarla, especialmente hoy. Uno puede ir de iglesia en iglesia y jamás encontrarla. Es una puerta muy estrecha.

La misma enseñanza aparece en Lucas 13.23-24. «Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán». Cuesta hallarla, y cuesta entrar por ella.

¿Por qué cuesta tanto encontrarla hoy, y por qué es tan duro entrar por ella? Cuesta mucho hallarla porque muchas iglesias se han desviado de la enseñanza de la verdad del evangelio. Es incluso más duro, una vez que se ha oído la verdad, someterse a ella. El hombre se adora a sí mismo. Es su propio dios. Lo que necesitamos decir a la gente no es: «Venga a Cristo y se sentirá mejor» ni «Jesús quiere suplir sus necesidades, sean las que fueren». Jesús no quiere satisfacer nuestras necesidades —mundanales, terrenales y humanas—. Lo que quiere es que estemos dispuestos a decir: «Por amor a Cristo dejaré todo lo que pienso que necesito».

Es difícil pasar por la puerta estrecha porque es muy duro negarnos a nosotros mismos. El primer requisito que Jesús fijó en Lucas 9 fue que los creyentes se nieguen a sí mismos, pero eso es casi imposible. La importancia propia es la realidad que reina en la condición humana caída: el hombre es el amo de su propia alma, capitán de su propio destino, monarca de su propio mundo.

Decir que uno tiene que negarse a sí mismo y morir a sí mismo es simplemente demasiado. Predique un evangelio que no incluya eso, y la gente se aglomerará alrededor suyo para escapar del infierno y entrar al cielo. Pero empiece a predicar el verdadero evangelio, las palabras duras de Jesús que exigen una negación propia total y absoluta, es decir, el reconocimiento de que no valemos nada, que no merecemos ningún elogio y que

nada que tengamos vale la pena salvar, y será mucho menos popular. Créalo, porque se lo dice alguien que fue criticado en la televisión nacional por decirlo.

HAY QUE TOMAR EN CUENTA EL COSTO

En Lucas 14.28-30 Jesús preguntó: «¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar».

Si usted va a venir a Cristo, va a tener que tomar en cuenta el costo. ¿Lo ha tomado en cuenta? ¿Entiende que hay un precio que hay que pagar? Sabemos cuál es ese precio porque, como ya hemos visto, la Biblia nos lo dice clara e inequívocamente, y repetidas veces. El precio es estar dispuesto a aborrecer a su padre y madre, y si fuera necesario, aun su propia vida, tomar su cruz y seguir a Jesús. Nada del mundo debemos considerar tan valioso como para descartar a Cristo a cambio de ello.

Continuando en los versículos 31-32: «¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz». O bien se hace la paz con el enemigo si uno no puede conquistarlo, o se asegura de tener las tropas necesarias para ganar la batalla. En otras palabras, Jesús dijo: «No vengan a mí a menos que hayan considerado el costo. El precio es la negación de uno mismo, la auto crucifixión y la sumisión de uno mismo».

En Lucas 14.33 Jesús martilla el punto: «Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». No vamos a salvarnos por descartar todos nuestros bienes terrenales, pero debemos estar dispuestos a hacerlo. Así de consagrados debemos ser a la causa de Cristo. Tenemos que negarnos todos nuestros anhelos mundanales. Nos negaremos incluso nuestro derecho a la vida, y entregaremos nuestras vidas, si fuera necesario, por amor a Jesucristo. Nos someteremos a su voluntad, lo seguiremos adondequiera que nos pida que vayamos, ya sea que

nos diga que debemos perder estas cosas o que podemos guardarlas. Eso depende de Él.

Jesús relató dos parábolas en Mateo 13, empezando en el versículo 44. Dijo: «El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo». En el versículo que sigue cuenta la historia de un hombre que halló una perla muy costosa, y vendió todo lo que tenía para comprarla. La total entrega de todas las posesiones es la esencia de la salvación. Es decir: «Lo dejo todo. Me niego a mí mismo. Ofrezco mi vida, tanto en términos de morir, si fuera necesario, o en términos de obediencia en vida».

Ya vimos que hay algunos que insisten que la perla muy costosa en la fe cristiana es el «respeto genuino y la autoestima». Ni en sueños. La perla muy costosa, el tesoro que vale la pena todo lo que usted y yo poseemos, es la gracia salvadora de Jesucristo que irremediablemente no merecemos, pero de la que podemos echar mano como propia al negarnos a nosotros mismos, tomar cada día nuestra cruz y seguirle.

Este es el mensaje del evangelio. Cuando uno llama a las personas para que vengan a Cristo, esto es lo que hay que decirles.

CÓMO TENER SATISFECHO AL CLIENTE

Ahora llegamos al asunto que está detrás de toda la música pop, la autoalabanza y «diversión» que tanto prometen las iglesias que se acomodan al buscador: las personas no van a comprar el cristianismo si es tan difícil. Si no suple sus necesidades, no les interesa. Si quieren seis sabores frutales y usted solo tiene dos, los ha perdido. Necesitan cristianismo de gran sabor, y si les llena menos a corto plazo, pues bien, explicaremos las cosas difíciles más tarde.

A esto se le da un nombre en el mundo del mercadeo: carnada y cambio. Anuncian un televisor a precio de ganga, pero cuando el consumidor llega al negocio, ese modelo en particular no está en existencia. Hay otros que cuestan más, sin embargo, y que son muy parecidos. No es lo que le prometimos. A decir verdad, lo que prometimos jamás ha existido. La oferta fue una patraña.

¿Qué sucede en una iglesia acomodadiza cuando alguien se traga la carnada? La persona piensa: «Oigan, el cristianismo no tiene nada de difícil. Uno conoce personas encantadoras, oye un mensaje inspirador y música estupenda, y llega al cielo». Pero en algún momento sale a la luz la verdad. Las palabras duras de Jesús salen a la luz: «No se trata de ti, sino de mí y de sacrificarte para seguirme».

Es verdad absoluta que nadie va a querer ser creyente en tales circunstancias, a menos que el Espíritu de Dios esté obrando en su corazón. A menos que el Espíritu de Dios haga su obra de convicción, reviva el corazón muerto y genere fe, nada va a suceder, no importa lo que uno haga. Además, el mensaje único y verdadero de Jesús, conectado a la obra del Espíritu, producirá salvación verdadera. La fuente de la gracia se abrirá y fluirá al pecador que se niega a sí mismo. Es la esencia misma de la gracia. Es cuando no tenemos nada en nosotros mismos que ofrecer para merecer la salvación, sino que afirmamos nuestro aborrecimiento de nuestro yo indigno, que Dios nos concede gracia para rescatarnos del pecado y del infierno.

No podemos reinventar el evangelio para hacerlo a nuestra medida, para nuestra comodidad y conveniencia. Pero eso es lo que la gente está haciendo hoy. Por eso he escrito este libro. Si uno modifica el mensaje para hacer más atractivo el cristianismo, lo que se obtiene no es cristianismo.

No estoy promoviendo legalismo en ninguna forma, sino fidelidad a las Escrituras, aunque algunos ya han decidido que soy demasiado áspero y recalcitrante. Un amigo evangélico pensó que me elogiaba cuando al presentarme dijo: «Este es John MacArthur, que es mucho mejor en persona de lo que lo es en sus libros».

Sonreí y dije: «En persona es mucho más fácil demostrar el amor de Cristo».

Hay congregaciones y pastores bienintencionados que hacen todo lo imaginable para dar un rodeo a las enseñanzas de Jesús que son difíciles de creer. No lo hacen porque sean malintencionados o maliciosos, ni para engañar conscientemente a alguien. No. Lo hacen porque creen que es mejor dar buenas noticias, que decir palabras duras. Las palabras duras a veces confunden y abochornan; es difícil mirar a los ojos cuando uno repite algunas de ellas.

Los creyentes no saben cómo interpretar ni cómo hablar de algunas de las palabras duras de Jesús, y las dejan a un lado. Pero entregar medio mensaje es casi peor que no entregar nada. Todo lo que Jesús dice es importante. No nos toca a nosotros decidir lo que vamos a transmitir o lo que trataremos de esconder.

Mi oración es que este libro le ayude a entender que la invitación correcta al cristianismo es la que es completa y transparente; que ocultar la verdad no ayuda sino que, en verdad, le hace daño infinito a las personas, y que hay maneras en que usted puede usar la dimensión plena del evangelio para proclamar un mensaje evangélico poderoso y convincente que el Señor va a bendecir.

2



LA DURA VERDAD

Tal vez el mito dominante en la iglesia evangélica actual es que el éxito del cristianismo depende de lo popular que sea, y que el Reino de Dios y la gloria de Cristo de alguna manera avanzará sobre la base del favor del público. Esta es una fantasía muy vieja. Recuerdo haber leído una cita del apologista Edward John Carnell en la biografía del predicador galés David Martyn Lloyd-Jones escrita por Ian Murray. En sus años formativos en el Seminario Teológico Fuller, Carnell decía respecto del evangelicalismo: «Necesitamos prestigio desesperadamente».

Los creyentes se han esforzado mucho por colocarse en posiciones de poder dentro de la cultura. Buscan influencia académica, política, económica, atlética, social, teatral y religiosa, y en toda otra forma posible, con la esperanza de lograr que los medios de comunicación masiva los tomen en cuenta. Pero cuando logran esa exposición, a veces mediante los medios de comunicación masiva, a veces en el ambiente de iglesias de mente bien abierta, presentan un evangelio reinventado y diseñado a la moda que sutilmente elimina la ofensa del evangelio, e invita a la gente al Reino por un

sendero fácil. Descartan todas las losas difíciles de creer en cuanto al sacrificio de uno mismo, a aborrecer a la familia y cosas por el estilo.

La ilusión es que podemos predicar nuestro mensaje más eficazmente desde las encumbradas perchas del poder e influencia culturales, y que una vez que hayamos captado la atención de todos, podemos conducir a más personas a Cristo si le quitamos al evangelio su aguijón y alimentamos un mensaje que agrade al usuario. Pero para llegar a esas perchas encumbradas algunas figuras públicas «cristianas» diluyen la verdad y la acomodan; luego, para mantenerse allí, ceden a la presión de perpetuar la enseñanza falsa para que su público siga siéndoles leal. Decir la verdad llega a ser un ajuste nada sabio en la carrera.

Los pastores de las iglesias locales están entre los primeros en dejarse seducir para usar este evangelio de moda, tallado para que encaje en el deseo del pecador y tergiversado astutamente para superar la resistencia del consumidor. Estilizan las reuniones de la iglesia para que se vean, suenen, se sientan y huelan como el mundo, a fin de eliminar la resistencia del pecador y seducirle al Reino por un sendero fácil y familiar.

La idea es hacer que el cristianismo sea fácil de creer. Pero la verdad sin barniz, sin tergiversación ni modificación, inevitable, es que el evangelio es en verdad difícil de creer. Es más, si se deja sin ayuda al pecador, le es absolutamente imposible.

Esta es la filosofía de moda: «Si les gustamos, les gustará Jesús». Este artificio funciona superficialmente, pero solo si le hacemos acomodos a la verdad. No podemos simplemente criticar a los predicadores locales por reinventar el evangelio, porque no están actuando en forma distinta a los televangelistas de renombre y otros evangélicos más ampliamente conocidos. Para mantener sus cargos de poder e influencia tan pronto los han alcanzado, mantienen esta tenue alianza con el mundo en nombre del amor, el atractivo y la tolerancia, y para conservar contentos en la iglesia a los inconversos deben reemplazar la verdad con algo suave e inofensivo. Como dijo cierto calvinista una vez: «A veces no presentamos el evangelio lo suficientemente bien para que los que no son elegidos lo rechacen».

Ahora bien, no quiero que se me malentienda. Estoy comprometido a proclamar el evangelio hasta donde me sea posible aquí y en todo el mundo. Prefiero que la rectitud prevalezca sobre el pecado. Prefiero elevar

a los justos y exponer el pecado tal y como es, en toda su destructividad. Anhelo ver que la gloria de Dios se extienda hasta los confines de la tierra. Anhelo ver la luz divina inundando el reino de las tinieblas. Ningún leal hijo de Dios se contenta jamás con el pecado, la inmoralidad, la injusticia, el error y la incredulidad. El oprobio que cae sobre el Señor cae sobre mí, y el celo de su casa me consume, tal como a David y a Jesús.

Sin embargo, detesto las iglesias del mundo que se han convertido en refugio de herejes. Me disgusta una iglesia de la televisión que, en muchos casos, se ha convertido en Cueva de ladrones. Me encantaría ver al Señor divino empuñando un látigo y azotando a la religión de nuestro tiempo. A veces lanzo en oración salmos imprecatorios directamente a la cabeza de ciertas personas, pero casi siempre oro para que el Reino venga. La mayoría de las veces oro que el evangelio penetre en el corazón de los perdidos. Comprendo por qué John Knox dijo: «Dame Escocia o me muero. ¿Por qué otra cosa voy a vivir?» Comprendo por qué el misionero pionero Henry Martyn salió corriendo de un templo hindú y exclamó: «No soporto la existencia si a Jesús lo deshonran de esta manera».

Fui a un programa radial de charlas en una emisora importante, en cierta ciudad grande, donde la animadora era una popular «consejera cristiana». En un programa diario de tres horas ella aconsejaba a los oyentes que la llamaban para contarle toda clase de problemas, algunos muy serios. Pero por las preguntas que me hizo en el programa me pareció que ella no había leído gran cosa en cuanto a la doctrina cristiana. Fuera del aire, durante las tandas comerciales, me dijo: «Usted usa la palabra "santificación". ¿Qué quiere decir eso?»

Eso fue un indicio. Si no sabía lo que quería decir santificación, le faltaba mucho por hacer. Todavía fuera del aire le pregunté: «¿Cómo llegó usted a ser creyente?» Nunca olvidaré su respuesta. Me dijo: «Fue fantástico. Un día encontré el número de teléfono de Jesús, y desde entonces hemos estado en contacto».

— ¿Qué? —le pregunté, tratando de no parecer demasiado incrédulo— ¿Qué quiere decir?

— ¿Qué quiere decir con eso de «¿qué quiero decir?»— me disparó bruscamente.

Ella no entendía que hasta su «testimonio» necesitaba una explicación. Luego me preguntó:

— ¿Cómo llegó usted a ser creyente?

Entonces empecé a hablarle brevemente del evangelio, pero me cortó y me dijo:

— Eh, ¿qué pasó? No hay que andar entrando en todo eso, ¿verdad que no?

Sí, claro que sí.

No le doy tregua a la forma como marcha el mundo. Me disgusta todo lo que deshonra al Señor. Estoy en contra de todo lo que Él está en contra y a favor de todo lo que Él respalda. Anhelo ver que se conduzca a las personas a la fe salvadora en Jesucristo. Detesto que los pecadores mueran sin esperanza. Me he consagrado a la proclamación del evangelio. No soy tan estrecho en esto. Quiero ser parte del cumplimiento de la Gran Comisión. Quiero predicar el evangelio a toda criatura.

No es que no me interesen los perdidos del mundo, ni que haya hecho una tregua fácil con un mundo pecador que deshonra a mi Dios y a Cristo. Para mí la única pregunta es: ¿cómo hago mi parte? ¿Cuál es mi responsabilidad? Con toda certeza no puede ser acomodar el mensaje. El mensaje no es mío; viene de Dios, y es por ese mensaje que Él salva.

No solo no puedo acomodar al mensaje, sino que tampoco puedo acomodarlo en el costo. No puedo cambiar las condiciones. Sabemos que Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo» [véase Lucas 9.23]. Jesús dijo que tenemos que llevar nuestra cruz hasta la misma muerte, si Él nos lo pidiera. No puedo evitar que ese evangelio ofenda a una sociedad que flota en amor propio. Esto sé: la predicación de la verdad de veras influye en el mundo y genuinamente cambia un alma a la vez. Eso sucede solo mediante el poder del Espíritu Santo que da vida, que envía luz y que transforma el alma, en perfecto cumplimiento del plan eterno de Dios. Su opinión o la mía no es parte de la ecuación.

El Reino no avanza por la ingeniosidad humana. No avanza porque hayamos escalado a posiciones de poder e influencia en la cultura. No avanza sobre la base de la popularidad en los medios de comunicación masiva o en las encuestas de opinión. No avanza sobre las espaldas del favor público. El Reino de Dios avanza solo por el poder de Dios, a pesar de la

hostilidad pública. Cuando proclamamos verdaderamente en su totalidad el mensaje salvador de Jesucristo es, franca y escandalosamente hiriente. Proclamamos un mensaje escandaloso. Desde la perspectiva del mundo, el mensaje de la cruz es vergonzoso. De hecho, es tan vergonzoso, tan antagónico y tan hiriente que incluso a los creyentes les cuesta proclamarlo, porque saben que producirá resentimiento y ridículo.

AVERGONZADOS DE JESÚS

No estoy seguro de si usted ha notado, como yo, lo difícil que es para los creyentes en televisión o ante el público decir el nombre Jesús. Incluso dirigentes evangélicos bien conocidos evitan ese nombre al hablarle a un público numeroso, y evitan mencionar «cruz», «pecado», «infierno» y otros términos fundamentales de la fe. Hablan mucho de la fe de una manera general y poco comprometedora, pero esquivan cualquier afirmación que les exija adoptar una posición.

En los días que siguieron al ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, muchos estadounidenses instintivamente buscaron valor y solaz en Cristo. Pero incluso allí, en un culto en la Catedral Nacional de Washington, D.C., que se transmitió en vivo a todo el mundo, un ministro cristiano elevó una oración en el nombre de Jesús pero «respetando a todas las religiones». ¿A todas las religiones? ¿A los druidas? ¿A los que adoran a los gatos? ¿A las brujas? El ministro cristiano de una iglesia cristiana no debe sentirse obligado a condicionar ni a pedir disculpas por orar al único Salvador verdadero.

Pablo dio una afirmación impresionante en Romanos 1.16-17: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: más el justo por la fe vivirá».

¿Por qué dijo Pablo: «No me avergüenzo del evangelio?» ¿Quién se va a avergonzar de noticias buenas como estas? Si alguien encuentra la cura para el SIDA, ¿lo abrumaría la vergüenza como para no proclamarla? Si alguien descubriera una cura para el cáncer, ¿sentiría tan terrible vergüenza

como para no poder abrir la boca? ¿Por qué es tan difícil mencionar la cruz?

Aunque el mensaje de salvación que Pablo proclamaba era el mensaje más maravilloso e importante de la historia, el público y las autoridades lo habían tratado de manera humillante por predicarlo vez tras vez. Ya por aquel entonces en su ministerio lo habían apresado en Filipos [Hechos 16.23-24], lo habían obligado a salir corriendo de Tesalónica [Hechos 17.10], lo habían hecho escabullirse de Berea [Hechos 17.14], se habían reído de él en Atenas [Hechos 17.32], lo habían tildado de loco en Corinto [1 Corintios 1.18, 23] y lo habían apedreado en Galacia [Hechos 14.19]. Tenía muchas razones para avergonzarse, pero su entusiasmo por el evangelio seguía irreductible. Jamás, ni por un momento, consideró diluirlo para hacerlo más atractivo al público

En algún momento u otro de nuestra vida como creyentes, todos hemos sentido vergüenza y hemos mantenido nuestra boca cerrada cuando debimos haberla abierto. O, llegada la oportunidad, nos hemos escondido detrás de algún mensaje inocuo tipo «Jesús te ama y quiere que seas feliz». Si usted nunca se ha sentido avergonzado por proclamar el evangelio, probablemente nunca lo ha proclamado claramente, en su totalidad, tal como Jesús lo proclamó.

¿Por qué no puede el creyente ejecutivo de negocios testificar ante su junta administrativa? ¿Por qué el catedrático universitario creyente no puede pararse ante la facultad entera y proclamar el evangelio? Todos queremos que nos acepten, y sabemos, como Pablo lo descubrió tantas veces, que tenemos un mensaje que el mundo rechazará, y que mientras más nos aferremos a ese mensaje, más hostil se volverá el mundo. Así es como empezamos a sentir vergüenza. Pablo superó eso por la gracia de Dios y el poder del Espíritu, y dijo: «No me avergüenzo». Es un ejemplo contundente para nosotros, porque sabemos el precio de la fidelidad a la verdad: el rechazo del público, la cárcel y, al final, la ejecución.

La naturaleza humana en realidad no ha cambiado gran cosa en toda la historia; la vergüenza y el honor eran asuntos muy serios en el mundo antiguo tal como lo son hoy. Allá por el siglo IX antes de Cristo, el poeta épico Homero escribió: «El bien principal era que hablaran bien de uno, y el mal mayor, que hablaran mal de uno en la sociedad». En el siglo I de

nuestra era, el apóstol Pablo ministraba en una cultura sensible a la vergüenza, que buscaba el honor, y sin vergüenza alguna predicaba un mensaje vergonzoso respecto de una persona que habían avergonzado en público. Era un mensaje muy hiriente. Era escandaloso. Era necio. Era insensato. Era anacrónico.

Sin embargo, como dice 1 Corintios 1.21, «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». Era este escandaloso, hiriente, necio, ridículo, estrambótico, absurdo mensaje de la cruz el que Dios usaba para salvar a los que creen. Las autoridades romanas ejecutaron a su Hijo, el Señor del mundo, por un método reservado solo para las heces de la sociedad; sus seguidores tendrían que ser lo suficientemente fieles como para arriesgarse a sufrir el mismo fin vergonzoso.

LA VERGÜENZA DE LA CRUZ

Predicamos un mensaje vergonzoso cuando predicamos a Jesús en la cruz. Morir crucificado era un insulto degradante, y la idea de adorar a un individuo que había muerto crucificado era absolutamente inimaginable. Por supuesto, no vemos hoy que crucifiquen a nadie como los lectores de Pablo veían en el siglo I, así que en cierta medida el impacto se pierde para nosotros. Pablo en cambio sabía muy bien contra qué se levantaba: «La palabra de la cruz es locura a los que se pierden» [1 Corintios 1.18]; «Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» [vv. 22-23]. El mensaje de la cruz es locura, moria en griego, que quiere decir fatuo, ignorante, insensato.

Los versículos 22 y 23 nos dicen que los judíos buscaban señal. «Si eres el Mesías», le habían dicho a Jesús, «danos una señal». Esperaban algún prodigio grandioso, sobrenatural, que identificara al Mesías prometido y lo condujera a Él. Querían algo espectacular. Aunque Jesús les había dado milagro tras milagro durante su ministerio, querían una especie de súper milagro que todos pudieran ver y decir: «¡Esa sí es la señal! ¡Esa es por fin la prueba de que este es el Mesías!»

Los griegos, por su lado, no se interesaban gran cosa en lo milagroso. No buscaban una señal sobrenatural; lo que buscaban era sabiduría. Querían validar la religión verdadera mediante alguna noción trascendental, alguna idea elevada, algún conocimiento esotérico, alguna especie de experiencia espiritual, tal vez una experiencia fuera del cuerpo o algún otro episodio imaginario y emocional.

Los griegos querían sabiduría y los judíos querían señal. Dios les dio exactamente lo opuesto. Los judíos recibieron un Mesías crucificado: escandaloso, blasfemo, estrambótico, hiriente, increíble. Para los griegos que buscaban conocimiento esotérico, algo altilocuente y noble, ese sinsentido sobre el eterno Dios creador del universo crucificado era una insensatez.

Desde el punto de vista griego y romano, el estigma de la crucifixión convertía en un absurdo absoluto la noción del evangelio que afirmaba que Jesús era el Mesías. Un vistazo a la historia de la crucifixión en Roma del siglo I revela lo que los contemporáneos de Pablo pensaban al respecto. Era una forma horrible de pena capital originaria, muy probablemente, del imperio persa, pero otros bárbaros la usaban también. El condenado sufría una lenta y agonizante muerte por asfixia, y se debilitaba gradualmente al punto traumático de no poder levantarse con los clavos que sujetaban sus manos, ni de empujarse con el clavo que sujetaba sus pies, lo suficiente para poder aspirar y exhalar. El rey Darío crucificó a tres mil babilonios. Alejandro Magno crucificó a dos mil ciudadanos de Piro. Alejandro Janeo crucificó a ochocientos fariseos, obligándolos a contemplar cómo los soldados asesinaban a sus esposas e hijos a sus pies.

Esto fijó el horror de la crucifixión en la mente judía. Los romanos llegaron al poder en Israel en el año 63 a.C., y usaron mucho la crucifixión. Algunos escritores dicen que las autoridades romanas crucificaron como a treinta mil personas en esa época. Tito Vespasiano crucificó tantos judíos en el año 70 d.C. que los soldados no tenían espacio para las cruces ni suficientes cruces para los cuerpos. No fue sino hasta 337, cuando Constantino abolió la crucifixión, que la cruz desapareció después de un milenio de crueldad en el mundo.

La crucifixión era una forma de ejecución repugnante, denigrante, reservada para lo peor de la sociedad. La idea de que un individuo que murió

en la cruz hubiera sido una persona excepcional, elevada, noble, importante, era absurda. Los ciudadanos romanos, por lo general, estaban exentos de la crucifixión, excepto si cometían traición. Las autoridades reservaban la cruz para los esclavos rebeldes y los pueblos conquistados, y para los ladrones y asesinos más notorios. La política del Imperio Romano en cuanto a la crucifixión llevó a los romanos a tener a cualquier crucificado como digno de absoluto desprecio. Usaban la cruz solo para la escoria, para los más humillados, para los más bajos de los más bajos.

Los soldados primero azotaban a las víctimas, luego las obligaban a llevar su cruz, el instrumento de su propia muerte, al sitio de la crucifixión. Los letreros que les colgaban del cuello indicaban los crímenes que habían cometido, e iban totalmente desnudos. Luego los soldados los ataban o clavaban al travesaño, los izaban para colocarlos en el poste vertical, y los dejaban allí colgados, desnudos. Los verdugos podían acelerar la muerte quebrándoles las piernas, porque eso hacía que la víctima no pudiera empujarse hacia arriba para poder llenarse de aire los pulmones. Si no les quebraban las piernas, la muerte podía tardar días. La ignominia final era dejar el cuerpo colgado allí hasta que se pudriera.

Josefo describe múltiples torturas y posiciones de la crucifixión durante el asedio de Jerusalén, el dolor que se sufría de todo ángulo posible, y en toda parte posible del cuerpo, incluso las partes no mencionables. Los gentiles también veían a todo crucificado con el más completo desdén y era una escena tan obscena que en la sociedad no era correcto hablar de la crucifixión. Cicerón escribió: «La sola palabra "cruz" debería eliminarse, no solo de la persona del ciudadano romano sino de sus pensamientos, mis ojos y sus oídos».

A todo esto se enfrentó Pablo y de lo que más hablaba era... ¡de la cruz! Podemos captar algo del profundo desprecio que los gentiles tenían por cualquier crucificado en algunas de las afirmaciones paganas en cuanto a Cristo. Las palabras garrapateadas en una piedra en un salón de guardias de la Colina Palatina, cerca del Circo Máximo, en Roma, muestran la figura de un hombre con cabeza de Mino colgando de una cruz. Debajo se halla un hombre en gesto de adoración y la inscripción dice: «Elexa Manos Adora a su Dios». Tal repulsiva representación del Señor Jesucristo ilustra vívidamente el desdén del pagano por un crucificado, y particularmente

por un Dios crucificado. La primera apología de Justino, en el año 152 d.C., resume la noción de los gentiles: «Proclaman que nuestra locura consiste en esto, que ponemos a un crucificado a un nivel igual al del Dios eterno e inmutable». ¡Locura!

Si la actitud de los gentiles era mala, la actitud de los judíos era peor, e incluso más hostil. Detestaban la práctica romana y se mofaban de ella más que los romanos. A su modo de pensar, el que acababa en una cruz cumplía Deuteronomio 21.23: «No dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero... porque maldito por Dios es el colgado». ¿Quiere decir esto que el eterno Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Señor mismo, recibió maldición? ¿Cómo podía Dios maldecir a Dios? Es absolutamente impensable. ¿Qué Dios maldijo al Mesías? Para los judíos era inconcebible.

Veían la crucifixión no solo como un estigma social sino como maldición divina. Así que el estigma de la cruz dignificaba, más allá de la desgracia social, la misma condenación divina. La Mishná, que es un comentario de la ley del Pentateuco producido en el siglo II d.C., indicaba que se debía crucificar solo a los blasfemos y a los idólatras, e incluso en esos casos, los verdugos colgaban sus cuerpos en la cruz solamente después de muertos. ¿Cómo podía el Mesías ser blasfemo? ¿Cómo podía Dios blasfemar contra Dios? Los judíos se atragantaban con la idea de un Cristo crucificado. Hacía al evangelio imposible de creer.

¿Piensa usted que tiene problemas en proclamar el evangelio hoy? Imagínese a los primeros cristianos. Si decían la verdad, enfrentaban un obstáculo masivo: sus afirmaciones eran locura, escandalosas, procaces, blasfemas, increíbles.

Pablo no era un predicador de mensaje fácil. Dios mismo, en forma del Cristo crucificado, era el mayor obstáculo para creer en Él. Francamente, no parece que Dios pudiese haber puesto una barrera más formidable a la fe en el siglo I. No puedo pensar en una peor forma de mercadeo para el evangelio que predicarlo así.

Los gentiles tildaban al evangelio cristiano de superstición perversa y extravagante, y de ilusión enfermiza. Martin Hengel, en su instructivo libro Crucifixión, dice:

> Creer que el Hijo único y preexistente del único y verdadero Dios, el mediador de la creación y Redentor del mundo, haya aparecido en tiempos muy recientes en la remota Galilea como miembro del oscuro pueblo de los judíos, e incluso peor, que haya muerto la muerte de un criminal común en la cruz, se podía considerar nada menos que como señal de locura. Los dioses reales de Grecia y Roma se podían distinguir de los hombres mortales por el mismo hecho de que eran inmortales, no tenían absolutamente nada en común con la cruz como señal de vergüenza... y por ende tampoco con el que colgaron en la forma más ignominiosa y ejecutaron de la manera más vergonzosa.

¡No en balde los gentiles y los judíos detestaban el mensaje de Pablo! Era un mensaje que estaba más allá de la credulidad humana. No era un mensaje fácil para el que busca, sino un absurdo y hasta una obscenidad.

LA SABIDURÍA HECHA LOCURA

Como si no fuera suficiente que la crucifixión llevara un estigma tan vergonzoso, también tenemos la vergonzosa sencillez de la cruz, un repudio a la sabiduría del mundo. 1 Corintios 1.19-21 dice:

> Pues está escrito:
> Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos.
>
> ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

Tanto los judíos como los gentiles disfrutaban de lo complejo, especialmente los griegos en sus sistemas filosóficos. Les encantaba la gimnasia mental y los laberintos intelectuales. Creían que la verdad era conocible, pero solo por las mentes elevadas. Este sistema más tarde se llegó a conocer como gnosticismo, que es la creencia de que ciertas personas, en virtud de

sus elevados poderes de razonamiento, podían avanzar más allá del hoi polloi y ascender ni nivel de iluminación.

En tiempos de Pablo podemos encontrar por lo menos unas cincuenta filosofías diferentes que repicaban en el mundo griego y romano. Entonces llegó el evangelio y dijo: «Nada de eso importa. Lo destruiremos por completo. Tomen toda la sabiduría del sabio, busquen lo mejor, busquen lo mejor de lo mejor, a los más educados, a los más capaces, a los más listos, a los más astutos, a los mejores en retórica, oratoria y lógica; busquen a todos los sabios, a todos los escribas, a todos los expertos legistas, a los grandes disputadores, y a todos ellos se los llamará necios». El evangelio dice que todos son necios.

La cita de Pablo de Isaías 29.14, en el versículo 19, «destruiré la sabiduría de los sabios», tenía que ser una afirmación hiriente para su público. Estaba diciendo, básicamente: «Echaré por el suelo a todos sus filósofos y su filosofía». Nada era sutil en Pablo, nada vago ni ambiguo. Pero el mensaje no era de Pablo. Como nos recalca cuando afirma: «Está escrito» —literalmente, «sigue escrito»— se yergue como verdad divina revelada que el evangelio de la cruz no hace concesiones a la sabiduría humana. Pablo no era sino el portavoz de Dios. El intelecto humano no juega papel alguno en la redención. En el versículo 20 es como si Pablo estuviera diciendo: «¿Qué piensan ustedes que pueden ofrecer? ¿Dónde está el escriba? ¿Qué contribución puede hacer el experto legista? ¿Dónde está el disputador? ¿Qué puede ofrecer? Todos son necios».

1 Corintios 2.14 dice: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». Este es el problema. La persona inconversa puede tener grandes poderes de razonamiento e intelecto, pero cuando se trata de la realidad espiritual y la vida de Dios y la eternidad, no tiene nada para contribuir. Ya sea en Atenas o Roma, en Cambridge, Oxford, Harvard, Stanford, Yale o Princeton, o en cualquier otra parte, toda la sabiduría compilada que está fuera de las Escrituras no es más que necedad.

Dios sabiamente estableció que nadie puede jamás llegar a conocerle por la sabiduría humana. La única manera en que alguien llega a conocer a Dios es por revelación divina y por el Espíritu Santo. La palabra final en

cuanto a la sabiduría humana es que no tiene sentido. El hombre, por su sabiduría, no puede conocer a Dios.

UN MENSAJE ESCANDALOSO

Pues bien, ¿cómo puede, entonces, el hombre conocer a Dios si no es por medio de la sabiduría? «Mediante la locura de la predicación». ¿Quiere usted que la gente conozca a Dios? Entonces simplemente predique el mensaje. Jeremías 8.9 dice: «Los sabios se avergonzaron, se espantaron y fueron consternados; he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová; ¿y qué sabiduría tienen?» Si se rechazan las Escrituras, no se tiene nada de sabiduría. Si se cambia el mensaje bíblico, no se puede predicar sabiduría.

No tenemos licencia artística para predicar el evangelio. Mire de nuevo 1 Corintios 1.18: «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan —esto es, a nosotros—, es poder de Dios». Y luego, en el versículo 21: «Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». Y los versículos 21-24: «Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura; mas para los llamados así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios».

Pablo estaba dando un solo mensaje: el poder de Dios por la palabra de la cruz es lo que salva a las personas. Los hombres son instrumentos para entregar ese mensaje, pero el mensaje no surge de ellos, viene de Dios. Este es absolutamente el único mensaje que tenemos.

Cualquier otro mensaje es falso y absolutamente inaceptable, como Gálatas 1.8-9 declara sin disculpa ni componendas: «Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema». Pero el cristianismo ligero, que es tan popular hoy, ha sustituido otro mensaje que trata de eliminar la ofensa de la cruz.

Casi nadie en estos días tolera la exclusividad y supremacía de Cristo, incluso algunos que profesan ser cristianos. El mensaje de la cruz no es políticamente correcto; es la singularidad del evangelio, aparte de todo lo demás, lo que fastidia a la gente. ¿Puede usted imaginarse por un momento

lo que sucedería si algún personaje célebre o dirigente político sencillamente dijera: «Soy creyente, y si usted no lo es, va a ir al infierno»? ¡Uy!

Luego imagínese que alguien dijera: «Todos los musulmanes, hindúes, budistas, y los que creen que pueden ganarse la salvación, ya sean protestantes de teología liberal o católicos romanos, y también todos los mormones y los testigos de Jehová van al infierno eterno. Pero yo me intereso en usted tanto que quiero darle el evangelio de Jesucristo, porque eso es mucho más importante que las guerras en Medio Oriente, el terrorismo y cualquier política doméstica».

No se puede ser fiel y popular; de modo que escoja.

Lo que Pablo estaba diciendo en 1 Corintios es que el evangelio choca con nuestras emociones, choca con nuestra mentalidad, choca con nuestras relaciones personales. Hacen añicos nuestras sensibilidades, nuestro pensamiento racional, nuestra tolerancia. Es difícil de creer. Desdichadamente, por esto la gente hace componendas, y cuando las hacen, se vuelven inútiles porque Dios salva por esta verdad.

La cruz en sí misma proclama el veredicto sobre el hombre caído. La cruz dice que Dios exige la pena de muerte por el pecado, mientras que nos proclama la gloria de la sustitución. Rescata al que perece. Los que perecen son los condenados, los arruinados, sentenciados, destruidos; son los perdidos, los que están bajo juicio divino por violaciones interminables de su santa Ley. Si usted y yo no abrazamos al sustituto, sufrimos nosotros mismos esa muerte, y es una muerte que dura para siempre.

El mensaje de la cruz no tiene que ver con las necesidades que se sienten. No se trata de que Jesús le ama a usted tanto que quiere contentarle. Se trata de rescatarlo a usted de la condenación eterna, porque esa es la sentencia que pesa sobre la cabeza de todo ser humano. Así que el evangelio es una ofensa por cualquier lado que se vea. No hay nada en cuanto a la cruz que encaje cómodamente con la forma en que el hombre se ve a sí mismo.

El evangelio confronta al hombre y lo expone tal cual es. No se fija en el desencanto que siente. No le ofrece ningún alivio de sus luchas como ser humano. Más bien, va al asunto profundo y eterno del hecho de que está condenado y desesperadamente necesita que le rescaten. Solo la

muerte puede lograr el rescate, pero Dios, en su misericordia, ha provisto un Sustituto.

LA DOCTRINA ATERRADORA

Una cosa más que se levanta en pleno camino de la creencia acomodaticia es la verdad de la soberanía de Dios. Hace años solía oír que se decía: «Nunca prediques la doctrina de la soberanía de Dios cuando tengas inconversos en el público». Alguna gente de veras me aconsejaba que no lo hiciera. Pero esta es otra noticia hiriente para el inconverso: Dios es soberano, y usted no lo es. Usted no es el capitán de su alma ni el amo de su destino. Usted no tiene el destino en sus propias manos.

Según 1 Corintios 1.24, los que creen son aquellas personas que Dios llama y atrae en su soberanía absoluta. Dios las llama porque las ha escogido [v. 27], eklegomi. La palabra aparece de nuevo en el versículo 28.

¿Cómo puede alguien salvarse en semejantes términos? ¡No le queda nada! Queda privado absolutamente de todo. Versículo 30: «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». Así que si todo es obra de Dios, ¿por qué habría yo de cambiar el mensaje? ¿Por qué tendría yo que tratar de manipular los resultados? Versículo 31: «El que se gloría, gloríese en el Señor».

Mi amigo R. C. Sproul ha dicho: «La doctrina favorita de Dios es la soberanía, y si usted fuera Dios, también sería la suya». Un maravilloso sentimiento como este ayuda a compensar por el disgusto que siento cuando escucho a los evangelicalistas contemporáneos atacar la soberanía de Dios. Su propósito en la elección es la salvación, porque si Dios no salva a las personas, nadie las salvará. Esta es una verdad dura que muchos evangelicalistas prominentes niegan, ¡y con ello roban a Dios la gloria y sobreestiman las posibilidades de los espiritualmente muertos!

Un evangelicalista muy famoso dijo: «Sugerir que el Dios misericordioso, paciente, de gracia y de amor de la Biblia inventó una aterradora doctrina como la elección, la cual nos llevaría a creer que es una acción de la gracia seleccionar solo a unos cuantos para el cielo, se acerca peligrosa-

mente a la blasfemia». En otras palabras, dice que afirmar que Dios soberanamente salva a las personas por su poder es casi un insulto al carácter de Dios. [Cabe aclarar que este individuo no dice de qué otra manera pueden salvarse.]

Otro escritor, que encabeza un ministerio nacional, insiste: «La defectuosa teología de la preselección es un intento por eliminar la capacidad del hombre para ejercer su libre albedrío, lo que reduce el amor soberano de Dios a la acción de un mero dictador».

Y según otro escritor: «La elección hace que nuestro Padre celestial parezca el peor de los déspotas». Otro añade que la doctrina de la elección es «el esquema de teología más irracional, incongruente, contradictorio consigo mismo y denigrante del ser humano que jamás ha aparecido en el pensamiento cristiano. Nadie puede aceptar sus proposiciones contradictorias y mutuamente excluyentes sin auto degradarse intelectualmente. Presenta por Dios a un tirano egocéntrico, egoísta, despiadado y sin remordimiento, y nos exige que lo adoremos».

Otro más dice: «Hace de Dios un monstruo que tortura eternamente al inocente, que elimina del evangelio la esperanza de consuelo, limita la obra expiatoria de Cristo, resiste la evangelización, atiza la discusión y las divisiones, promueve a un Dios pequeño, iracundo y criticón».

Y esta es la que más asusta: «Decir que Dios soberanamente escoge es lo más torcido que jamás he oído, pues convierte a Dios en un monstruo no mejor que cualquier ídolo pagano».

¡Qué concepto más torcido de la doctrina de la soberanía! Se basa en una noción deficiente del pecado y en una visión indebidamente elevada de los pecadores caídos. El hecho es que, según la Biblia, si Dios no abriera soberanamente los ojos de los ciegos espirituales, nadie jamás vería. Si Dios no atrajera soberanamente a los pecadores a Cristo, nadie jamás vendría, como dice Romanos 8.7-8: «Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios». Nada de este mensaje es atractivo. Creer en esta doctrina es vergonzoso porque es irrazonable e ilógica, y ataca todo lo que es humano en nosotros, todo lo que amamos de nuestra condición caída.

¿Qué vamos a hacer con esta imposibilidad? Pablo nos da la respuesta en 1 Corintios 2.1-5:

> Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado.
> Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Allí es donde aterrizó Pablo. No se retractó de la verdad dura de la cruz, sino que más bien la abrazó, diciendo:

«No ando buscando una posición popular desde la cual proclamar este mensaje ni hacerlo acreedor del favor público. Predico la vergonzosa cruz porque eso es lo que se me ha dicho que predique. Dejo al poder soberano de Dios obrar mediante ese mensaje para producir una fe que descanse no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios». Ojalá nosotros podamos decir lo mismo.

3



LA VERDAD EN UN ORINAL

Los creyentes, al parecer, no tienen más remedio que promover un producto muy poco atractivo: Cristo en la cruz. Esta es una imagen débil y vergonzosa que hiere la sensibilidad y choca contra las emociones refinadas de las personas decentes. Afirmar que los soldados romanos ejecutaron al Dios del universo en una cruz, como si fuera criminal, también choca contra nuestra mente racional, Es una afrenta al orgullo que llevamos por tener el don de la razón que nos pone por encima de los animales.

Muchas personas tolerantes dicen: «Está bien; usted se ha entregado a esto de la cruz, y de Jesús crucificado, y esa es su verdad. Lo felicito; nosotros somos personas inclusivas. Usted tiene todo derecho a su noción tonta de la religión, su perspectiva necia, su historia simplona y risible de un judío crucificado, y está bien si esa es su verdad. Pero no es nuestra verdad».

Pues bien, aquí está el meollo: es su verdad. Es la verdad de todos. Es la única verdad. El poder de Cristo crucificado es el único poder de Dios

por el cual Él salva, La salvación viene solo cuando se cree en ese evangelio, el evangelio de Jesús. Si no hay evangelio, no hay salvación. El exclusivismo absoluto de esto siempre ha sido un mensaje vergonzoso, bochornoso e inconveniente para los pecadores de mundana sabiduría, pero la verdad no es negociable. Otras religiones no son la verdad y conducen a la condenación eterna. El islam es un sistema condenatorio. El budismo es un sistema dañino. El hinduismo es un sistema condenatorio. Sencillamente el no creer en el evangelio es por sí mismo suficiente para condenar a la persona.

Las personas que siguen religiones falsas no adoran al Dios verdadero con otro nombre, como algunos sugieren. Sin quererlo adoran a los demonios de Satanás. Esto es lo que la Biblia dice: «Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios» [1 Corintios 10.20]. No obstante, existe un libro titulado The Christ of Hinduism [El Cristo del hinduismo], y arguye que los símbolos y doctrinas del hinduismo contienen el mensaje cristiano. Pero no hay Cristo del hinduismo, ni tampoco el Dios verdadero tiene parte alguna en el hinduismo. Cristo es el único camino al único Dios verdadero, y el cristianismo bíblico es el único camino al único Cristo verdadero. Las personas equivocadas que reconocen algún otro Dios y participan en cualquier otra religión no están adorando y sacrificando a Dios, sino a los demonios. Yo no inventé esto. Esta no es teología de mi cosecha. Esto es cristianismo elemental.

SE BUSCAN PERSONAS MUY IMPORTANTES

El evangelio verdadero, excluyente, estrecho, es suficientemente duro para creerlo tal como es. Pero para empeorar las cosas, desde el comienzo los que lo promovían eran personas rechazadas que no tenían ni posición ni respeto en la sociedad, como Pablo, que predicaba fielmente este mensaje insensato. Los que proclaman la verdad más importante y difícil de creer por lo general han sido los que el mundo desprecia, denigra e ignora.

En el año 178 d.C., Celso escribió que los cristianos eran las personas más vulgares y sin educación que había. Claro. En 1 Corintios 1.26-29, Pablo nos dice que así fue por designio divino. Dios a propósito escogió a los necios, a los poco intelectuales, para avergonzar a los sabios:

> Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a los fuertes; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.

Dios ha escogido lo débil. La palabra que usa Pablo en el versículo 27 es asthenes, desprovisto de fuerza, carente de poder. Dios ha escogido lo más vil, agenes, personas sin alcurnia, sin importancia. Esta caracterización de los creyentes como lo más bajo intelectualmente hablando está muy difundida en la cultura popular actual. Muchas personas poderosas convendrían con el magnate multimillonario de los medios de telecomunicación Ted Turner, que una vez dijo: «El cristianismo es para perdedores». Como Pablo nos lo recuerda tantas veces, el camino de Dios es muy diferente al del mundo, y su definición del triunfo no tiene nada que ver con política de juntas ni con el tamaño de su cuenta bancaria. El precio aquí es la vida eterna.

Leí una historia hace años que decía referirse a la persona más insignificante que jamás ha nacido. Su madre escribió en el certificado de nacimiento su nombre: Nofu Mar. Alguien le preguntó de dónde sacó semejante nombre. Resultó ser que la madre era analfabeta, así que simplemente copió un letrero que había en la pared y que decía «No Fumar», y escribió «Nofu Mar». Esta sería la «persona cero» en su máxima expresión, a quien le pusieron el nombre copiándolo de un letrero que decía «No Fumar».

Si uno habla del duro evangelio de Jesucristo, a lo mejor lo tildan como uno de los Nofu Mar del mundo: un perdedor, un don nadie. El versículo 28 de 1 Corintios 1 dice que Dios ha escogido lo «menospreciado», exoutheneo, lo considerado como nada. Los cristianos están en lo más bajo a que se puede llegar. Somos «lo que no es», literalmente «los no existentes». Es parte de la naturaleza humana querer ser alguien. Así que el Señor decidió hacerlo de una manera diferente, y escogió como sus mensajeros a impotentes y poco intelectuales «don nadie» que el mundo considera como nada según sus normas.

¿No se pregunta usted qué peregrina idea se le vino a Dios aquí? ¿Por qué no querría El escoger personas bien importantes? ¿No quería en su equipo a los que son algo? Él es el Creador, y puede tener a quien quiera. Ya tenemos suficiente como para vérnosla con el mensaje y la invitación. ¿No sería útil si algunas personas realmente importantes estuvieran trabajando en esto?

Considerando que el mensaje es tan poco atractivo y difícil de creer, tal vez lo que necesitamos son algunos mensajeros realmente importantes. Necesitamos algunos intelectuales de prestigio mundial, algunas personas de alcurnia, algunos artistas, algunas celebridades, algunos astros de los deportes de grandes ligas que podrían hacer más fácil de tragar este bochornoso y controversial asunto. Tal vez podemos superar la resistencia del consumidor si conseguimos unas cuantas personas de encumbrada posición, personas fuertes, poderosas e influyentes; de esa forma, aun cuando el mensaje sea un sinsentido totalmente estrafalario, estos tal vez lograrían venderlo.

He oído esta proposición a menudo con el correr de los años. Si alguna persona famosa pudiera salvarse, ¡piense en el impacto que su testimonio podría hacer! O si un atleta famoso o personalidad de los medios de comunicación masiva, de las artes o de la política fuese creyente, imagínese el resultado de su testimonio. Pero las cosas no funcionan así. Por poderosos e influyentes que algunos predicadores del evangelio puedan llegar a ser dentro de la cultura, cualquier influjo desde una posición de prestigio no puede compensar lo desagradable del mensaje ni vencer la obstinación del pecador. Además, ¿qué artista de la música o astro de películas va a estar dispuesto a pararse en la ceremonia de los premios Grammy u Oscar y hablar del evangelio? El público lo abuchearía hasta sacarlo del escenario. Puede agradecer a Jesús por haber ganado, pero el pandemónium cundiría si proclama las verdades del infierno, del pecado, el arrepentimiento y la salvación solo a través de Jesucristo.

De todos modos, parece una buena idea. Y aunque Dios, en su sabiduría, bien podría enviarnos a algún astro del cine con el corazón inflamado por el evangelio, no es probable, según Pablo. Miren lo que dice en el

versículo 26: «Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios...»; sofos, no muchos intelectuales, no muchos poderosos, no muchos que esgrimen poder, ni muchos nobles o aristócratas.

No quiero decir con esto que solo las personas fracasadas y desconocidas del mundo son creyentes y están dispuestas a proclamar la verdad completa de la enseñanza de Jesús. Unos cuantos individuos populares son creyentes, y ocasionalmente uno se topa con ellos. Como vivo cerca de Los Ángeles, a veces encuentro astros y personalidades conocidas, y en ocasiones la evidencia de que el Espíritu Santo obra en ellos me ha animado.

En una oportunidad, después que Larry King me entrevistó, recibí una llamada de un personaje muy prominente del mundo del entretenimiento, que me dijo: «Tengo que hablar con usted». Fui a su casa en Beverly Hills, y pasé dos horas oyendo acerca de sus creencias religiosas y explicándole la autoridad de las Escrituras y la exclusividad de Cristo. Al parecer, de todo lo que otros y yo habíamos dicho en el programa, fue la autoridad bíblica y Jesucristo como el Único Salvador lo que más le perturbó. Estaba buscando, y está muy interesado, pero la estrechez del evangelio fue más de lo que pudo aceptar. Espero que algún día, cuando sus demás alternativas para hallar la paz del corazón demuestren su futilidad, la semilla del evangelio florezca en él.

Pocas experiencias de mi vida fueron tan maravillosas como presenciar el peregrinaje espiritual de uno de los más grandes guitarristas clásicos de nuestros tiempos, Christopher Parkening. Chris creció en el sur de California, y antes de cumplir los veinte años ya tenía un contrato de grabación con un sello internacional de primer orden. Al poco tiempo ya era un astro de fama mundial. Se había propuesto ser millonario antes de cumplir los treinta, y lo logró con holgura. Lo contrataban para conciertos con años de antelación, y sus discos triunfaban en los Estados Unidos y Europa.

Pero como la hormiga, que lucha por subir hasta la cumbre del hormiguero tan solo para darse cuenta de que no hay nada que ver, Chris logró todos sus objetivos y sin embargo no tenía ni contentamiento ni satisfacción en su vida. Un día, en la providencia de Dios, un vecino le habló de nuestra iglesia, y decidió probar. Abrió su alma a la poderosa influencia del Espíritu Santo y se sometió al señorío de Jesucristo. Hoy no solo es un amigo muy querido, sino también un fiel seguidor de nuestro Señor que

gozosamente se somete a la Palabra de Dios. El amor de Cristo enriquece y completa su vida de una manera que ninguna cantidad de éxito terrenal podría darle. Se ha convertido en un embajador de música clásica para el Señor. En sus conciertos regala grabaciones de su testimonio. La fama que una vez le sirvió solo para conseguir ganancia material ahora le da el privilegio de proclamar a su soberano Salvador ante miles que de otra manera nunca oirán el verdadero evangelio.

De vez en cuando la gracia de Dios convierte a personas prominentes, pero aun así, el evangelio nunca ha avanzado en toda la historia, en cumplimiento del plan redentor, apoyándose en el prestigio de personalidades influyentes. Avanza, en su mayor parte, mediante nosotros, los don nadie, los nada impresionantes, los impotentes y los que no somos nada.

BARRO COCIDO

¿Por qué lo hace Dios así? Lo hace para avergonzar a los sabios, para avergonzar a los fuertes, para anularlos, Dios no quiere que la gente lista y poderosa reciba crédito por lo que solo Él hace. Pablo usó una forma del Verbo katargueo en 1 Corintios 1.28, que quiere decir «neutralizarlos, dejarlos inoperantes». Dios hace inoperante todo su gran intelecto terrenal. Quita el evangelio a los que son alguien en el mundo y lo da a los done nadie, para que al fin, versículo 29, «nadie se jacte en su presencia»: nadie puede arrogarse crédito alguno por el avance del evangelio. Ningún ser humano jamás tendrá el crédito por esta obra divina.

Pablo lo dice en forma incluso más clara en 2 Corintios 4.5-7, al escribir: «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros».

Pablo llamó a los que llevan y predican el tesoro del verdadero evangelio ostrakinos, que se traduce como «vanos de barro». Esta es francamente una

expresión demasiado dignificada para traducir la palabra ostrakinos. Se refiere a una vasija barata de barro cocido, sin refinar, fea, rompible, reemplazable, sin valor. Es el macetero en que se ponen plantas.

El contraste es pasmoso. Tenemos este tesoro de la gloriosa luz del evangelio, que brilla en nuestros corazones, la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo, en nosotros, en vasijas de barro baratas.

Pablo estaba captando todo el brillo, toda la gloria de la verdadera revelación de la naturaleza de Dios manifestada en Cristo. Estaba tratando de describir la más indescriptible e inexplicable belleza al decir que este tesoro, el tesoro de la realidad divina del evangelio, ¡residía en vasos de barro! Somos barro cocido, eso es lo que somos, y llevamos en nosotros el mensaje del reino eterno de luz y vida de Dios.

La gente se mofaba de Pablo por su figura nada impresionante. Sus críticos decían que su presencia no era atractiva, y su habla absolutamente «menospreciable» [2 Corintios 10.10]. Padecía de alguna afección corporal que era repulsiva. Algunos eruditos piensan que sufría de alguna supuración terrible que le brotaba de los ojos. No tenía «el aspecto» que actualmente se necesita para ser popular y triunfante. Nada de presencia de escenario. No demostraba ninguna habilidad oratoria ni agudeza intelectual, y tampoco poseía la sofisticación de los encantadores filósofos y rabinos de su día. No era nada más que barro cocido. Pero eso no le importaba, porque así era como Dios lo había diseñado, y eso hacía muy evidente cuál era la fuente del poder. ¡Y bien que fluía ese poder por medio de él!

He leído más de una vez William Tyndale, biografía sustanciosa escrita por David Daniells. Thomas More era un gran defensor del catolicismo romano en Inglaterra, y sentía que servía a Dios al atacar a William Tyndale y hacer todo lo posible por destruir su obra. Tyndale hizo algo que More consideró absolutamente horrible: tradujo la Biblia al lenguaje que la gente podía leer, en abierto desafío a la jerarquía católica romana de ese tiempo. Estos temían que la iglesia perdiera su influencia si cualquier persona de la calle —y no solo los intérpretes oficiales de la iglesia que sabían latín— podía leer y comprender la Biblia. Los contemporáneos de More lo persiguieron implacablemente, y le obligaron a vivir en el destierro, sabiendo que si regresaba a Inglaterra, sus enemigos lo matarían, como mataron a los que leían su Nuevo Testamento. Con el correr del tiempo lo

atraparon, lo tiraron en la cárcel y finalmente lo ejecutaron en Francia. ¿Su delito? Haber traducido la Biblia al inglés.

Thomas More atacó no solo a William Tyndale sino también a Martín Lutero. Parte de la condena fue porque Tyndale era un seguidor de Lutero. More acuñó un astuto apodo para Lutero: lo llamó «orinal». ¿Tengo que hacer la exegesis de este término? Era el orinal en el que se echaba el excremento humano en aquellos días. Thomas More usó un insulto escatológico para tratar de denigrar a Lutero [y Martín no se cohibió de replicar a sus críticos con expresiones similares de su propia cosecha]. Lamentablemente, tal lenguaje se usaba incluso en algunos de los debates teológicos de ese tiempo.

Pero More se acercó mucho a tener razón. Quiso que fuera un insulto, pero la verdad es que demuestra que estaba haciéndose eco de lo que dicen las Escrituras. En 2 Timoteo 2.20 Pablo escribió: «Pero en una casa grande no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos y otros para usos viles». En una casa grande uno tiene algunos recipientes que son de oro y plata. Pero también se tienen otros que son baldes de madera y vasijas de barro. Los que son de oro y plata tienen fines honrosos, y los que son de madera y barro tienen usos nada honrosos. Ahora simplemente use su imaginación. La comida viene en plata y oro, y luego sale a la madera y al barro.

Pablo sabía lo que estaba diciendo cuando llamó a los creyentes «vasos de barro». Somos barro cocido. Somos como orinales. El avance del evangelio jamás tendrá lugar debido a lo que somos.

Esto explica por qué Dios no escogió a ninguno de los primeros predicadores entre los Apóstoles debido a su intelecto superior, posición o prominencia. Como dije en mi libro Twelve Ordinary Men [Doce hombres como todos], aquellos doce eran tan ordinarios que va contra toda lógica humana: ni un solo maestro, ni un solo sacerdote, ni un solo rabí, ningún escriba, ningún fariseo, ningún saduceo, ni siquiera un dirigente de alguna sinagoga; nadie de la crema y nata. La mitad de ellos eran pescadores, y el resto obreros regulares. Uno, Simón el Zelote, era terrorista, miembro de un grupo que llevaba siempre dagas debajo de sus túnicas, para apuñalar a los romanos. También estaba Judas, el más perdedor de los perdedores.

¿Qué estaba haciendo el Señor? Escogió a gente que no tenía absolutamente ninguna influencia. Ninguno de los grandes intelectos de Egipto, Grecia, Roma o Israel se hallaba entre los apóstoles. Durante la época del Nuevo Testamento los más grandes eruditos estaban probablemente en Egipto. Los más distinguidos filósofos, en Atenas. Los poderosos, en Roma. Los expertos bíblicos, en Jerusalén. Dios los desdeñó a todos ellos, y escogió en su lugar «vasos de barro». Fíjese: dejó a un lado a Herodoto, el historiador; dejó a un lado a Sócrates, el gran pensador; dejó a un lado al padre de la medicina, Hipócrates; dejó a un lado a Platón, el filósofo; a Aristóteles, el sabio; a Euclides, el matemático; a Arquímedes, el padre de la mecánica; a Hiparco, el astrónomo; a Cicerón, el orador; y a Virgilio, el poeta. No prestó atención a ninguno de esos personajes al seleccionar predicadores del mensaje de salvación más difícil de creer.

Y sigue haciéndolo así. Todavía pasa por alto los tazones de oro y plata y escoge vasos de barro.

LA ESCORIA

¿Piensa que su autoestima ya ha recibido suficientes golpes? Hay más todavía. En 1 Corintios 4.6 Pablo escribió: «Pero esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros». Ha estado diciendo que no quería ser considerado como algo: «Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios» [v. 1]. En otras palabras: «No me encumbren para nada. No le pongan mi nombre a ninguna catedral ni ciudad en Minnesota en mi honor. Soy nada más que un sirviente de Cristo, administrador de los misterios de Dios. Soy un remero subalterno, un esclavo de tercera clase en una galera; muevo mi remo, y eso es lo que me corresponde, nada que merezca atención especial alguna».

En el versículo 3 dice que no importa lo que pensemos de él: «Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo». Está diciendo: «Ni siquiera me importa lo que yo diga de mí mismo. Ustedes no saben la verdad, y yo me inclino a

mi favor, y lo más probable es que ninguno de nosotros acierte. No emitan juicio. Déjenle eso al Señor. No podemos pensar unos de otros en términos de cuál persona es más importante que la otra. Todos somos simples ollas de barro.

1 Corintios 4.7: «Porque ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» Pablo estaba poniéndose algo sarcástico. Versículo 8: «Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros!»

Luego Pablo hizo esta asombrosa afirmación en el versículo 9: «Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres». Pablo consideraba a los apóstoles como los más bajos de los más bajos, como criminales en las celdas de los condenados a muerte, a los que sus captores arrastraban por las calles camino a su ejecución.

En el versículo 13 dijo: «Hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos». Otra manera de traducir esto sería: «Hemos llegado a ser la escoria del mundo y las heces de todo». ¿Escoria? ¿Heces? Esa no es manera de atraer a una multitud de seguidores. Escoria, en griego, es perikatharma. Katharma, que se relaciona con «catarsis», es «limpiar», y peri significa rodear o encerrar en un círculo. La perikatharma es la escoria que se queda en el fondo de la olla, el residuo que alguien tiene que restregar por completo para quitar. La gente en el mundo antiguo usaba la palabra en sentido metafórico para describir a los criminales de la más baja ralea, que las autoridades ofrecían como sacrificios humanos para aplacar a las falsas deidades que temían. Si uno quería quitarse de encima a un dios furibundo, por creer que ese dios había mandado una hambruna o una plaga, o porque se había perdido la guerra, se buscaba a alguien entre la escoria de la sociedad, un mugriento don nadie al que no echarían de menos y que de todas maneras había que eliminar, y se ponía sobre un altar como sacrificio para aplacar a la deidad. Pablo dijo que así es como el mundo nos ve. Somos la escoria.

Luego dijo que somos peripsema, el desecho. Lo que hacemos aquí es hundirnos todavía más. Se puede eliminar la perikatharma mediante una

limpieza completa, pero esta es la costra pegoteada que no sale si no es con gran esfuerzo. Es el desecho último, pertinaz, totalmente inútil que se pega en el fondo de la olla que se ha vaciado y limpiado.

¿Está empezando a captar la idea de la imposibilidad de esta tarea? La invitación a la salvación hace que las personas literalmente maten todos sus sueños, ambiciones, necesidades y deseos egoístas. Luego se las llama a un arrepentimiento y fe que va totalmente en contra de todo impulso humano normal. Para complicar el problema, la vasta mayoría de las personas que ofrecen esto son escoria a los ojos del mundo.

Si me tocara diseñar un plan para hacer impacto en la humanidad caída, no usaría este método: concebir un mensaje imposible, una invitación imposible, y luego lanzarla al mercado por medio de las personas menos impresionantes del mundo, los que otros con toda probabilidad denigrarán y despreciarán, y esto si no los aborrecen, insultan y, a veces, matan.

ESTRATEGIA EVANGELÍSTICA DE PABLO

El mensaje es vergonzoso, y los mensajeros son orinales. La situación parece absolutamente desesperanzada. ¿Qué estrategia posible podría rescatar a los creyentes y al evangelio de circunstancias tan lastimeras e imposibles? ¿Cómo pueden siquiera sobrevivir?

Pablo nos da las respuestas con confianza en 2 Corintios 4, expresadas en términos de lo que no debemos hacer. Primero, no debemos rendirnos por cobardía. Versículo 1: «Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos». Pablo daba por sentado que la gente iba a rechazarlo. Esperaba hostilidad. Sabía que sus palabras serían recibidas con odio. Con todo y esto dijo «no desmayamos», enkakeomen, que literalmente quiere decir no nos rendimos al mal, no perdemos el valor. No nos apocamos, ni nos derrumbamos por este trato, porque cuando nos derrumbamos, somos inútiles para Dios.

Los falsos maestros que Pablo encontró en Corinto eran expertos en técnicas de mercadeo. Fueron los estrategas originales de la facilitación al que busca, vendían su apariencia, y llenaban sus mensajes de lo que la gente quería oír. La gente quería que su religión fuese un poco metafísica, con un poco de oratoria, un poco trascendental, un poco alegórica y un poco

legalista. La querían en boca de los más hábiles. Los que usaban esta técnica se ahorraban la hostilidad que recibían los verdaderos predicadores. Pablo dijo: «No voy a ser cobarde. No voy a desmayar». Rehusó sentirse desalentado y hacer componendas con la verdad simplemente porque la verdad podría costarle caro.

Punto estratégico número dos: no alteramos el mensaje. Versículo 2: «Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios». Es duro, imposible, difícil, doloroso, pero no nos acobardaremos, ni alteraremos la verdad. No hablaremos en panourgia, con trucos, adulterando la Palabra de Dios, alterando el evangelio para hacerlo menos ofensivo, a fin de que los hombres nos elogien. Más bien, seremos fieles al evangelio y manifestaremos la verdad a fin de recomendarnos a la conciencia de todo hombre, bajo la vigilancia divina. No nos rendiremos. No alteraremos el mensaje.

Tercero, no manipularemos a las personas para lograr los resultados superficiales deseados, porque sabemos, como afirma 2 Corintios 4.3-4, que «si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto, en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios». El problema no está en la semilla, sino en el suelo. Es la condición no receptiva, vacía, del corazón humano. Pablo dijo que no iba a usar palabras y tácticas que manipularan los resultados, porque comprendía que cuando las personas no creen, se debe a que están muertas espiritualmente. Están moribundas y ciegas, gracias a Satanás. Si nuestro evangelio está velado para algunos, lo está porque esa persona, como todo pecador, es incapaz de comprenderlo. Cambiar el mensaje, manipular las emociones o la voluntad es inútil, puesto que nadie puede creer a menos que Dios le conceda entendimiento.

Nada hay de malo en el mensaje. Nada puede serlo. ¡Es la Palabra de Dios! ¿Cómo podríamos atrevernos a cambiarlo? Si la gente no oye la verdad, la música no va a ayudar en nada. Si no ven la luz, el PowerPoint no ayudará en nada. Si no les gusta el mensaje, el drama y los vídeos tampoco ayudarán. Están ciegos y muertos. Nuestra tarea es seguir predicando, no

predicándonos a nosotros mismos, ni manipulando nuestro mensaje, sino predicando el arrepentimiento y la sumisión a Cristo Jesús como Señor. El mensaje jamás cambia. Tal vez no seamos sino barro cocido, pero llevamos un mensaje sobrenatural de vida eterna que jamás abandonaremos.

El cuarto punto estratégico de Pablo es que no buscaremos popularidad. Versículos 8-12:

> Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.

La clave es esta, en el versículo 13: «Pero teniendo el misino espíritu de fe, conforme a lo que está escrito [en Salmo 116.10]: Creí, por lo cual hablé; nosotros también creemos, por lo cual también hablamos».

No debemos esperar popularidad. ¿Qué debemos esperar? Pablo nos dio la lista: aflicción, angustia, que nos derriben, y llevar siempre en el cuerpo la muerte de Jesús. Esto no describe ningún ascetismo místico; sencillamente quiere decir que Jesús siempre estaba al borde de la muerte, siempre listo para morir, siempre acosado por algunos que tramaban su muerte. Cada día al despertarse sabía que podía morir. La muerte estaba obrando en él como experiencia cotidiana, como espera constante. Mentalmente debía atravesar todos los días su propio funeral. Sin embargo, esta gran verdad jamás cambió: «Creí, por lo cual hablé». Eso es, creyente. Usted cree, y por eso habla.

Punto estratégico número cinco: no buscaremos triunfos terrenales. ¿Por qué no? Porque creemos y hablamos,

> [Sabemos] que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que

> abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios. Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas [2 Corintios 4.14-18].

No nos preocupamos por lo temporal y transitorio. Nuestro éxito no se mide en horas, ni siquiera en siglos. Nuestra mirada está fija en la eternidad.

Es difícil creer en el evangelio, y los que lo traen al mundo son personas sin importancia. El plan sigue siendo el mismo para todos los que son vasijas de barro de Dios. Para resumir, esta es la estrategia humilde de Pablo en cinco puntos: no desmayamos; no alteramos el mensaje; no manipulamos los resultados porque comprendemos que una profunda realidad espiritual obra en los que no creen; no esperamos popularidad, y por consiguiente, no nos desilusionamos. Tampoco nos preocuparemos por el éxito visible y terrenal sino que dedicaremos nuestros esfuerzos a lo que es invisible y eterno.

En 2 Corintios 4.6-7, Pablo escribió: «Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros». Eso nos trae de regreso al punto en que empezamos en este capítulo: al final del día no hay explicación humana para el crecimiento de la Iglesia. El mundo piensa que somos estrafalarios y extraños. Somos unos perdedores.

Somos como orinales. Sin embargo, mediante la boca de Pablo y otros inadaptados a través de los siglos, la Iglesia, inexplicablemente, avanza en la historia del mundo con inmenso poder, más allá de todo lo demás. Solo el evangelio convierte a los pecadores en santos al trasplantar hombres y mujeres del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios; de la muerte eterna a la vida eterna. Eso es poder para crear nuevos seres aptos para la presencia y gloria de Dios.

Si acercásemos a nuestra Iglesia un autobús lleno de estrellas de cine, titanes de empresas o catedráticos de torres de marfil [dando por sentado que estuviesen de acuerdo en subirse a un autobús], nos mirarían y se reirían: «¡Esta gente jamás podrá cambiar el mundo!» No, no podemos. Pero para los que son fieles a la verdad plena del cristianismo, Dios está cambiando el mundo por medio de nosotros. Lo ha hecho así durante toda la historia.

4



EL MEJOR EJEMPLO

Pablo sufrió y luchó fuertemente en el servicio de su fe. Tal vez se pudiera argüir que sencillamente él no es el mejor ejemplo a seguir para modelar nuestro propio comportamiento. ¿Qué tal si miramos al ejemplo máximo de maestro y expositor cristiano, Cristo mismo? De seguro veremos cómo manejar este mensaje nada atractivo de un Salvador crucificado de quien sólo la escoria de la sociedad predicaba. De seguro por lo menos veremos un destello de éxito.

No obstante, según las normas del mundo, cuando Jesús empezó a predicar su propio evangelio en su tierra natal, ¡fue un fracaso todavía más espectacular que Pablo! Este episodio de la vida de Jesús es una de las porciones más absorbentes e impactantes de la Biblia. Sus palabras en la Biblia reflejan el asombro y la emoción del momento, y todavía nos dejan boquiabiertos con su poder y fuerza.

El drama cautivador empieza en Lucas 4, versículo 16 al 21:

> Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito:
>
> El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor.
>
> Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

Imagínese que va a la iglesia el próximo domingo, esperando oír a su pastor predicar, y que el Señor Jesucristo se presente en persona para decirle que ha venido para cumplir las profecías de su segunda venida, o sea, ¡todas las profecías de la gloria de su reino de salvación en la tierra! Imagínese que usted llega esa mañana, y Jesús parado en el pulpito le dice que se ha cumplido el tiempo para el cumplimiento de todas las promesas divinas relacionadas con su regreso.

Pues bien, eso es algo parecido a lo que sintieron los judíos que se hallaban en la sinagoga ese día. Habían ido a la sinagoga toda su vida, y habían oído lectura tras lectura de la Tora, la Ley, la jaftará y los profetas, así como sermón tras sermón, sábado tras sábado desde siempre. Habían oído mucha enseñanza acerca del Mesías y habían leído muchos pasajes bíblicos acerca de su venida y su reino. Pero de repente, ese sábado en el año 28 d.C., en una oscura sinagoga de una insignificante ciudad obrera llamada Nazaret, ¡allí estaba Él!

Durante todos esos años se habían reunido para oír la Ley y los profetas, y la Ley y los profetas hablaban del Mesías. Habían asistido a la sinagoga local, que Filón describió como una casa de instrucción donde la gente oía la lectura y explicación de las Escrituras. Muchas, muchas veces el pasaje era mesiánico, y al escucharlo, sus corazones se llenaban de esperanza por

la llegada del Mesías. Su historia había sido lúgubre por siglos. Los romanos paganos los dominaban, y la esperanza en el Mesías a menudo era tenue. Pero aquel día el Mesías llegó, y estaba en persona leyendo y exponiendo las Escrituras.

La reputación de Jesús como maestro y obrador de milagros había ido creciendo, y por eso estaban tan emocionados porque Él iba a hablar en su mismo pueblo natal. Los versículos 14 y 15 nos dicen: «Y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos». Su reputación estaba creciendo cuando entró en esa sinagoga en Nazaret para iniciar su ministerio de año y medio en Galilea. Ya había ministrado casi por un año en el sur, en Judea, con unas cuantas visitas a Galilea. Así que ya en ese tiempo corrían las noticias acerca de Él.

Fue a la sinagoga que había frecuentado cuando era niño. Si, como los historiadores nos dicen, Nazaret tenía una población como de veinte mil habitantes, seguramente tenía varias sinagogas. Aquellas sinagogas estarían esparcidas por los barrios al igual que las iglesias en los días en que todos acostumbrábamos caminar hasta la iglesia, y esta era la sinagoga local de su familia. Todas las caras familiares estaban allí. Al entrar en la sinagoga habría visto a los vecinos con los que se crio, así como todo un sinnúmero de tías, tíos, primos y otros parientes.

Hasta aquí la historia del ministerio de Jesús había sido bastante positiva. En todo el lapso que abarcan los cuatro capítulos del Evangelio de Lucas, y por más de un año de ministerio, todo había marchado bien. Allí, al principio de esta reunión en la sinagoga de su pueblo natal, nos enteramos que «todos lo admiraban».

MÉDICO, ¡CÚRATE A TI MISMO!

Pero pronto las cosas se pusieron difíciles. Siguiendo en Lucas 4.22-30:

> Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José? Él les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en

> Capernaúm, haz también aquí en tu tierra. Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra.
> Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio,
> Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue.

Esto fue absolutamente inesperado. ¿Qué pasó? ¿Qué salió mal? Todo empezó tan bien. Jesús leyó las profecías mesiánicas de Isaías 61.1-2, luego una sección de Isaías 58.6, y entonces explicó que ese día las Escrituras se habían cumplido. En otras palabras, les dijo que Él era el cumplimiento de las promesas mesiánicas. Les dijo que Él, quien precisamente estaba en medio de ellos y a quien oían hablar, era el largamente esperado Mesías. Había llegado a cumplir las antiguas promesas divinas, a predicar el año agradable del Señor, lo que significaba la era de la salvación. Él, el Salvador que traería la salvación, estaba frente a todos ellos, quienes estaban oyendo su voz y viendo su cara. Con él llegaba salvación para los pobres, los presos, los ciegos, los proscritos, los afligidos, los oprimidos y los pisoteados.

Su mensaje era inconfundible: «La salvación está al alcance de los que confiesan su pobreza espiritual, su esclavitud espiritual, sus tinieblas espirituales, su derrota espiritual». Muchas veces el rabino se paraba en la sinagoga y decía: «La hora bendita del Mesías llegará. Los que vean con sus propios ojos al Mesías serán grandemente bendecidos. Los ojos honrados con ver al Mesías son los ojos más bendecidos, y los oídos honrados con oír su voz son los oídos más benditos». Aquel día, aquellos judíos eran precisamente esos testigos oculares. Eran los bendecidos entre todas las naciones, de todas las generaciones, porque fue a ellos que Él vino, a aquel grupo en aquel pueblo insignificante con aquella pequeña sinagoga. A ellos había llegado el Mesías de Dios, el Salvador del mundo, con el mensaje de salvación, riquezas espirituales, perdón, liberación y vida eterna.

Ningún sábado empezó jamás de manera tan auspiciosa. Sin embargo, ningún sábado acabaría de manera tan trágica.

Esto lo clava a uno a la página, y uno se pregunta cómo pudo suceder. ¿Cómo pudo Jesús dejar que todo acabara tan mal? ¿No tenía sagacidad para verlo? Al principio sus palabras cayeron bien, y todos se maravillaban al oírlas. Ahora bien, eso no quiere decir que creían en Él como el Mesías, sino que el cuchicheo era muy positivo. Estaban asombrados por las palabras de gracia que salían de sus labios. Tal vez se preguntaban qué querría decir su mensaje. Algunos deben haber cuestionado por qué se detuvo en su lectura a la mitad de Isaías 61.2, donde habla del «año aceptable del Señor», aunque el resto del versículo decía: «y el día de venganza del Dios nuestro».

¿Por qué dejó fuera la venganza? En verdad ellos tenían ansias de que el Mesías llegara, pero francamente, tenían tantas ansias de que llegara y se vengara de los enemigos gentiles como de que llegara y trajera salvación a Israel. Odiaban a sus opresores. Debe haber fastidiado a algunos de ellos que Jesús no terminara su lectura. Hasta Juan el Bautista había hablado del inextinguible castigo de fuego del Mesías. Estaban más que listos para eso.

Pero el día de venganza sería en el futuro. Jesús no estaba allí ese día para vengarse de nadie; estaba allí para dar salvación. Toda su vida evitó expresiones de venganza. Estaba en la tierra para la salvación de todo el que se reconociera pobre, preso, ciego y oprimido.

Los que oyeron a Jesús quedaron incluso más asombrados de su capacidad para expresarse. Los oradores poderosos siempre han logrado cautivar a las personas. Vez tras vez a través de la historia, los grandes oradores se han ganado la mente y el corazón de sus oyentes con grandes discursos. Estas personas acababan de oír al mejor orador que jamás ha vivido. Las palabras que salían de sus labios eran como palabras que jamás antes habían oído de nadie. Lucas no anota todo el sermón, pero fue una explicación de esas profecías del Antiguo Testamento. Me gusta pensar que duró por lo menos una hora.

La gente estaba perpleja de sus dones de orador porque nunca antes le habían oído enseñar ni predicar, aunque se había criado entre ellos.

Cuando lo hizo, se asombraron. Era el mejor comunicador que jamás había abierto su boca, y poseía una comprensión impecable y consumada de la verdad, pasión pura y santa por esa verdad, impecable razonamiento, interpretación exacta y destreza sin par con el idioma. Estoy seguro que su voz y ademanes era la perfección total, como lo era todo en él.

Jesús los dejó asombrados. Nadie jamás dijo algo semejante a lo que decían los críticos de Pablo: «Su presencia corporal es débil, y la palabra menospreciable». La verdad era precisamente lo opuesto. Jesús asombraba en presencia y en palabra. Ellos repetían: «¿No es éste el hijo del carpintero?» La familiaridad engendra su desprecio normal. No podían negar la majestad de su oratoria. No podían soslayar la maestría con que había comunicado el mensaje. Era sin igual a nada que jamás habían oído, pero lo que no encajaba en el cuadro era que aquel sujeto era el hijo del carpintero José que solía corretear por las calles. No podían imaginarse que era de quien el Dios del cielo hablaba cuando dijo: «Este es mi Hijo amado».

Estaban asombrados por su capacidad de comunicación y emocionados porque oían la verdad presentada con absoluta perfección y sabiduría. Entendieron exactamente lo que dijo, y su mensaje, de nuevo, era que la salvación estaba a disposición de los pobres, los presos, los ciegos y los oprimidos. [Y ¡esos eran los únicos que recibirían salvación!]. Los parientes y vecinos de Jesús captaron el mensaje. Si querían salvación tenían que confesar su pobreza espiritual, su ceguera espiritual y su esclavitud espiritual. Tendrían que negarse a sí mismos, o sea, reconocer su abyecta pobreza espiritual.

Lo que salió mal fue que el evangelio verdadero, aun si se predica majestuosamente y en su pura perfección y poder, no complació a la multitud más de lo que la complace hoy. ¿Qué hay de divertido y de satisfactorio en eso de reconocer que uno está totalmente desvalido espiritualmente? Era lo menos que los judíos estaban preparados a recibir. ¡Y Jesús ni siquiera tocó el asunto de tomar la cruz! Los judíos eran justos a sus propios ojos. Eran los nobles escogidos de Dios, y consagrados. Adoraban al Dios vivo y verdadero de Israel. Asistían a toda reunión en la sinagoga. Daban sus diezmos. Oraban. Ayunaban.

Eran como el fariseo de Lucas 18, eran el pueblo de Dios. Eran como Pablo en Filipenses 3, circuncidados y con toda la alcurnia tribal. Eran el

pueblo de Israel. Eran tradicionalistas. Eran ceremoniosos. Eran celosos de la Ley. Guardaban la Ley en apariencia tan impecablemente como podían. Estaban pensando: «Vamos, nosotros no somos pobres espiritualmente, ni presos, ni ciegos ni oprimidos. Eso puede serlo cualquier otro. ¡Los gentiles sí! ¡No nos gusta la insinuación de que nosotros lo somos!

Por supuesto, Jesús sabía cuál sería su reacción, pero ¿acomodó sus comentarios para agradar a la gente? ¿Salvaguardó su reputación diciéndoles lo que ellos querían oír y que les habría hecho sentirse a gusto? ¿Ignoró la verdad a favor de lo que ellos pensaban que necesitaban? No, les dijo la verdad cruda y sin adornos, pesárele a quien le pesare. Al hacerlo así nos da el mejor ejemplo, el ejemplo perfecto, de cómo predicar el evangelio siendo fieles a la verdad, aunque sus más viejos amigos y parientes más cercanos quieran matarlo por eso. Es preciso una acusación bien fuerte para poner tan rápido en nuestra contra a los seres más cercanos y queridos. Sin embargo, después de apenas un sermón, ¡todos se convirtieron en una chusma lista para linchar a Jesús!

Su público familiar se sumergió en una oleada de negación y preservación propia: «No podemos aceptar este mensaje, y no es posible que nosotros seamos el problema; así que debe ser él. Además, ¿cómo sabemos que de verdad es el Mesías?» Así que simplemente levantaron una barrera, y negaron las pruebas obvias: «No sabemos si él es el Mesías». Y Jesús leyó sus pensamientos, como lo había hecho en el pasado. Juan 2.24-25 dice que cuando estaba en Judea, muchos acudían a Jesús, pero Él no se confiaba de ellos, «porque sabía lo que había en el hombre». Era omnisciente, y sabía muy bien lo que planeaban. Así que les dijo en Lucas 4.23: «Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaúm, haz también aquí en tu tierra». En otras palabras: «Si quieres que creamos en ti, entonces, médico, cúrate a ti mismo. No nos digas que eres médico si no puedes demostrarlo».

Les ofreció palabras de salvación, perdón, buenas noticias, liberación, y también hizo milagros en medio de ellos. Para recibir todo eso, no obstante, ellos tenían que estar dispuestos a reconocer que eran pobres, presos, ciegos y oprimidos. Eso era absolutamente inconcebible. Jamás tal confesión iba a brotar de corazones tan convencidos de sí mismos, endurecidos

y llenos de orgullo y engreimiento religioso. Jesús lo sabía porque lee los corazones como un libro abierto.

Pero este es un punto clave que es fácil pasar por alto: los milagros eran algo completamente irrelevante. Aun si Jesús hubiera realizado milagros, no habría probado que podía salvar a los pecadores. Si hacía algún milagro, ¿habría probado que podía trasladar a las personas del reino de las tinieblas al reino de la luz? Si realizaba algún milagro, ¿habría eso demostrado que podía salvar sus almas del infierno? ¿Verificaría eso que podía darles vida eterna y llevarlos al cielo? No.

Usted puede reunir a todos los llamados obradores de milagros, desde Janes y Jambres y los magos egipcios hasta el mismo Simón el mago en el Nuevo Testamento; puede reunir a todos los oráculos de Delfos y todos los magos negros y magos blancos; puede reunir a todos los sanadores de fe abracadabrantes y a los televangelistas, ponerlos en fila, y hacer que realicen toda su función de lo que llaman milagros. Cuando hayan terminado, sea que sean ciertos o falsos, no habrán demostrado que Jesucristo puede salvar del infierno a alguien. Todos esos presuntos milagros que se hacen en televisión hoy no aportan absolutamente nada al poder del evangelio. No sé qué es lo que esos «sanadores» piensan que están logrando mediante la reproducción de milagros; como si falsificar milagros de alguna manera va a hacer que la gente crea en Jesucristo. No lo hace. No lo logra y jamás lo logró: Jesús expulsó la enfermedad y los demonios de toda la tierra de Israel con milagros auténticos, y lo pusieron en una cruz.

Para el público de Jesús la cuestión no era aceptar los milagros porque ellos no podían cuestionar legítimamente la capacidad de Jesús para realizarlos. Lo demostraron cuando le pidieron que hiciera en Nazaret lo que sabían que había hecho a unos treinta kilómetros de distancia, en Capernaúm. Allí había hecho milagros, al igual que en las bodas en la población vecina de Cana, donde convirtió el agua en vino. Otros milagros tuvieron lugar en Judea y Galilea que los galileos deben haber conocido bien, porque iban allí a menudo durante la Pascua y otras fiestas. Así que la información acumulada respecto a los milagros iba creciendo, y la evidencia era tan irrefutable que no los pusieron en tela de duda. En otras palabras, creyeron que Jesús había hecho señales asombrosas en otras partes, pero querían que las hiciera ante ellos.

A decir verdad, en todo el Nuevo Testamento, la población judía y los dirigentes judíos jamás pusieron en tela de duda los milagros de Jesús. En Juan 11.47 los fariseos y principales sacerdotes reconocieron que Jesús «obraba señales» y realizaba milagros. Jamás lo dudaron, y por eso su petición a Jesús no era sincera. Estaban pensando: «Quisiéramos creer que eres el Mesías, que trae la salvación y el reino prometido, y que puedes tomar a los pobres espirituales y hacerlos ricos, a los presos espirituales y darles libertad, a los ciegos espirituales y darles vista, a los oprimidos y temerosos espirituales y librarlos. Así que para probarlo, ¿nos harías el favor de subir al aire, dar un par de volteretas, y luego volver al suelo?» Eso no habría probado nada en cuanto al poder de salvación.

Eran como los políticos de nuestros días que cuando no pueden ganar en un asunto, cambian de tema y atacan a los adversarios de modo personal, o parlotean incansablemente acerca de sus propios proyectos favoritos sin que importe el tema que tengan entre manos. La gente de Nazaret no se inclinó por su mensaje, el cual consistía en que si querían la salvación, tenían que reconocer su bancarrota espiritual y la verdadera condición de sus perversos corazones. Eran demasiado orgullosos y demasiado confiados de su propia rectitud; demasiado escépticos en su cuidadosamente elaborada forma de defenderse.

Jesús dijo que Él era el Mesías y la gente insistió en que lo demostrara «Médico, cúrate a ti mismo» de una manera que entorpeció o reencauzó la esencia de su mensaje: «No cuestiones nuestras presuposiciones en cuanto a nuestra fe o lo que pensamos de nosotros mismos. No es culpa nuestra si no creemos, Jesús; es culpa tuya. Tu función no es positiva, ni convincente, ni divertida».

Los milagros en efecto afirman la fe de los que creen, pero no ayudan en nada a los que no creen. Los que oían a Jesús no querían la salvación que Él ofrecía si la condición era reconocer que necesitaban de Él. Querían milagros, pero no como prueba, sino como medio para la justificación propia. En realidad estaban diciendo: «¿Por qué tenemos que creer en él? No tenemos ninguna prueba de que sea el Mesías». Por supuesto que la tenían. Podían haber comprobado que Él era el Mesías en un instante.

¿Cómo? Arrepintiéndose y creyendo en Él como Señor y Salvador. Escogieron no hacerlo. Escogieron levantar una cortina de humo en su entendimiento, y Jesús les leyó el pensamiento.

Rechazaron la única manera incuestionable en que los ludios en esa sinagoga [o cualquier otra persona] pudieran haber comprobado que Jesús era el Mesías, y no tenía nada que ver con milagros ni con sanar gente. Podían, muy sencillamente, haber reconocido su pecado, haberle pedido que los salvara, y haber visto si experimentaban o no la gozosa bendición y clara conciencia que viene a los que se arrepienten. No tenían ninguna intención de hacerlo, y Jesús lo sabía.

UNA BRILLANTE CONCESIÓN

En Lucas 4.24 Jesús dijo: «De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra». En lugar de «de cierto» algunas versiones retienen el «amén» del griego, que quiere decir «les aseguro solemnemente». Es un modismo que quiere decir: «Estoy diciéndoles la verdad.

Ningún profeta es bienvenido en su propia tierra; ningún profeta es dektós, aceptado, en su propia tierra». Los expertos siempre vienen de fuera, ¿no es así? Es otra prueba de que la familiaridad engendra desdén.

Jesús estaba haciendo una pequeña concesión. Les dijo, en breve: «Comprendo que para ustedes es difícil ir más allá del hecho de que soy un individuo de aquí, que crecí aquí, que soy el hijo de José y María, y que esta es la sinagoga en la que ustedes me han visto toda mi vida. Lo comprendo». Pienso que hay un ápice de misericordia en las palabras de Jesús diciendo que comprendía que ningún profeta es aceptado en su propia tierra. Repitió esa frase un año y medio más tarde, cuando volvió a la misma sinagoga, conforme nos dice Mateo 13.57 y Marcos 6.4. También se ve en Juan 4.44.

Jesús hizo esta concesión a la luz de lo que es la conducta humana, pero luego hizo una transición brillante y profunda. Trajo a colación dos profetas: Elías en Lucas 4.25 y Eliseo en el versículo 27, a quienes el pueblo de Israel había odiado, rechazado y rehusado oír. Los que oían a Jesús sabían bien de Elías, el gran profeta de Israel. Durante su ministerio, alrededor del año 850 a.C., había muchas viudas. Por otra parte, la adoración a

Baal se había generalizado debido a que el rey Acab se había casado con una pagana llamada Jezabel que adoraba a Baal. Acab empezó a adorar a Baal por influencia de su esposa, y pronto todo Israel siguió su ejemplo. Acab era tan perverso, nos dice 1 Reyes 16.33, que hizo «más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel».

El capítulo 17 de 1 Reyes empieza relatando que el profeta Elías pidió que descendiera el castigo de Dios sobre Acab y sus súbditos. Elías oró al Dios verdadero pidiendo que enviara una sequía para demostrar que Baal, el dios pagano de la lluvia y fertilidad que Acab adoraba, era un dios falso e impotente. Dios respondió a la petición de Elías con una sequía que duró tres años y medio. En Lucas 4.25-26 Jesús recuerda a sus oyentes que Dios envió a Elías a una viuda empobrecida en la ciudad de Sarepta en el momento más difícil de la sequía, y que el profeta le dijo a ella en el nombre del Señor que si compartía con él lo que le quedaba de comida, el Señor supliría todas sus necesidades hasta que volvieran las lluvias. Ella obedeció al Dios verdadero, a pesar de tener harina y aceite apenas para una última comida para ella y su hijo. La mujer dio a Elías la comida que él le pidió.

Para ella fue una decisión de vida o muerte. Sin ningún otro medio de sostén, esperaba morir de hambre después de haber comido lo último que quedaba en su casa. Compartir lo poco que tenía con aquel extraño sólo lograría que su fin desesperado se adelantara. Sin embargo, por cuanto fue obediente, Dios le mostró misericordia y desde entonces hasta que terminó la sequía, milagrosamente reabastecía su artesa de harina y su cántaro de aceite.

Esta historia enfureció a los judíos, porque la viuda de Sarepta era una gentil en una cultura que adoraba a Baal y, sin embargo, Dios dejó a un lado a muchas viudas necesitadas que había en Israel, y mandó a Elías a aquella mujer, que no había hecho ningún esfuerzo por observar las leyes religiosas que tanto obsesionaban a los israelitas. Fue su fe individual en el Dios verdadero lo que importó, y no su alcurnia tribal o religiosa. ¿Cómo era posible tal cosa? ¿Cómo podía Dios bendecir a una gentil despreciable en tierra pagana, mientras al mismo tiempo parece ignorar a los judíos que se apegaban a la ley? ¡Era el colmo!

Aunque los presentes en la sinagoga se enfurecían cada vez más, Jesús siguió diciendo la verdad. En el versículo 27 pasa a relatar una historia de Elíseo, que vivió después de Elías, entre los años 850 y 790 a.C., cuando había muchos leprosos en Israel. La lepra era un término genérico que abarcaba toda una variedad de enfermedades antiguas que afectaban la piel, según se describe en Levítico 13, y que incluía desde problemas superficiales hasta asuntos serios. También puede haber incluido lo que hoy llamamos lepra, esa enfermedad aterradora que se conoce también como el mal de Hansen.

Eran enfermedades que tendían a desfigurar a la persona, y algunas se podían extender con rapidez aterradora. Hacían que las víctimas quedaran inmundas ceremonialmente, por lo cual quedaban excluidas de todo compañerismo, actividad social y contacto familiar, y se las aislaba porque otros temían contagiarse [aunque hoy día con el tratamiento moderno, el riesgo de contagio del mal de Hansen es minúsculo]. Israel tenía a muchos de estos proscritos en cuarentena física debido a sus horribles dolencias. Fue en tiempo de Eliseo, quien no les caía muy bien. Eliseo no tuvo más honra en su propia tierra que Elías. El pueblo seguía adorando a Baal, y seguían dándole la espalda al Dios vivo y verdadero, y entonces hubo lepra por todas partes. Lucas 4.27 dice que Dios no limpió a ningún leproso, excepto a Naamán el sirio.

¡Cómo detestaban los judíos esta historia! Naamán era comandante en jefe del ejército en una nación conocida como Aram. Comandaba a los terroristas que siempre estaban saqueando a Israel. Cruzaban la frontera, hacían su pillaje, mataban judíos, se llevaban como esclavos a hombres y mujeres a Siria. Naamán era un violento dirigente enemigo, como los modernos militantes palestinos que atacan a los judíos, y además de gentil ¡era leproso! Era lo más despreciable que una persona puede ser.

En una de esas incursiones, descritas en 2 Reyes 5, capturó a una muchacha y se la llevó como esclava a su esposa. Asombrosamente, la muchacha tenía una actitud compasiva: sabía que el hombre era leproso, y le dijo que debía ir a Israel y buscar a un hombre de Dios llamado Eliseo, porque Dios podía curarlo por medio de él. Naamán empezó a creer en el poder del Dios de Israel, y con el tiempo, mediante una serie de hechos, terminó buscando a Eliseo.

Eliseo le dijo a Naamán que el Dios de Israel lo sanaría si se sumergía siete veces en el río. Esta sugerencia enfureció a Naamán. Era un personaje orgulloso que se tenía como un personaje muy importante, hombre de gran prestigio, jefe militar de estatura, dignidad y nobleza. Ni en sueños iba a rebajarse sumergiéndose siete veces en un río. Hasta se quejó de que Eliseo hubiera escogido un río sucio, cuando en su propia tierra había un río muy limpio y bello.

Pero Naamán emprendió el regreso a su casa, y su criado le dijo: «¿Acaso no es mejor un río sucio y un Naamán limpio?» Naamán empezó a reconsiderarlo todo. Se dio cuenta de su desesperación, se percató de que no había ni alivio ni cura, ni sanidad excepto por medio del Dios de Israel. «¿Es este hombre realmente un hombre de Dios? ¿Es Dios un Dios verdadero? ¿Es Eliseo realmente su profeta?», pensaba Naamán. «¿Cómo voy a saberlo si no me someto a lo que me pide? En mi desesperación, en mi destitución, en mi enfermedad, tengo que hacer lo que este hombre me dice que haga. Así sabré si es hombre de Dios y si el Dios de Israel de veras puede librar».

Así que fue y se sumergió siete veces en el sucio río de Eliseo. ¿Sabe qué? ¡Quedó limpio de todo indicio de lepra!

Si usted hubiera estado sentado en la sinagoga en esos momentos, habría estado diciéndose: «Esto no está bien. Así que nosotros somos peores que una viuda gentil de la tierra de Jezabel. Somos peores que un sirio terrorista leproso y gentil. ¡Es intolerable! Dios pasa por alto a nuestras viudas y leprosos y muestra su gracia a los paganos. Y vil a pasarnos por alto ahora si no aceptamos a Jesús Como Señor y Mesías».

EL FRUTO DEL ORGULLO ESPIRITUAL

No en balde Lucas 4.28 dice que quienes estaban en la sinagoga, al oír estas cosas, se llenaron de ira. Nada es peor que el orgullo espiritual, porque es una barrera que los egocéntricos levantan y que los separa de la salvación. El Señor había dicho: «Saben que he venido a salvar, y eso es todo. Ahora bien, sólo puedo salvar a los pobres, los presos, los ciegos y oprimidos. No importa si se trata de una mujer gentil o un sirio leproso. Lo que importa es que el individuo vea su bancarrota y su pobreza abyecta,

y que venga a mí como el odiado cobrador de impuestos que se golpeaba el pecho y contrito clamaba: "Dios, se propició a mí, pecador" [Lucas 18.13], o el hombre que dijo: "Señor, creo; ayuda mi incredulidad" [Marcos 9.24]. Tal vez no sepa todo lo que hay que saber, y su fe tal vez no sea completa, pero si viene en su desesperación y dice: "No tengo alternativa. Veo lo que soy, y veo lo que tú puedes hacer por mí", entonces sabrá que yo soy el Mesías».

No podemos conocer a Jesús como el Mesías mientras no nos entreguemos a Él. Yo no podía conocerle como mi Salvador si no le entregaba mi vida. Pero le conocí. Hacer desfilar ante mí una infinita cantidad de milagros no hubiera probado nada. Los milagros están fuera del asunto. Usted nunca sabrá si Jesús puede salvar del infierno su alma, darle vida nueva, crear de nuevo su alma, poner allí su Espíritu Santo, perdonar su pecado, y llevarle al cielo mientras no le entregue totalmente su vida. Eso requiere negarse a uno mismo, llevar la cruz y seguirle en obediencia.

Todo lo que los oyentes de Jesús pudieron ver en esa historia fue que eran menos que los gentiles. Se enfurecieron contra Jesús porque insistía en que a no ser que se vieran a sí mismos como nada mejores que un terrorista sirio leproso, y nada mejores que una viuda pagana gentil, como nada mejores que los proscritos, no iban a recibir la salvación. Eso era absolutamente intolerable para quienes habían asistido a esa sinagoga toda su vida; judíos serios y consagrados. Era inconcebible porque estaban completamente convencidos de una justicia propia que resultaba de creer que podían ganarse la salvación mediante sus propios méritos y su religión.

¿Cómo podían ser humildes cuando estaban ganándose la entrada al cielo por ser judíos, leales a la moralidad tradicional y a las leyes religiosas?

Entonces, como dice en Lucas 4.29, «se levantaron». De repente se armó la gorda en la atiborrada sinagoga. Agarraron a Jesús con la violencia y el odio ciego de una turba que quería lincharlo, y salieron de la ciudad bufando, rumbo a un precipicio. Estaban dispuestos a lanzarlo al vacío y verlo estrellarse contra las rocas. Deuteronomio 13 decía a los judíos que podían matar así a un falso profeta. Estaban tan atrincherados en su orgullo de justicia propia, tan reacios a ver su pecado, que cuando Jesús fue a ellos al fin, trataron de matarlo. Después de esperar por tanto tiempo a su

Mesías y Rey prometido, preferían destruirlo antes que permitirle que amenazara su justicia propia.

Siempre llega a eso, aunque tal vez no con tanta violencia. Hay sólo una razón por la que la gente que sabe la verdad del evangelio no está dispuesta a arrepentirse y creer. Es que no se ven como pobres, presos, ciegos y oprimidos. Esto no tiene nada que ver con el estilo de música que ofrece su iglesia, ni el drama que presenta en tu plataforma, ni la calidad de su presentación láser. Tiene que ver con la mortandad espiritual y la ceguera del orgullo. Dios no ofrece nada a los que están contentos en su propia condición, excepto castigo. Si usted no piensa que se dirige al infierno y no piensa que necesita perdón, es porque no asigna ningún valor al evangelio de la gracia.

A su modo de pensar, aquellos judíos en la sinagoga eran los respetables. Eran los consagrados, los escogidos, los verdaderos adoradores, los fieles a la ley, los que guardaban las ceremonias, los que seguían el pacto. Los gentiles eran miserables idólatras, proscritos destituidos. Los judíos jamás podían verse a sí mismos como viudas o leprosos espirituales. Religiosos como eran, los parientes, amigos y vecinos de Jesús se disgustaron tanto por lo que Él dijo ¡que trataron de matarlo! Reaccionaron tan violentamente ante aquel mensaje porque no querían que los humillaran. No se puede predicar la salvación, ni conducir a nadie a la salvación, ni alcanzar la salvación a menos que uno esté dispuesto a humillarse y reconocer su condición de pecador. De nuevo, esto es cuestión de negarse a uno mismo, ¿verdad?

Trataron de asesinarlo, pero esa no era su prerrogativa porque no era a la manera divina ni en el momento divino. Lucas 4.30 describe una calma sobrenatural, instantánea: «Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue». No sabemos cómo sucedió. De alguna manera milagrosa, sencillamente se fue. Allí estaba el milagro que ellos habían pedido, pero el milagro le sacó de en medio de ellos, como símbolo del juicio que acarreaban sobre sí mismos por su odio e incredulidad. Qué triste. Lo que podría haber sido para ellos perdón y plenitud de gozo para siempre, lo rechazaron.

¿Qué tal en cuanto a usted? ¿Quiere saber si Jesús es lo que dice ser? Primero, tiene que avenirse al diagnóstico que él hace de su condición es-

piritual. Confiese su completa pecaminosidad. Niéguese a sí mismo y entréguele su vida. Es la única manera en que podrá saberlo. ¿Se ve a sí mismo entre los pobres, los presos, ciegos y oprimidos? Si no, usted podrá presenciar todos los milagros que se hagan bajo el sol, reales o ficticios, podrá ver el desfile entero de espectáculos que haya para ver, y nada le va a convencer. Hay sólo una manera de conocer que Jesús puede salvar del infierno su alma, cambiar su vida y llevarlo al cielo eterno con todos sus pecados perdonados. La única manera es ser suficientemente sincero y desesperado para reconocer su pecado. Esa es la única clase de persona que Jesús puede salvar. Tome su vida miserable y arruinada, entréguesela a Él, y vea lo que Él hace con ella. Eso es lo que tiene que hacer, y esa es la invitación que usted tiene que proclamar.

VERDADERA LIBERTAD

Probablemente nada es más cierto acerca de los pecadores de hoy que el que piensan que son libres. Ven el cristianismo como una especie de esclavitud. De todo lo que hablan es de derechos: «Nadie va a pisotear mis derechos. Soy lo que me venga en gana. Soy libre para ser yo mismo». Uno oye semejante afirmación demente vez tras vez.

Tales personas no son libres. La Biblia los define como prisioneros. El pecado los ha puesto en deuda con Dios, y es una deuda que no pueden pagar. Son esclavos, y les espera la muerte eterna. Según Hebreos 2.15, Satanás esgrime el poder de la muerte y tiene cautivos a «los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre». Son hijos de ira y Efesios 2.2 los llama «hijos de desobediencia» que están sujetos al poder de su propio pecado, y esclavizados por el mismo. La sentencia divina para ellos es prisión por toda la eternidad en el infierno, donde nunca morirán.

Su verdadero Soberano, el verdadero Juez real que los encarcela, los declara culpables y los sentencia a muerte, es Dios mismo. Es Dios quien destruye el alma y el cuerpo en el infierno. El pecador es prisionero de Satanás y del pecado, pero más que eso, es un prisionero de Dios, el Verdugo eterno, quien lo considera culpable y le tiene deparada una muerte horrorosa e interminable.

Esa es la alternativa: muerte eterna o vida eterna. Para ganar la vida eterna, usted tiene que dejar a un lado su orgullo espiritual, y morir a sí mismo. Para conducir a otros a Cristo, para salvarlos de este castigo eterno, usted tiene que hablar la verdad en amor; tiene que decirles la verdad sin rodeos. ¿Le parece imposible? ¿Lo hará callar su público? Pues bien, hasta donde yo puedo ver, hicieron callar a Jesús. Es más, detestaban tanto su mensaje, que sus propios parientes y vecinos, enfurecidos, trataron de matarlo por predicarlo.

Si usted sufre por la verdad del evangelio, y sufrirá, recuerde que está en buena compañía. Está siguiendo el mejor ejemplo de uno que sirvió a Dios; usted está del lado del Señor, y está desechando su justicia propia para pasar por la puerta angosta del evangelio que lleva a la vida eterna, y dando fielmente ese evangelio a otros.

UN VALOR INAPRECIABLE

Algunos somos tan afortunados, por la gracia de Dios, que podemos experimentar algunos momentos en esta tierra en los que la preciosidad del evangelio se manifiesta con claridad transformadora. En esos momentos nos damos cuenta de que preservar y proclamar el mensaje de salvación bien vale lo que cuesta, porque es un valor que está por encima de cualquier precio.

Cuando asistía a la universidad hablé durante un banquete en el que recibí un premio por jugar fútbol estadounidense. Di testimonio de mi amor por Cristo. Alguien vino a verme después, y me dijo: «Conozco a una joven que está en el hospital y que tú podrías ayudar. Ella necesita oír lo que tú dices».

Yo no era pastor, y no había tenido ninguna preparación seria para ser consejero. Era un jugador de fútbol, con veintiún años, pero le dije al hombre que la visitaría. Así que fui al hospital, y allí conocí a una encantadora porrista de diecisiete años llamada Polly. Su novio le había disparado accidentalmente en el cuello, y le había cercenado la espina dorsal. Estaba paralizada de por vida.

Allí estaba ella, acostada sobre una piel de carnero para minimizar las llagas de la cama, y tapada. Me presenté y le expliqué que alguien me había pedido que fuera a verla. Luego le dije:

— No puedo ni imaginarme lo que estás pasando.

Las primeras palabras que salieron de su boca fueron: — Me suicidaría si pudiera. No tengo ninguna razón para vivir.

Sin saber otra cosa qué hacer, empecé a presentarle el evangelio.

— No es lo que le pasa a tu cuerpo lo que importa, Polly, sino lo que le pasa a tu alma eterna. Vas a vivir para siempre en algún lugar. Dios puede poner gozo en tu corazón hoy mismo si resuelves el asunto de tu alma. ¿Te gustaría oír cómo puede suceder eso?

— Seguro —me dijo—. Está bien. Estoy desesperada. Así que le expuse el evangelio, lo que Cristo había hecho en la cruz, y le dije que Cristo le pedía su vida. ¡Vaya conversación seria! Cuando terminé, le dije:

— Polly, ¿quisieras confesar a Jesús como tu Señor y seguirle, para recibir su perdón y vida eterna?

— Lo quiero —me dijo—. No sé qué otra cosa hacer. Así que oramos juntos, y yo volví a visitarla varias veces. En una de esas visitas me dijo:

— ¿Sabes, Juan? En varios sentidos me alegro de que sucedió este accidente. Si no hubiera pasado, nunca habría conocido a Jesucristo.

Aunque lo que había sufrido era terrible, Polly estaba empezando a percibir que lo que podía ganar en el camino a la vida eterna valía más que el precio del sufrimiento físico en esta vida. Me dije: «Esto sí vale. Andar corriendo en una cancha con un pedazo de cuero bajo el brazo ante Ion gritos de la multitud no vale nada. Esto sí vale».

Debido a ese episodio y otro que les contaré más adelante, la vida tomó para mí un tono completamente diferente. El hecho de que Dios había permitido que Polly respondiera a esa presentación del evangelio me hizo darme menta de que Jesús podía usarme de esa manera. Polly se convirtió en seguidora de Jesucristo y con el tiempo conoció y se casó con un maravilloso creyente. Al mirar atrás en mi vida, mi experiencia con ella ejerció un impacto de primer orden en mi decisión de servir al Señor del evangelio. Después de esa exposición al poder del evangelio, pensé: Esto es lo que quiero para mi vida. Ninguna otra cosa se le acerca siquiera en importancia.

5



RUMBO AL CIELO

Fue el famoso beisbolista Yoghi Berra quien dio el siguiente consejo con toda seriedad: «Si llegas a una bifurcación en el camino, ¡tómala!» Eso no ayuda a nadie, porque una decisión en cuanto a direcciones tiene consecuencias. La vida en sí es la humanidad frente a encrucijadas. Como siempre estamos en un momento de decisión respecto a algo, es justo decir que siempre estamos ante una encrucijada. La mayoría de las decisiones no tienen mayores consecuencias: ¿camisa roja o azul? ¿Contestar primero esta llamada, o esta otra? ¿Tamaño regular o gigante? ¿Receta original o extra crujiente? Algunas son mis importantes: ¿A qué universidad asistir? ¿Con quién casarme? ¿Dónde voy a vivir? ¿Qué profesión escoger?

Inevitablemente enfrentamos una decisión final que determina la consecuencia definitiva: cómo pasaremos la eternidad. Si seguimos al mundo por la puerta ancha e invitadora que lleva a la destrucción y al castigo eterno, o seguimos a Jesús por la puerta estrecha que lleva al gozo eterno en el cielo.

Dios confronta a los pecadores con esta alternativa máxima. Ellos son responsables de lo que decidan, y sin embargo están tan empantanados sin esperanza en el pecado que nadie jamás escoge lo debido si Dios no lo capacita para escogerlo. Incluso así, Dios suplica a los pecadores que escojan a Cristo en lugar de la incredulidad, la reconciliación con Dios en lugar de enemistad con Él, arrepentimiento en lugar de pecado, y la vida en vez de la muerte. Por medio de Moisés, Dios confrontó a los hijos de Israel en Deuteronomio 30.15-16: «Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado». Dios le presentó a Israel la alternativa suprema: la vida o la muerte, el bien o el mal, y exigió una decisión.

Josué, quien dirigió a los israelitas después de Moisés en su entrada a la tierra prometida, dijo en Josué 24.15: «Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová». Dios preguntó: «¿Escogerán a los dioses falsos o a mí?»

En Jeremías 21.8 el profeta oyó que Dios decía: «He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte». Elías en el monte Carmelo exigió una decisión, según leemos en 1 Reyes 18.21: «Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él».

Tomamos esta decisión en la encrucijada de Cristo: escoger la vida o escoger la muerte. Eso es lo que Jesús dijo en Mateo 7.12-14, en su famoso y con frecuencia malentendido Sermón del Monte: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan».

Ya vimos anteriormente y en forma breve esta provocativa y vivida invitación, pero es una verdad esencial en lo que bien vale la pena hurgar más hondo. Esta encrucijada que define la eternidad, esta decisión de escoger un camino u otro, es el clímax que Jesús estaba martillando en todo

este gran sermón de acusación contra el legalismo de justicia propia y el sistema de salvación por obras de los fariseos. Era un llamado a su pueblo a la fe verdadera y a la salvación. Las ilustraciones que el Señor usa en la analogía son sencillas. Hay dos puertas que conducen a dos caminos, que acaban en dos destinos, y que son abiertas por dos grupos diferentes. Aquí el Señor se enfocó en la decisión inevitable que usted, yo, y el resto del mundo tiene por delante.

LA DECISIÓN DE NO DECIDIR

Demasiadas iglesias cristianas contemporáneas han abandonado por completo la idea de la necesidad de escoger, insistiendo en que hay campo para toda una diversidad de opiniones en cuanto a la fe. Cuando estalló la guerra en Iraq en 2003, una iglesia de corriente tradicional en Nueva York, exhibiendo una alegre ambivalencia, respaldó a algunos miembros que se ofrecieron voluntariamente para una campaña promilitar llamada «Adopte-un-soldado», y al mismo tiempo alentó a otros a que participaran en concentraciones de protesta anti militar. El rector explicó: «Estamos tratando de cubrir todas las bases. No quiero que la guerra en Iraq cause una guerra en mi congregación».

Numerosas iglesias enfocan de esa forma el evangelio, al no decir nada definitivo sobre el camino de la salvación y al no enfrentar jamás a los que siguen el camino ancho. Como Randall Balmer, profesor de historia religiosa estadounidense en la Universidad Barnard de Nueva York, observó: «Es una economía de mercado». Para evitar que la asistencia y la membresía decaigan, los dirigentes de las iglesias están robándose unos a otros sus «clientes» de igual manera que lo haría el banco o el supermercado local: atendiendo sus preferencias personales, y «cubriendo todas las bases». ¿Cómo va la gente a hallar la puerta estrecha al cielo, si tantas de sus propias iglesias deciden no presentar con claridad la alternativa entre el camino de Cristo y el camino del mundo?

Una iglesia no puede esconderse detrás de múltiples puntos de vista y ser legítima. Si el evangelio cristiano es verdad, todo lo demás es mentira. Si sólo Cristo salva, los que no creen en Él están condenados. La iglesia no puede conducir a los pecadores a la salvación si proclama que un camino

es tan bueno como cualquier otro. Sin embargo, siempre estoy oyendo este inclusivismo en labios de algunos que se llaman creyentes. Tener miedo de causar discordia al sostener la estrecha exclusividad del mensaje de Jesús es lo mismo que escoger el camino ancho. El evangelio es excluyente. Jesús es el único camino. La puerta es así de estrecha.

SÓLO DOS RELIGIONES

Hay dos cosas que no se puede hacer con este sermón que Jesús predicó en el monte. Una es que uno no puede echarse para atrás y admirarlo, aunque muchos lo hacen. A Jesús no le interesa que la gente admire su ética: quiere que le sigamos por la senda angosta. La segunda cosa que no se puede hacer es postergar la decisión hasta algún nebuloso mañana. Jesús llama a los pecadores al arrepentimiento hoy.

Como Rey de reyes, Cristo vino para traer al mundo a un singular y especial reino separado de todos los demás, Sabía que no podíamos entender su Reino a menos que nos explicara sus principios, y por eso nos dio este sermón maestro. En este momento de clímax, estaba diciendo: «De esto se trata mi Reino. Así es la fe auténtica. ¿Están dentro o fuera?» Exige una respuesta. La alternativa es totalmente clara y contundente: la puerta estrecha o la ancha. No existe otra alternativa.

John Stott dijo en Basic Christianity [Cristianismo Básico]: «Sea cual sea su linaje y crianza, todo adulto responsable está obligado a tomar su propia decisión a favor o en contra de Cristo. No podemos permanecer neutrales, tampoco podemos llegar al cristianismo por casualidad.

Y nadie puede resolver el asunto por nosotros. Tenemos que decidir por nosotros mismos». Por naturaleza buscamos acomodos y componendas, porque queremos que todos concuerden con nosotros. Nos encanta el área gris porque parece más bonita, pero Jesús dice que no hay área gris; es lo uno o lo otro.

Cuando me entrevistan en alguna cadena de televisión, o en cualquier situación de ritmo acelerado en que tengo que explicar mi punto en quince segundos, quiero decir dos cosas en blanco y negro: quiero proclamar la absoluta y sola autoridad de la Biblia, y la absoluta exclusividad de Jesu-

cristo. Es una respuesta a la versión electrónica del reto que dio el productor de Broadway David Belasco: «Si tío puedes escribir tu idea en el reverso de mi tarjeta de presentación, no tienes ninguna idea». Me guste o no, tengo nada más que unos pocos segundos para dar mi punto, y eso me obliga a pensar cuáles son los principios más importantes de la fe.

Allí estoy, con los monitores titilando y los técnicos que se mueven apenas fuera de las cámaras; el animador me oye con un oído y oye a su productor con el otro mediante un audífono; estamos embutidos en un escenario diminuto en el que nos tropezamos las rodillas, y cuando el animador me clava la mirada que parece ser rayo láser, y me dice: «Antes de ir a los anuncios, ¿qué piensa usted de eso, Juan?» Es mejor que sepa lo que pienso. Pienso que el mundo necesita conocer que la Biblia es la única verdad de Dios y que Jesucristo es el único Salvador.

Por supuesto, otros invitados suelen tener diferentes agendas. Cuando estaba en al aire con Deepak Chopra, él quería enredarme en una batalla sobre los manuscritos del Nuevo Testamento. En otra ocasión, un sacerdote católico romano quería debatir el significado de una parábola. Les dejé que dijeran lo que querían — cortésmente, espero — y luego cambié el tema para volver a lo que debía ser: la autoridad de la Biblia y la exclusividad de Cristo.

Toda discusión a la larga gira alrededor de estas dos verdades inmutables, inquebrantables, del genuino evangelio. Revela que hay sólo una religión verdadera y que el resto son falsas, que hay una correcta y todas las demás están equivocadas. En todo el Sermón del Monte, Jesús contrastó la religión verdadera de Cristo con el judaísmo falso de los escribas y fariseos y sus seguidores. No ofreció alternativas. El evangelio salva y todo lo demás condena.

LA JUSTICIA DIVINA FRENTE A LA JUSTICIA HUMANA

Existe el malentendido común de que la decisión entre Cristo y los dioses falsos es una decisión entre el deseo de ir al infierno y el deseo de ir al cielo. He oído a predicadores decir que la senda angosta es el camino del cristianismo que las personas escogen cuando quieren ir al cielo, y que el camino ancho es el que escogen los que están contentos con ir al infierno.

Pero están desinformados o equivocados. No es un contraste entre la piedad y el cristianismo por un lado, y por el otro las masas paganas irreligiosas, lujuriosas y lascivas que marchan alegremente al infierno. Es un contraste entre dos clases de religiones, ambas rotuladas como «Este es el camino al cielo». Satanás no pone un letrero que dice: «Infierno: Salga por aquí». No es ese su estilo. La gente que sigue el camino ancho piensa que ese camino lleva al cielo.

También es un contraste entre la justicia divina y la justicia humana, entre la religión divina y la religión humana, y por eso entre la religión verdadera y la falsa. La Palabra de Dios describió el problema de los fariseos en Lucas 18.9 diciendo que ellos «confiaban en sí mismos como justos». Era una religión de justicia humana. Se adoraban a sí mismos. Eso era inadecuado, porque no eran suficientemente justos para llegar a la elevada norma del Reino de Dios. Sólo Jesús puede alcanzarla.

La decisión que tomamos es esta: o bien somos lo suficiente buenos para llegar al cielo por cuenta propia, mediante nuestro sistema de creencias y moralidad, o no lo somos, y entonces tenemos que arrojarnos a la misericordia de Dios por medio de Cristo para llegar allá. Esos son los únicos dos sistemas de religión en todo el mundo. Uno es la religión del mérito humano, el otro reconoce que hallamos mérito verdadero sólo en Cristo y ese mérito llega al pecador sólo por gracia. Puede haber mil nombres y términos religiosos diferentes, pero realmente existen sólo dos religiones. Existe la verdad del logro divino, que dice que Dios lo ha hecho todo en Cristo, y por otro lado la mentira del logro humano, que dice que la salvación depende en cierta manera de nosotros mismos. Una es la religión de gracia, la otra es religión de obras. Una ofrece la salvación por la fe sola; la otra ofrece la salvación por la carne.

Los sistemas de religión hechos por el hombre y disertados por los demonios se basan en la presuposición de que no necesitamos un Salvador, o que no dependemos por completo de Él, porque tenemos la capacidad de cultivar nuestra propia justicia. Que Dios nos dé un poco de ambiente religioso para impulsar nuestra bondad natural, que nos dispense un poco de poder, o que nos infunda un poco de fuerza. Dennos unas pocas reglas, unas pocas rutinas y ritos religiosos, y lograremos echar a andar la salvación por cuenta propia. La mentira del logro humano se presenta bajo miríadas

de títulos diferentes, pero todo es el mismo sistema, porque surge de la misma fuente: el misino Satanás, quien la empaca en diferentes paquetes, pero todo es el mismo producto. Por otro lado, la verdad del logro divino es el cristianismo. Y es la única…

Trágicamente, la mayoría de la humanidad avanza religiosamente a toda velocidad por la ancha autopista del logro humano, convencida de que se dirige a algún fabuloso destino celestial gracias a su bondad básica, obras nobles y obras religiosas. En contraste, Jesús dijo que el único camino al cielo es la senda angosta de confiar sólo en Él como Señor y Salvador.

Los judíos enseñaban que podían lograrlo por cuenta propia. Por eso se quedaron pasmados cuando el apóstol Pablo dijo que «por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» [Romanos 3.20]. También dijo que la ley vino a fin de cerrar nuestras bocas para que no declaremos que somos justos, y a declarar que toda persona es culpable ante Dios. La Ley vino para mostrarnos nuestro pecado, pero cuando el hombre que se auto justifica y es egocéntrico vio que era pecador según la Ley, no quiso enfrentar su pecaminosidad. Las personas caídas hacen a un lado la Ley de Dios, y constantemente inventan nuevos sistemas para acomodar sus deficiencias. Luego afirman que están bien delante de sus dioses, todo basado en sus propios criterios personales o creencias y comportamiento religioso.

El principal propósito del Señor en el Sermón del Monte, particularmente en este punto clave de las puertas ancha y estrecha, era romperle el espinazo a tales sistemas de creencias mortales y mostrar que todos los que creen en esas mentiras están errados. El propósito de Jesús era llevar a sus oyentes y lectores al punto en donde empezó su sermón: los verdaderamente bienaventurados son los pobres en espíritu; bienaventurados los que lloran, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Empezó donde quería terminar, con personas quebrantadas que lamentan su pecaminosidad total, mansas frente a Dios y ante la Ley, con hambre y sed de lo que saben que no tienen y que desesperadamente necesitan: la justicia de Dios.

Pero los fariseos nunca sintonizaron ese mensaje. En Lucas 18.11 uno de ellos oraba: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres», y se jactaba de la forma en que ayunaba y daba el diezmo. Sin embargo, nunca expresó ningún pecado ni remordimiento ante Dios, porque pensaba que era tan bueno, que no tenía nada de qué sentirse culpable ni condenación ninguna de la que ser salvado. En el rincón, por otro lado, estaba el hombre que ya hemos mencionado antes, golpeándose el pecho y diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Jesús dijo «que éste descendió a su casa justificado antes que el otro» [Lucas 18.14]. Jesús quiere llevarnos al punto en que nos demos cuenta de nuestra absoluta incapacidad de agradar a Dios en nuestra carne y clamemos en desesperaron la justicia de Dios con espíritu quebrantado, manso y adolorido. Los judíos pensaban que eran justos y que se dirigían al cielo y al Reino. La verdad era precisamente lo opuesto. ¡Qué engaño! Jesús los obligó a reconsiderar su decisión.

ACCIÓN DE MENTALIDAD ESTRECHA

En Mateo 7.13-14 Jesús mencionó dos veces la puerta estrecha y una vez la ancha. Desde esa intersección, ambos caminos parecían conducir a la salvación. Ambas prometen acceso a Dios, al Reino, a la gloria, a la bendición y al cielo. Pero sólo uno de esos caminos llega allá. El otro está pavimentado con justicia propia en vez de estarlo con la perfecta justicia que Dios exige en Mateo 5.48: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». O bien usted acepta la verdad de que la salvación viene por lo que Dios ha hecho por usted en Cristo, o se queda sin nada que no sea su propia y pecaminosa auto justificación.

La principal característica del camino de la vida que Jesús señalo fue su estrechez. La senda ancha tiene toda clase de tolerancia al pecado, a las leyes aparte de la ley de Dios, y a las normas por debajo o por encima de las normas de Dios. Todo sistema de religión hecho por el hombre es parte del paisaje de la senda ancha. Pero Jesús no busco maneras de hacer acomodos. Sencillamente dijo: «Tienes que dejar la senda ancha. Tienes que seguir la senda angosta. Para ir al Reino tienes que sujetarte a estos términos».

No basta oír predicar sobre la puerta; no basta respetar la ética; hay que entrar por la puerta. No se puede entrar a menos que uno abandone la justicia propia, se vea como un mendigo en espíritu, lamente su pecado, sea manso ante un Dios santo, sin orgullo ni jactancia, con hambre y sed de justicia, y sin creer que la tiene. El infierno estará lleno de personas que tuvieron un alto concepto respecto al Sermón del Monte. Usted tiene que hacer más que eso. Tiene que obedecerlo y ponerlo en práctica.

No puede quedarse afuera y admirar la puerta estrecha, tiene que dejarlo todo y pasar por ella. Allí está de nuevo la negación de uno mismo. Uno pasa por la puerta, despojado de todo. Pero, ¿no es eso ser de mente estrecha? ¿Quiere eso decir que el cristianismo no da campo para puntos de vista opuestos? ¿Nada de tolerancia compasiva? ¿Nada de diversidad?

Así es exactamente. No lo hacemos así debido a que seamos egoístas, arrogantes o egocéntricos. Lo hacemos porque eso es lo que Dios dijo que hay que hacer. Si Dios dijera que hay cuarenta y ocho caminos para la salvación, predicaría y escribiría sobre los cuarenta y ocho. Pero no los hay: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos», nos recuerda Hechos 4.12. No hay otro nombre, sino Jesús.

En el Evangelio de Juan, Jesús dijo: «Yo soy el pan de vida» [Juan 6.35]; «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» [14.6]; «El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas,... ése es ladrón y salteador.... Yo soy la puerta» [10.1, 7]. Pablo afirma estas palabras en 1 Timoteo 2.5: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre». Hay sólo uno: Cristo y solo Cristo. Ese es un punto de vista estrecho, pero eso es el cristianismo. Y es la verdad. Usted tiene que entrar según los términos de Dios, por la puerta prescrita por Dios. Cristo es esa puerta. El Dios Santo tiene todo derecho a determinar la base de la salvación, y ha determinado que es Jesucristo y sólo Él. Usted puede entrar sólo por Él, por fe.

UNO POR UNO

También ha decidido que los suyos deben pasar por la puerta estrecha uno por uno. Esto está implícito en el texto, que algunos comentaristas

dicen que se expresa mejor con la idea de un torniquete. Si alguna vez usted ha ido a un zoológico o estadio con un grupo de personas, probablemente tuvo que pasar por un torniquete. Cuando se aglomeran ante la puerta, todos están muy apurados, tratando de entrar a la vez, pero pronto se percatan que pasar por el torniquete no es actividad de grupo. Hay que pasar uno a uno. Así es con la puerta estrecha. Pasar por la puerta al Reino de Cristo es un peregrinaje solitario.

Los judíos pensaban de otra manera. Pensaban: «Oigan, ¡estamos en el Reino! Lo logramos no como dignos seguidores del Mesías, sino como miembros de un grupo digno basado en el linaje abrahámico, el abolengo judío y la circuncisión». Como los judíos a los que predicaba Jesús, muchos hoy creen que cuando van a la iglesia, automáticamente se embarcan en el autobús que se dirige al cielo; y que simplemente entrarán con el grupo. Pero no hay grupos en un torniquete. Hay que pasar individualmente. La salvación es individual.

Esta idea es difícil de tragar, porque nos pasamos la vida corriendo con la muchedumbre, siendo parte de la rosca, parte del sistema, ganando aceptación. Luego, de repente, Cristo nos dice que cada uno tiene que pasar solo por ese torniquete. Para el fariseo eso quería decir tener que despedirse de su tan atesorado sistema y dar el paso solo. De repente notó que no era suficiente aducir su abolengo abrahámico, que no era suficiente hacer referencia a mi circuncisión. No basta decir: «Nací en una familia cristiana, y he asistido toda mi vida a la iglesia». Como Laurence J. Peter reflexionaba, asistir a la iglesia no le hace a uno cristiano más que el estar en una cochera le hace a uno un automóvil. Usted tiene que acudir a Jesús como individuo, en una entrega individual a una fe de arrepentimiento y negación propia. Eso es duro.

UNA INVITACIÓN FRAUDULENTA

Sé que esto va a aturdir a algunos, porque siempre oigo que alcanzar la salvación es fácil. «¡Simplemente llene esta tarjeta!» «¡Tan solo alce la mano!» «¡Simplemente pase al frente mientras el coro entona una estrofa más!» «Solo repita esta oración». «Simplemente pídale a Jesús que entre en su corazón». Suena tan sencillo. El único problema es que ninguna de esas

acciones tiene nada que ver con la salvación verdadera ni con pasar por la puerta estrecha. Esta clase de invitacionalismo implica que Jesús es un Salvador lastimero y pobre que espera a que demos el primer paso que le permita hacer su obra. Implica que la salvación depende de la decisión humana, como si el poder que nos salva fuera el poder del «libre albedrío» humano.

Este énfasis es un fenómeno peculiarmente estadounidense que empezó en el siglo diecinueve con un abogado neoyorquino que se hizo predicador llamado Carlos Finney. Fue el más formidable anti calvinista estadounidense, e insistía en que la gente se salvaba por un acto de pura fuerza de voluntad. Por consiguiente, cualquier cosa que fuera necesaria para manipular sus voluntades es un método esencial, porque cualquier cosa que llevara a convencerlos de que eran salvos era legítima. El fin justificaba los medios. Y así la manipulación del «llamado al altar» se convirtió en foco principal de su evangelización.

Hasta ese tiempo los evangelistas estadounidenses eran, en su mayoría, calvinistas, es decir, creían que los pecadores se salvaban al oír el mensaje del evangelio mientras Dios el Espíritu Santo los despertaba de su mortal estado de pecado. Pero Finney tomó un sendero diferente. Hacía llamados emocionales y enseñaba que la salvación no exigía una regeneración soberana obrada por Dios, sino solamente el acto de la voluntad humana. La gente pasaba a ríos al frente bajo el ímpetu de su pericia.

La vasta mayoría no eran conversiones reales. Es más, Finney más tarde admitió que su ministerio había producido en su mayor parte «convertidos» a medias y temporales. No obstante, el espectáculo de las muchedumbres pasando al frente era muy convincente.

Dwight L. Moody aprendió la táctica de Finney, y la pasó a una generación de evangelistas de estadios y dirigentes de ministerio que a veces preparan eventos públicos enormes y manipulan a la gente a pasar al frente. La mayor parte de esa actividad no rinde ningún fruto. Sin duda, creo que a pesar de la manipulación y no gracias a ella, algunos que repiten la oración, llenan una tarjeta o pasan al frente en verdad son personas quebrantadas de corazón que se percatan de su pecado y están listas para seguir a Jesús como Señor tomando sus cruces con total negación de sí mismos. Son personas que son recibidas en la puerta estrecha por el poder de Dios

mediante la verdad, y que se hallan en el camino al cielo. El resto no, pero pueden salir engañados.

Según Jesús es muy, pero muy difícil ser salvo. Al final de Mateo 7.14 dijo que la puerta estrecha «pocos son los que la hallan». No pienso que alguien alguna vez resbaló y cayó sin quererlo en el Reino de Dios. Eso es gracia batuta, creencia fácil, cristianismo ligero, método de evangelización superficial y emotiva: «¡Creo en Jesús!» «Excelente, usted es parte de la familia, pase!» No. Los pocos que hallan la puerta estrecha tienen que buscar mucho para hallarla, y luego pasar por ella uno a uno. Es difícil hallar una iglesia o predicador o creyente que pueda dirigirlo a ella. El Reino es para los que agonizan por entrar ni él, cuyos corazones están destrozados por el pecado, que lloran en mansedumbre, que tienen hambre y sed de justicia y anhelan que Dios cambie sus vidas. Es duro porque uno tiene contra sí todo el infierno. Una de las mentiras persistentes de Satanás en el mundo actual es que es fácil convertirse en creyente. No es nada fácil. Es una puerta muy estrecha la que usted tiene que hallar y pasar por ella solo, angustiado por sus pecados y anhelando perdón.

Alguien tal vez diga que esto suena a religión de logro humano. No es así. Cuando uno llega al quebrantamiento, al reconocimiento de que por sí mismo no puede pasar por la puerta estrecha, Cristo derrama en usted gracia sobre gracia que le fortalece para que entre. En su quebrantamiento, el poder de Cristo se vuelve su fuente. Nuestra parte es reconocer nuestro pecado e impotencia y suplicar misericordia y poder de lo alto.

NADA DE EQUIPAJE

No se puede pasar por un torniquete con equipaje. Para pasar por la puerta estrecha que lleva al cielo, hay que dejar todas las posesiones detrás y pasar con las manos vacías. No es la puerta del que se cree mucho, del que quiere llevar consigo todo lo que tiene. Es la puerta del que se niega a sí mismo, del que se despoja de toda justicia propia y auto suficiencia. Rechazando todo lo que haya sido, deja atrás su vida anterior. Si no, no puede pasar por la puerta. Ni tampoco lo puede nadie.

El joven rico llegó a la puerta y le preguntó a Jesús qué tenía que hacer para entrar en el Reino. El Señor le dijo que dejara sus maletas de marca

Gucci y que pasara. Había hallado la puerta que pocos hallan, pero rehusó entrar porque era demasiado egoísta y egocéntrico para hacer el sacrificio que Jesús le pidió.

El punto aquí queda maravillosamente expresado en Mateo 18.3, donde Jesús dice: «De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». La característica distintiva de los niños es que dependen por completo de otros y que no han logrado nada por mérito propio. Como dice el compositor: «Nada en mi mano traigo, a tu cruz me aferró». La fe que salva es más que una acción de la mente; es un desdén del yo pecador, una confesión de indignidad, una súplica desnuda: «Señor, ten misericordia de mí, pecador». No hay nada de malo en levantar la mano o repetir una oración, pero esas cosas no dan salvación verdadera aparte de la auténtica fe en Cristo. Jesús pidió una confesión dramática, estrecha, difícil, radical de nuestro pecado, un reconocimiento de que no somos nada y no tenemos nada con qué recomendarnos delante de Dios. La fe empieza cuando nos entregamos a su misericordia pidiendo perdón.

ARREPENTIMIENTO Y RENDICIÓN

Para pasar por la puerta estrecha uno tiene que venir con corazón arrepentido de su pecado, listo para dejar de amar el pecado y empezar a amar al Señor. Cuando Juan el Bautista preparaba al pueblo para recibir al Mesías, ellos iban para ser bautizados porque querían que sus pecados fueran perdonados. Para cualquier judío, la preparación para la llegada del Mesías y la preparación para su Reino quería decir purgar el corazón de todo pecado.

Uno también debe entrar por la puerta estrecha en total rendición a Cristo. Nadie puede ser regenerado, como Cristo lo indica en Mateo 7, sencillamente añadiendo a Jesucristo a sus actividades carnales. La salvación no es por suma, es una transformación que lleva a una sumisión voluntaria a la Palabra de Dios. El mensaje entero de 1 Juan es que si usted está verdaderamente redimido, ello se manifestará en una vida transformada en la que usted confiesa su pecado, obedece sin condiciones al Señor, y manifiesta su amor por el Señor y por otros. El milagro divino de una

vida cambiada revela la salvación verdadera, lo que resulta en un corazón que desea obedecer al Señor.

Como Jesús dijo: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» [Juan 8.31].

Si alguien que se llama cristiano no piensa y actúa como cristiano genuino, no está en el camino que piensa que está. Probablemente se ha unido a la poderosa bandada que pasa a mares por la puerta ancha de la religión falsa. No exhibe nada de este asunto de la negación de uno mismo: «Señores, traigan todo su equipaje, su ambición personal, su voluntad, sus deseos egoístas, su inmoralidad, su falta de arrepentimiento, su renuencia a someterse por completo al liderazgo de Cristo. Simplemente pasen por la puerta de la indulgencia propia». Muchos aducen ser cristianos y sin embargo son totalmente indulgentes consigo mismos. Jamás pasarán por la puerta estrecha con todo ese equipaje. Aunque tal vez no lo sepan, se hallan en el camino amplio a la destrucción.

EN LA ENCRUCIJADA

Una vez que se pasa por la puerta ancha, todos los amigos están allí y la vida es fácil: no hay reglas ni moralidad rígida, sino abundancia de tolerancia y diversidad siempre y cuando uno diga que ama a Jesús. Todos los deseos de su corazón caído se satisfacen en ese camino. No hay necesidad de humildad ni de estudiar la palabra de Dios. No se exige nada de esfuerzo; como el pez muerto que flota corriente abajo, la corriente lo hace todo. Es lo que Efesios 2.2 describe como «la corriente de este mundo». Es el camino ancho en el que «la senda de los malos perecerá» [Salmo 1.6].

Contraste esto con la senda angosta. La mejor traducción del término en Mateo 7.13-14 sería una senda «restringida» o «ajustada». Literalmente significa comprimida, o confinada, como un desfiladero sobre un precipicio. Por eso Pablo dijo en Efesios que debemos andar con diligencia, con los ojos abiertos, y no andar deambulando de un lado a otro. Es una senda muy restringida, bordeada en ambos lados por la mano castigadora de Dios. Usted se sale a un lado y ¡zas!: se lastima los nudillos espirituales.

Lo mismo al otro lado. Los requisitos son firmes, estrictos, refinados y bien delineados, y no hay lugar para la menor desviación ni para apartarse

de ellos. Debe ser el deseo de nuestro corazón cumplirlos, sabiendo muy bien que cuando fallamos Dios nos castiga, y luego maravillosa y amorosamente nos perdona y vuelve a colocarnos sobre nuestros pies para que sigamos procurando cumplir tu voluntad.

La alternativa está, entonces, entre estos dos destinos: la senda ancha que lleva a la destrucción, y la senda angosta que es el único camino al cielo. Todas las formas de religión de logro humano — desde la filosofía humanista y el ateísmo [la suprema religión de logro humano, en la que el hombre mismo es Dios] hasta el seudocristianismo— van a parar en el mismo infierno. Como dijo Juan Bunyan, «para algunos la entrada al infierno está en los mismos portales del cielo». Qué sorpresa va a ser eso para algunos. Por otro lado, la senda angosta va a abrirse a bendición eterna. La senda ancha se estrecha hacia un temblé abismo, mientras que la senda angosta se abre a las glorias sin fin del cielo, a la plenitud de una comunión indescriptible, eterna e imperturbable de gozo con Dios que ni siquiera podemos imaginar.

En Mateo 10.32-33 Jesús dijo: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos», ¿Está usted dispuesto a confesar al Cristo del Nuevo Testamento, quien es el Cristo verdadero, y el evangelio que El proclamó, que es el evangelio verdadero? ¿No se avergüenza y los confiesa abierta y públicamente? ¿Se avergüenza de Él y de sus palabras, y en consecuencia niega que sea lo que afirma ser y que su evangelio es el mensaje verdadero? Si lo niega, o si se avergüenza de Él, si para usted la predicación de la cruz es locura, usted está entre los que perecen.

No es suficiente admirarlo. Decir que usted aprecia a Cristo y que sirve a Cristo no es suficiente. Muchos de los que están en el camino ancho son los que han admirado a Jesús, pero que nunca pasaron por la puerta estrecha. No llegaron con corazones quebrantados y contritos. No llegaron aplastados por el peso de la ley de Dios, con una actitud de arrepentimiento, reconociendo que su condición verdadera es desesperada y merece castigo, y clamando por salvación de la única fuente: el Señor Jesucristo.

El Señor dijo: «Si no me conoces en mis términos, yo no te conozco para nada. Si no te has acercado a Él en arrepentimiento, con convicción de pecado, ni has abandonando tu ego con tal desesperación que imploras la salvación, la justicia y el cielo cueste lo que cueste, no has entrado por la puerta estrecha. No has llegado humildemente buscando perdón, sabiendo que no lo mereces». Tácitamente usted se avergonzó de Jesús y de sus palabras, y descubrirá que Él también se avergüenza de usted.

LA ALTERNATIVA ETERNA

Jesús nos dijo de manera muy específica que esa vergüenza se manifestará «cuando él venga» [Lucas 9.26]. Cuando un pecador muere hoy, va a parar al infierno de inmediato. No tiene que esperar hasta el regreso de Jesucristo para eso. Es casi como estar en la cárcel antes de la sentencia final. Cuando alguien comete un delito, lo arrestan y lo echan en la cárcel mientras espera el veredicto final y la sentencia.

Esa sentencia final tendrá lugar cuando Cristo regrese en su gloria. Vendrá por su Iglesia, pero su gloria no se manifestará en la tierra. La Iglesia desaparecerá en el rapto, a lo cual seguirá el terrible tiempo de la Gran Tribulación, y luego Jesús volverá en gloria resplandeciente. En su Segunda Venida volverá a la tierra para establecer su gobierno en pleno despliegue de la gloria del Padre, «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego» [2 Tesalonicenses 1.7-8].

Jesús viene en gloria, los ángeles vienen en su gloria, y tal vez la llama de fuego habla también del Padre, que se manifestó muchas veces en el Antiguo Testamento en la llama de fuego que dirigía a Israel por la noche. El fuego que Moisés y los hijos de Israel vieron en el Sinaí también representaba a Dios: el fuego reluciente, magnífico, deslumbrante de su presencia.

Mateo describió esto, también, refiriéndose numerosas veces a la «venida en gloria» de Jesús. Cuando Él vuelva dará su retribución a los que no conocieron a Dios. Si usted no obedece el evangelio, no puede conocer a Dios. No hay ninguna otra manera de ser salvo.

Jesús va a ejecutar el castigo de todos los incrédulos, tal como se describe en 2 Tesalonicenses 1.9: Estos «sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder». Esto quiere decir que sufrirán una destrucción que no es exterminación, lejos de la presencia de Dios y sufrirán eterno lloro, lamento y crujir de dientes. Cuando Jesús venga en su gloria a la tierra en su Segunda Venida, tendrá lugar el fin de la historia humana como la conocemos, y la destrucción de los impíos.

Luego el Señor establecerá su reino milenial, y al final de los mil años del Reino, tendrá lugar el juicio final. Apocalipsis 20 nos da el relato. Juan, pudo ver ese futuro al final del Reino, y contempló en visión el evento final del universo que conocemos. Vio «un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo» [v. 11]. Pedro escribió que los elementos del universo se fundirán por el intenso calor [2 Pedro 3.10]. Esto corresponde a la «descreación» del universo. Simplemente desaparece. Dios descrecará el universo entero y borrará su existencia más rápido de lo que lo creó.

Juan vio a los muertos, grandes y pequeños, significativos o insignificantes, compareciendo ante el trono. Los libros fueron abiertos, lo que quiere decir que Dios lleva perfecta cuenta de todo lo que hay en nuestras vidas. Luego se abrió otro libro, el Libro de la Vida, en el que están escritos los nombres de los salvados. Dios juzgará a los muertos por las cosas escritas en los libros conforme a sus obras. Esto es trágico, porque sus obras son malas.

Juan dijo que el mar entregó sus muertos, la muerte y el Hades entregaron sus muertos. Los muertos literalmente comparecerán ante este gran trono con cuerpos resucitados preparados para el dolor eterno, y Dios juzgará a cada uno según sus obras, porque solo en eso puede basarse para juzgarlos. Como somos juzgados por nuestras obras, todos estamos condenados. Apocalipsis 20.14: «Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda». Este lago de fuego es la muerte segunda, y toda persona cuyo nombre no esté escrito en el Libro de la Vida será lanzada al lago ardiente para una eternidad de agonía.

La única manera de escapar del lago de fuego es que el nombre de uno esté escrito en el Libro de la Vida. El que su nombre esté allí no quiere

decir que usted nunca cometió pecado; lo que significa es que el sacrificio de Cristo cubrió y pagó por esas acciones.

Cuando Cristo venga en su gloria, cuando venga en la gloria del Padre y los santos ángeles, cuando venga a juzgar a los malos, a destruirlos, a castigarlos con castigo eterno, a hacerlos comparecer ante el tribunal final para la sentencia final, el Señor manifestará que en forma definitiva y para siempre se avergüenza de los que se avergonzaron de Él y de su evangelio.

Es una realidad seria y aterradora. Comprendiendo lo que está en juego, ¿por qué va alguien a apostar la eternidad a un cristianismo popular que no lo lleva a la puerta estrecha ni a entrar por ella? ¿Qué beneficio, de qué le aprovecha ganar todo el mundo, satisfacer hasta el último deseo de la carne, la codicia de los ojos y el orgullo de la vida —si es que se puede lograr— si eso significa perder el alma eterna y arder por toda la eternidad en el lago de fuego? Es mucho mejor pasar por la puerta estrecha.

Ayúdanos, Señor. Que tu Espíritu Santo nos despierte, para que podamos vernos nada menos que como el peor de los pecadores, mendigos paupérrimos dispuestos incluso a morir, sabiendo que si nos vemos así y nos aferramos a Cristo, seremos príncipes con Dios para siempre.

6



PALABRAS VACÍAS

No le crea a quien le diga que es fácil convertirse en creyente. La salvación para los pecadores le costó a Dios su propio Hijo, le costó al Hijo de Dios su vida, y a usted le costará lo mismo. La salvación no es el resultado de un ejercicio intelectual. Viene de una vida que se vive en obediencia y servicio a Cristo según se revela en las Escrituras. Es el fruto de acciones, no de intenciones. No hay lugar para espectadores pasivos: las palabras sin acciones son vacías e inútiles. Recuerde que lo que Juan vio en su visión del juicio fue un Libro de Vida, no un Libro de Palabras, ni un Libro de Reflexiones Espirituales. La Vida que vivimos, no las palabras que decimos, es lo que determina nuestro destino eterno.

Acudir a Dios en los términos de Dios nos exige que reconozcamos nuestra total indignidad e incapacidad, y eso quiere decir la muerte del orgullo y del yo. Esto es duro porque este mundo caído, con su prejuicio egoísta, constantemente nos dice que debemos amarnos a nosotros mismos. Decimos: «Claro que no, amamos más a Dios», pero nuestras acciones demuestran lo contrario.

C. S. Lewis, quien llamó al orgullo «el gran pecado» y «cáncer espiritual», escribió:

> El orgullo ha sido la causa principal de desdicha en toda nación y en toda familia desde que el mundo empezó…
> El orgullo siempre significa enemistad: es enemistad. No sólo enemistad entre hombre y hombre, sino enemistad con Dios.
> En Dios usted se ve frente a algo que en todo respecto es inmensurablemente superior a usted. A menos que conozca a Dios de ese modo —y, por consiguiente, se reconozca como nada en comparación—, no conoce a Dios de ninguna manera. Mientras sea orgulloso no puede conocer a Dios. El orgulloso siempre menosprecia las cosas y a las personas, y por consiguiente, mientras usted siga mirando hacia abajo, no podrá ver lo que está por encima suyo.
> Esto genera una pregunta terrible. ¿Cómo es que los que están tan obviamente carcomidos por el orgullo pueden decir que creen en Dios y dar la apariencia de que son muy religiosos? Me temo que esto quiere decir que están adorando a un Dios imaginario.

Al fin del Sermón del Monte, después de indicar todos los principios y advertencias sobre los falsos profetas» el Señor dijo efectivamente: «Ahora permíteme advertirte otra cosa: cerciórate de no engañarte a ti mismo. ¿Eres en realidad miembro del reino de los cielos?» En Mateo 7.21-23 el Señor describió el engaño propio que resulta de una profesión de fe meramente verbal: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad».

Jesús impuso fuertes principios a los que desean entrar en el reino, principios que podemos resumir en una palabra: justicia. Mateo 5.20 lo dice claramente: «Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

Mateo 7.21-22 denota una profesión verbal: «No todo el que me dice:… Muchos me dirán...» Estos son los que dicen que son cristianos,

pero en realidad no lo son; dicen, pero no hacen. Los versículos que siguen, que consideraremos en el capítulo siguiente, destacan a los que no tienen más que un simple conocimiento intelectual: «Cualquiera que me oye estas palabras...» Oyen pero no hacen. En cierto sentido es una profesión verbal, y en otro sentido es conocimiento intelectual, pero ni lo uno ni lo otro produce el buen fruto de una vida recta. No son sino palabras vacías y corazones vacíos.

EL GRAN ENGAÑO

Mateo 7.21 dice que sólo «el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» entrará en el Reino. Si usted no vive una vida genuinamente recta, no importa lo que diga. Se engaña. Ambos párrafos con que termina este gran sermón, los versículos 21-23 y 24-27, contrastan la respuesta correcta y la equivocada a la invitación de Cristo, y muestran que la decisión que tomamos determina nuestro destino eterno.

Recuerden que el Señor no estaba hablando a los irreligiosos, sino a personas que estaban obsesionadas con la actividad religiosa. No eran apóstatas, herejes, ateos ni agnósticos, eran personas extremadamente religiosas. Sin embargo, estaban condenadas porque se engañaban a sí mismos y estaban en la senda errada. Su autoengaño pudo haber surgido de recibir la enseñanza de algún falso profeta, o tal vez aprendieron la verdad pero con todo y ello se engañaron a sí mismos.

Esta es una cuestión importante, porque estoy convencido de que la iglesia visible actual está literalmente repleta de personas que no son creyentes, pero que no lo saben. Cuando oigo estadísticas tales como que dos mil millones de personas en el mundo son cristianos y dos mil millones no lo son, me pregunto quién estableció el criterio para ser cristiano. La Biblia dice que muchos siguen la senda ancha y pocos toman la senda angosta que conduce al Cristo. La mayoría de las encuestas de opinión informara que casi la mitad de los estadounidenses afirman ser cristianos nacidos de nuevo, pero eso no cuadra con las Escrituras.

Es una indicación más de cuántos viven bajo el engaño de que, debido a que se sienten bien en cuanto a Dios o a Jesús y estampan su firma en alguna encuesta, ya son creyentes nacidos de nuevo. Este es el colmo del

engaño propio. Uno puede engañarse por muchas cosas, pero engañarse respecto a si uno es creyente afecta su destino eterno. Tenemos multitudes de personas engañadas que brincan alrededor del carro triunfal de Jesús pensando que todo marcha a las mil maravillas. Para ellos, el juicio va a ser una gran sorpresa.

FALSA SEGURIDAD

Así que muchos que no son salvos piensan que lo son, y van a sorprenderse al ver lo contrario cuando ya sea demasiado tarde. Muchas veces caen en esta situación porque tienen una falsa doctrina de seguridad. Alguien les ha dicho que si invitan a Jesús a su corazón o elevan cierta oración, o ejecutan una cierta ceremonia breve, ya están seguros en el Reino.

No podemos tomar la respuesta positiva inicial de un individuo al evangelio como garantía absoluta de que es salvo; ni tampoco debemos apresurarnos a descartar la incertidumbre de una persona ni desalentar el autoexamen. Solo el Espíritu Santo da seguridad genuina: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» [Romanos 8.16]. No usurpe la función del Espíritu Santo en la vida de los demás. No permita que la falsa seguridad anule la obra del Espíritu Santo de convencer a la persona.

La gente puede engañarse respecto a su salvación si no se auto examinan. Pueden dejarse llevar por un marco mental en que todo es gracia y perdón, donde nunca tienen que molestarse haciéndole frente a su pecado. Oyen que alguien dice: «Usted no tiene que confesar su pecado porque ¡sus pecados ya han sido perdonados! No se preocupe por eso. ¡Simplemente siga adelante y viva su vida!» Es una especie de antinomianismo, la actitud de estar en contra o ser indiferente a la ley de Dios.

El Señor nos lleva a la mesa de su comunión vez tras vez para que cada creyente profesante pueda examinarse a sí mismo. Segunda a los Corintios 13.5 dice: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?» Usted tiene que examinar su pecado y su motivación para hacer lo que hace. Créame, si usted de veras

es salvo, Dios se lo confirmará mediante el testimonio de su Espíritu al suyo. Alzar la mano o pasar al frente no tiene nada que ver con esto.

FIJACIÓN Y COMPENSACIÓN ACEPTABLE

Otra cosa que hace que las personas se engañen y piensen que son salvos cuando no lo son es su apego a la actividad religiosa. Van a la iglesia, oyen sermones, entonan cantos, leen la Biblia, asisten al estudio bíblico, toman una clase, y debido a que participan en actividades religiosas, la ilusión de que son creyentes se vuelve convincente. Muchos que están en la iglesia no son creyentes; son cizaña entre el trigo.

Otra idea que lleva a la gente a este engaño es lo que yo llamo compensación aceptable. Cada vez que la persona engañada ve algo que anda mal en su vida, en lugar de lidiar con eso directamente y tratar de demostrar que es un creyente verdadero, busca algo que anda bien en su vida y hace una compensación aceptable. Es como el trueque de puntos en el método de reducción de peso: «Ah, no puedo ser tan malo. Es decir, miren lo que hice por este otro lado». Siempre están compensando lo negativo con lo positivo, y en lugar de evaluar su vida honradamente, con integridad, y decir: «Si soy cristiano, ¿debería estar haciendo esto?», dice: «Bien, sé que hice eso, ¡pero mire lo que también hago!» Hace una compensación aceptable y encubre el asunto.

La cuestión es esta: aparte de su falsa seguridad, actividad religiosa o compensaciones aceptables, ¿vive con el deseo de obedecer la Palabra de Dios? ¿Es ese el objetivo que procura alcanzar, y no la perfección en su vida, que tendrá lugar en el cielo? Y cuando desobedece, como todos lo hacemos todos los días, ¿siente convicción y remordimiento que lo lleva a confesar eso a Dios? Si no lo experimenta, es justo cuestionar si usted es cristiano.

Por ejemplo, me cuesta creer cuántas veces he hablado con personas que pertenecen al movimiento homosexual que insisten en ser creyentes nacidos de nuevo porque creen en Jesús, pueden recitar su credo, decir la fecha en que dicen que fueron salvos, y otras cosas por el estilo. Mi respuesta para ellos es: «Si fueran creyentes, no pecarían continuamente,

como lo hacen y lo defienden. Estarían con el corazón quebrantado y arrepentido, y le pedirían a Dios que cambiara su vida».

El mundo está lleno de personas que viven como si no creyeran la Biblia, pero que insisten en que son creyentes. La verdad es que no están dispuestos a someterse al señorío de Cristo según se revela en su Palabra, y esa falta revela que su afirmación de que son cristianos es una ilusión trágica.

LOS ENGAÑADOS

Muchas personas se engañan en cuanto a quién es de veras cristiano. Aparte de los hipócritas, hay dos categorías de engañados en la iglesia: los superficiales y los activos.

Los superficiales son los que se llaman creyentes porque cuando eran pequeños asistieron a la iglesia o a la Escuela Dominical, recibieron la confirmación, o «tomaron una decisión» por Cristo. Tal vez usted haya oído a alguien que al ser bautizado, dice: «Recibí a Cristo cuando tenía doce años, pero mi vida fue un caos después de eso, y ahora quiero volver a la fe». La verdad probablemente es que no recibió a Cristo ni en sueños cuando tenían doce años. Lo que hicieron fue participar en alguna actividad religiosa y se engañaron pensando que por eso recibieron la salvación.

Los engañados activos son un grupo mucho más delicado y serio. Se sumergen hasta el cuello en las actividades de la iglesia. Saben el evangelio y la teología bíblica, pero no obedecen la Palabra de Dios. Viven en un estado constante de pecado.

¿Cómo puede una persona engañada saber que está engañada? ¿Cómo podemos darnos cuenta de que una persona es así? Las siguientes son algunas pistas, aunque no toda persona que hace esto está engañada.

Primero, averigüe quién anda en busca de sensaciones, bendiciones, experiencias, sanidades, ángeles y milagros. Se interesa más en los productos colaterales de la fe que en la fe misma. Se interesa más en lo que puede obtener que en la gloria que Dios merece recibir; se interesa más en sí mismo que en la exaltación de Cristo.

Segundo, busque a los que están más consagrados a su denominación, a su iglesia o a la tradición que a la Palabra de Dios. Su cristianismo puede

ser puramente social. Están más dedicados a la organización que al Señor y a su Palabra.

Tercero, fíjese en las personas que se dedican a la teología como interés académico. Las hallará por todas partes en universidades y seminarios: personas que estudian teología, escriben libros sobre teología, y están absolutamente desprovistos de verdadera rectitud. La teología, para ellos, en una actividad intelectual.

Cuarto, fíjese en las personas que siempre parecen atascadas en algún punto teológico que se martilla en demasía, como los que nunca enseñan nada que no sea la Segunda Venida de Cristo en relación con los sucesos actuales. Esa es la persona que siempre está haciendo despliegue de sus minucias o excentricidades. Quiere que uno piense que está tan cerca de Dios, que posee una gran percepción divina que nadie más tiene, pero la verdad es que no busca más que una plataforma para alimentar su ego. Cuidado con personas que carecen de equilibrio, y con los que son excesivamente I indulgentes a nombre de la gracia, y no tienen un corazón! arrepentido y verdaderamente contrito.

UNA LECCIÓN PERSONAL

Algunos de los ejemplos más dramáticos que he visto de personas engañadas y disfrazadas de creyentes son personas que han sido amigos íntimos. La primera fue un compañero en la secundaria llamado Ralph. Él y yo trabajábamos durante las vacaciones en la distribuidora de autos que tenía su padre, recobrando coches de personas que no habían cumplido con sus pagos: un trabajo de ensueño para un adolescente. Pasábamos mucho tiempo juntos fuera del trabajo y las clases, repartiendo tratados y testificando en la Plaza Pershing en el centro de Los Ángeles. Él era presidente del grupo juvenil de su iglesia, y yo era director del grupo en la mía. Decía las cosas precisas y parecía tener gran ardor por Cristo, pero cuando se fue a la universidad abandonó por completo la fe. Quedé estupefacto.

En la universidad tuve un amigo íntimo llamado Don que era, según yo pensaba, un verdadero amigo espiritual en todo sentido. Ambos éramos capitanes del equipo de fútbol estadounidense, él era presidente de la clase y yo vicepresidente, ambos enseñábamos estudios bíblicos, nuestros papás

eran pastores y nosotros pensábamos también en ser pastores. Hablamos mucho acerca de servir al Señor. Después de un tiempo, él se fue a Europa, obtuvo ni doctorado en psicología, se hizo maestro y promotor de conciertos de rock, y con el tiempo lo detuvieron, convicto y sentenciado por exhibir a estudiantes desnudos frente a su clase. Abandonó totalmente la fe.

Luego fui al seminario, donde uno de mis mejores amigos, hijo del decano, puso un altar budista en su casa después de graduarse. Allí estaba un individuo que se había preparado para una vida entera de enseñanza y predicación de la verdad bíblica, y que sin embargo reveló que su vida y ministerio hasta ese tiempo había sido una mentira engañosa.

Estas experiencias fueron devastadoras, pero me mostraron de forma inolvidable que porque alguien esté muy metido en la iglesia, y diga las cosas precisas, no necesariamente es creyente. Nada podía haber martillado la lección en mi corazón más claramente. Esto me remitía repetidamente a 1 Juan 2.19 en busca de consuelo y estímulo:

«Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros».

LA FE EXIGE ACCIÓN

Nuestro principal campo misionero en los Estados Unidos está dentro de la iglesia. Tenemos que resolver nuestros asuntos. Las iglesias están repletas de personas como mis tres amigos del pasado, que estaban llenos de palabras vacías. Al principio decían las cosas como es debido, pero luego no hicieron la voluntad de Dios. Tenemos que hablar porque la Biblia nos dice que confesemos, pero la confesión sin obediencia es un fraude. Este es el caso de las vírgenes sabia e insensata, según Mateo 25.1-3: «Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo». Las vírgenes aquí simbolizan a los que se apegan al cristianismo, y el esposo representa a Cristo. «Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas», como los que edificaron en la roca o en la arena. «Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite». En otras palabras, tenían la apariencia de piedad, pero no tenían

el poder; no tenían la salvación en su corazón sino solamente los arreos de la misma, la religiosidad.

> Más las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo, salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Más las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.
> Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Más él, respondiendo, dijo:
> De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir. [Mateo 25.4-13]

En el versículo 11 las vírgenes insensatas con ansia confiesan: «Señor, señor». Esta es una frase interesante. La primera vez que dijeron: «Señor» pudo haber sido por respeto; la palabra significa «amo», «maestro», «patrón». La segunda vez, «Señor, señor» puede haber recalcado la ortodoxia de lo que afirmaban con la palabra «Señor». Kurios es la palabra griega que la Septuaginta usa para traducir el nombre Jehová en el Antiguo Testamentó. Estaban diciendo: «Sabemos que eres Dios, sabemos que eres Jehová, aceptamos todo lo que incluye tu deidad». Fueron respetuosas, ortodoxas, y usaron los términos precisos, tenían la actitud debida, y usaron la palabra dos veces para indicar su celo y pasión, su fervor, su dedicación y la fuerza de su devoción. Ahora bien, si las palabras de su profesión significaban algo, debían haber cumplido con la condición básica de haber llenado sus lámparas.

CÓMO SE VIVE RECTAMENTE

Volviendo a Mateo 7.22, como ya vimos antes, Jesús citó a los que pedirán entrada en el Reino repitiendo tres veces la expresión «en tu nombre». En otras palabras: «No somos tan egocéntricos. Hemos echado fuera demonios de parte tuya, y hemos hecho milagros por ti». Y decimos: «Estos tienen que ser creyentes». Para algunos, esa afirmación será legítima, y el Señor les invitará a entrar al reino.

Pero no todo el que dice eso va a entrar, porque no todos los que confiesan eso habrán estado haciendo la voluntad del Padre. En Mateo 7.23 el Señor hace una confesión, homologueo, propia: «Nunca los conocí». ¡Qué sorpresa! Les dio una confesión directa tomada del Salmo 6.8. Ellos estaban llamando desesperadamente a la puerta, diciendo: «Señor, señor», y él les respondió: «Aléjense de mí. No los conozco».

Por supuesto, Él los conoce; Él lo sabe todo. No es cuestión de percepción ni de reconocimiento. La palabra «conocer» en la Biblia se usaba para denotar una relación personal íntima. Por ejemplo, en Amos 3.2 Dios dijo de Israel: «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra». Eso no quiere decir que a los únicos que conocía era a los judíos, sino que tenía una relación íntima sólo con ellos.

El Antiguo Testamento dice: «conoció Caín a su mujer, la cual concibió» [vea Génesis 4.17]. Eso no quiere decir que supo quién era ella, ni que supo su nombre; quiere decir que la conoció en el acto íntimo del matrimonio.

Cuando María estaba encinta con nuestro Señor, cuando el Espíritu de Dios puso la simiente divina en ella, la Biblia dice que José quedó pasmado porque nunca la había «conocido» [vea Mateo. 1.25].

Jesús rechazó a los que falsamente aducían conocerle porque eran «hacedores de maldad» [Mateo 7.23]. En lugar de hacer la voluntad de Dios y vivir según los principios que Jesús explicó en el Sermón del Monte, vivían en pecado. No es lo que uno dice lo que demuestra la realidad de la fe de uno; es lo que uno hace.

No significa absolutamente nada profesar que se cree en Cristo si la vida de uno no lo respalda. Por eso Pedro dijo que si uno no puede añadir virtud a la fe, no se puede saber si es realmente redimido [vea 2 Pedro 1.5-

11]. Eso es lo que Santiago quiso decir cuando dijo que la fe sin obras es igual a cero [vea Santiago 2.17]. La clase de «fe.» que profesa verbalmente mientras el corazón sigue buscando el pecado no es fe en ninguna parte. Pienso que el colmo de tomar el nombre del Señor en vano no es usarlo como palabrota en las calles, sino aducir a que se tiene al Cristo cuando en verdad uno no lo tiene.

G. Campbell Morgan escribió: «La blasfemia del santuario es más terrible que la blasfemia del tugurio». Decir: «Señor, señor» y desobedecer es un beso de Judas. Debemos estar motivados de corazón y hacer la voluntad de Dios. Por eso el Padre Nuestro dice: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», lo que quiere decir hacer la voluntad del Padre celestial.

Pero, ¿qué sucede si uno falla? Pedimos perdón por nuestras deudas, o pecados, «como nosotros perdonamos a los que nos deben». Jesús no estaba diciendo: «Esta es la norma perfecta, y si fallan alguna vez, ¡fuera! Lo que estaba diciendo era: «Esta es la norma perfecta, y parte de la norma perfecta es que cuando fallen, lo reconozcan». Esa es la norma de Dios. Si estas realidades no ilustran cómo son las cosas en su vida, no me importa qué confesión haga, usted no es cristiano.

PALABRAS GRANDES, POCA ACCIÓN

La fe salvadora verdadera es una fe penitente en Jesucristo, y eso produce buenas obras. Si no las hay, no importa lo que usted diga. En mi paráfrasis de Mateo 7.23 el Señor dice: «Ni por un solo momento los he reconocido como míos o los he tenido por íntimos. Quedan para siempre expulsados de mi presencia, porque ustedes siguen obrando maldad».

Esto es mucho más asombroso debido a que las afirmaciones del versículo 22 son tan impresionantes. Estas personas han profetizado, han echado fuera demonios, Han hecho obras maravillosas. Suena como mucho de lo que afirman hoy los miembros del movimiento carismático. Tales afirmaciones a menudo ni siquiera son verdad, y mucho menos base válida para la esperanza de ir al cielo.

El punto es que sin que importe lo que digamos, y sin que importen los milagros y maravillas que dicen que han hecho, Jesús dice que no reúnen los requisitos para estar en su reino, por cuanto jamás entraron por la puerta estrecha. No transformaron sus palabras en acción.

No podemos culpar al Señor por condenar a los que dicen pero no hacen, puesto que con sus palabras vacías muestran que no tienen lugar en su reino.

7



LA ROCA DE LA VERDADERA FE

En el sur de California, donde vivimos, constantemente se nos recuerda la necesidad de buen cimiento en una casa. Parece que todos los años tenemos terremotos o inundaciones. Algunos años tenemos ambos desastres a la vez. Eran las seis en punto de la mañana, y tuvo lugar un terremoto que alcanzó un nivel de 6,8. Tremendo terremoto. Las puertas empezaron a golpear contra sus marcos, los chicos salieron disparados de sus camas, y el locutor del noticiero radial reportaba que la presa que quedaba más arriba de nuestra casa se había roto y que todos teníamos que evacuar. Por la providencia de Dios, lo único que perdimos fue un estante lleno de mis trofeos atléticos. Entramos a la sala de estar y allí, amontonados sobre el piso, estaban los símbolos de mi pasada gloria deportiva, hechos añicos. [Mi esposa aprovechó la oportunidad para hacerme recordar que Dios bendice a los humildes. Es su historia favorita de terremoto.]

El clima en el sur de California es casi idéntico al de Israel, y la gente tampoco es extraña a las inundaciones y a la necesidad de un cimiento

firme. Es seco y árido la mayor parte del tiempo, pero cuando llueve la tierra solo puede absorber cierta cantidad de agua, y el resto se convierte en torrente. Lo que en el verano podría parecer un lugar maravilloso y sólido para construir una casa, se convierte en furioso aluvión en el invierno, y arrasa con todo lo que se haya construido allí.

Jesús tenía esta imagen en mente al mismo final del Sermón del Monte, Mateo 7.24-27:

> Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina».

Estos versículos son la segunda conclusión a este sermón, después de los versículos 21-23 que contrastan la respuesta correcta y la incorrecta a la invitación de Cristo.

Aquí Jesús presenta a dos hombres que construyeron casas, probablemente en el lecho seco de algún arroyo. Uno trabajó febrilmente en su casa pero no pensó en lo absoluto en el cimiento; Jesús le llamó in sensato. El otro se aseguró de construir su cimiento sobre roca sólida y Jesús le llamó sabio. Es una historia bien conocida.

Pero lo que parece una parábola muy sencilla es realidad un comentario asombroso y poderoso sobre las personas que tienen conocimiento mental pero corazones vacíos. Note lo que Jesús dijo en el versículo 24: «cualquiera que oye» y en el versículo 26: «cualquiera que oye». Esto se refiere a las personas que oyen el mensaje, le prestan atención y lo entienden. Saben lo que se espera que hagan.

LOS VALORES ESPIRITUALES DEL HOMBRE

Recuerden que se trata del Juez del universo diciéndonos cómo construir. A menos que usted edifique su Vida sobre el cimiento de la justicia

divina, va a arruinarse. No importa lo que parezca por fuera, ni importa lo que sepa en su cabeza, ni cuan febrilmente conduzca su actividad espiritual, si todo lo que tiene es conocimiento de cabeza, la inundación se lo llevará cuando venga.

Los judíos habían desarrollado su propio sistema de obras, un intencionado esfuerzo de la carne que no alcanzaba la meta. Entonces Dios vino en Jesús y les ofreció verdadera rectitud, pero para poder recibirla tenían que reconocer la bancarrota de su propio sistema. En todo el Sermón del Monte, Jesús había derribado sistemáticamente, pieza por pieza, su palacio de cartón. Al llegar a Mateo 7 ya les había destruido por completo su sistema de seguridad religiosa. Los obligó primero a escoger entre las puertas ancha y angosta, luego a identificarse con uno de los dos constructores que oyen, uno de los cuales obedece y el otro no.

Ambos constructores representan a las personas de hoy que probablemente se consideran cristianos. Ambos tal vez leen la Biblia, asisten a las reuniones en la iglesia y están atareados edificando algún sistema de valores espirituales.

La tremenda diferencia es que el uno es sabio y el otro es insensato, porque el uno construye sobre la roca y el otro sobre la arena.

El cimiento de una casa es invisible. Una vez que el edificio está terminado, no se puede ver, y es difícil saber cuál casa es sólida y cuál no. Ambas casas tienen la misma apariencia. Muchos oyen, pero si al examinar su vida todo en ella ha sido oír y nada de hacer, no se engañe pensando que es cristiano.

LADO A LADO

Varias similitudes interesantes existen entre los dos constructores en esta parábola. En primer lugar, ambos construyeron casas, que representan estructuras espirituales, así que ambos se dedicaron a vivir sus vidas con la prioridad de la actividad espiritual que tenía que ver con el reino de Dios.

Segundo, probablemente construyeron casas en el mismo lugar, porque la misma tempestad los azotó a ambos. Los verdaderos cristianos y los falsos invariablemente viven lado a lado, en la misma calle. Tal vez asisten a la misma iglesia, tal vez oyen al mismo predicador, asisten a los mismos

estudios bíblicos, y son tan similares que resulta indistinguibles para la mayoría de personas.

Tercero, al parecer construyeron sus casas con estilo exterior similar, porque la única diferencia que el Señor mencionó fue el cimiento. Ambos tal vez porten una Biblia y un cuaderno, eleven oraciones y participen en las actividades de la iglesia. Ambos tal vez den al Señor cantidades similares de dinero. Ambos parecían cristianos similares hasta que se llega al punto capital del asunto, y es el cimiento invisible que está debajo de todo. Sólo un examen de conciencia sincero y cuidadoso puede revelar la verdad en cuanto a la realidad oculta.

Jesús estaba tratando de que los fariseos salieran de su torre encumbrada y orgullosa para que vieran la bancarrota espiritual de sus vidas. Los fariseos no tenían ningún interés en la espiritualidad del alma, la puré de corazón, la integridad de la conducta o la obediencia a Dios, sino que se habían dedicado a construir su enorme estructura religiosa sobre la arena. Claro que oraban, ayunaban y daban limosnas, pero lo hacían sólo para impresionar a Dios, para exhibir su presunta espiritualidad y realzar su reputación. Tenían una religión de cosas externas, una religión de arena.

Como Arthur Pink dice:

> Llevaban sus cuerpos a la casa de oración, pero no sus almas; adoraban con sus bocas, pero no «en espíritu y en verdad». Eran rigoristas por la inmersión o la comunión a la madrugada, pero no pensaban para nada en guardar sus corazones con toda diligencia. Se jactaban de su ortodoxia, pero descartaban los preceptos de Cristo. Multitudes de cristianos profesantes se abstienen de actos externos de violencia, pero no vacilan en ensuciar el buen nombre de sus vecinos esparciendo malos informes sobre ellos. Contribuyen regularmente para el «salario del pastor», pero no se cohíben de exagerar la cualidad de sus productos ni de engañar a sus clientes amparados por aquello de que «los negocios son negocios». Tienen más respeto a las leyes del hombre que a las de Dios, porque el temor de Dios no lo tienen presente.

LA ROCA DE LA VERDADERA FE

EI camino ancho que lleva a la destrucción es todo arena. Los que andan por la senda angosta construyen sobre la roca. ¿Qué quiere decir eso? Podríamos argumentar que la roca es Dios, y que uno está edificando la vida sobre Dios, lo cual, desde luego, es cierto. Podríamos decir que la roca es Dios, pero lo mismo decían los fariseos. O podríamos decir que la roca es Cristo. Pedro le llamó la piedra angular [1 Ped. 2.6]. Pablo dijo que él es la Roca [1 Cor. 10.4].

Ahora bien, muchas personas dicen que han edificado sus vidas sobre Cristo. La mayoría de los comentaristas dicen que «roca» en este pasaje quiere decir Dios o Cristo, pero yo quiero ir un paso más allá. Jesús se interesaba en «cualquiera que me oye estas palabras, y las hace». La roca es la verdadera fe en la Palabra de Dios, que resulta en un corazón obediente y el fin de la justicia propia. Sí, Dios es una roca, sí, Cristo es la piedra angular. Pero pienso que lo que nuestro Señor estaba diciendo aquí sencillamente es esto: «Estos dichos míos llegan a ser el cimiento fundamental de la verdadera iglesia, de la iglesia redimida, del verdadero cristiano».

Mire Mateo 16.13-16: «Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» La respuesta fue: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas». Pero Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Jesús reconoció esto como una revelación, al decir «No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» [v. 17]. Fue una revelación divina. «Y yo también te digo, que tú eres Pedro [petros, eres una piedra] y sobre esta roca [petra, cimiento fundamental] edificaré mi iglesia» [v. 18]. Y ¿qué era esa petra que es cimiento del cristianismo? Era el Verbo de Dios, el Cristo, el Hijo del Dios viviente. La petra de Mateo 16 era el Verbo de Dios, y estoy convencido de que la petra de Mateo 7 es igualmente la Palabra de Dios.

En Hechos 20.32, Pablo dijo: «Os encomiendo... a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros». La Palabra de Dios es nuestro cimiento, y es la Palabra de Dios lo que provee también el material para la construcción.

Así que nuestro Señor estaba diciendo que la persona que vive una vida en la que solamente oye y nunca hace está viviendo en la arena de la voluntad humana, de la opinión humana, de las actitudes humanas: las arenas movedizas de la filosofía humana de auto-servicio. Aunque oiga, no está sobre la roca. Por otro lado, el sabio que oye la palabra de Dios y edifica su vida sobre la palabra do Dios tiene un cimiento de roca. Su corazón se ha sometido en verdadera fe y sumisión a la Palabra de Dios. Eso lleva el fruto de la obediencia.

Juan 8.30-32: «Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Oyeron, creyeron verdaderamente, aceptaron, obedecieron. Eso es edificar la vida sobre la roca.

En Santiago 1.22 leemos esto: «Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándonos a vosotros mismos». Si usted oye el Sermón del Monte de Jesús, pero no lo hace, se engaña a sí mismo; no porque yo lo diga, sino porque el Señor y sus discípulos lo dicen. Primera de Juan 2.3: «Y en esto sabemos que nosotros le conocimos, si guardamos sus mandamientos».

Cuando usted mira su vida, ¿ve un corazón que anhela más que cualquier otra cosa obedecer la Palabra de Dios? ¿Acaso está desobedeciéndola y justificando siempre esa desobediencia? Obediencia es la palabra clave. La única evidencia visible que usted tendrá de su salvación es una vida que se vive en dirección de la obediencia. Es la prueba de que genuinamente se ha postrado ante el señorío de Jesucristo y que ha sido transformado por su gracia para ser siervo de la justicia del Señor.

A veces Dios tiene que empujarnos a la obediencia derribándonos de nuestros cimientos. Posiblemente lo único bueno de los terremotos en nuestra comunidad en California es que impulsan a las personas a Cristo. Ricos o pobres, famosos o anónimos, quedan petrificados por su incapacidad para controlar la tierra sobre la que caminan. Se ven frente a frente ante su impotencia respecto al Señor Creador. La asistencia a las iglesias por lo general sube después de un gran terremoto, y en todo caso vemos individuos, familias y matrimonios que se acercan a Cristo. Por supuesto,

algunos meramente cumplen las formalidades, pero para otros es el empujón final que necesitan para arrepentirse ante el poder de Dios.

DEFINAMOS LAS DIFERENCIAS

Hace poco vi un artículo en una revista que pregunta «¿Qué están haciendo los pastores con la nueva marejada de cristianos que viven juntos sin estar casados?» Me pregunto si eso puede ser cierto entre cristianos. Antes de que nos preocupemos por los que están viviendo juntos, es mejor que nos preocupemos por saber quién es realmente cristiano. Si estas verdades del Sermón del Monte no definen la dirección de su vida, usted se está engañando a pensar que es cristiano.

Hemos visto las similitudes entre los sabios y los insensatos, así que ahora consideremos las diferencias, uno construyó a lo fácil, el otro a la manera difícil, fácil construir sobre la arena: simplemente alise su lote y construya su casa. El insensato lo hace por la vía fácil por dos razones. Primero, los necios siempre están apurados. Proverbios nos dice que los necios tienen prisa. El necio siempre está buscando resultados rápidos, incluyendo la evangelización veloz: «Adelante, amigo; súbase al carro, porque no vamos a detenernos». No hay tiempo para enseñar la doctrina del pecado, ni para cultivar convicción o para que la persona arregle cuentas con la condición de su alma delante de Dios. No hay tiempo para inculcar el temor al juicio divino y el castigo divino. Es evangelización de atajo.

Segundo, el necio es superficial. Este es uno de los que proclaman creer en Cristo, que dicen haber oído el evangelio y lo han aceptado y, sin embargo, no dan evidencia alguna por la forma en que viven sus vidas. Vivimos en la era de la superficialidad. Millones invocan el nombre de Jesús, pero su lealtad es superficial e inestable como arena movediza. Cuando ya no reciben de Jesús su estimulante instantáneo, no encuentran las diversiones que esperaban y su casa empieza a derrumbarse.

No hay nada de arar hondo, ni trabajo de azadón, ni cimiento, ni quebrantamiento de corazón en el insensato. Pienso que Spurgeon dijo algo valioso para nosotros:

> Escasez de profundidad, escasez de sinceridad, escasez de realidad en la religión: esa es la escasez de nuestros tiempos. Falta de mirar a Dios en la religión, falta de lidiar sinceramente con nuestra alma, descuido en el uso de la lanceta en nuestro corazón, descuido de la orden de registro que Dios emite contra el pecado, descuido en cuanto a vivir por Cristo; mucho leer acerca de Él, mucho hablar de Él, pero demasiado poco comer de su carne y beber de su sangre; esas son las causas de las profesiones tambaleantes y las esperanzas sin base.

CÓMO DEDICAR TIEMPO PARA CAVAR HONDO

Mientras que el insensato está muy apurado, el sabio toma tiempo para hacer el trabajo como es debido. En el pasaje paralelo al final de Mateo 7, Lucas 6.47-48 añade el hecho de que el sabio cavó hondo. Buscó la roca de la Palabra de Dios. Sopló la arena de la opinión humana y de la voluntad propia, y se aferró al lecho de roca de obediencia a la Palabra de Dios.

No se puede cavar hondo si se está apurado. Apenas tiene tiempo para una conversión rápida o una confesión ligera. Algunos dicen que son salvos antes de adquirir siquiera algún sentido de estar perdidos. Los que dicen legítimamente que Cristo es suyo, están dispuestos a dedicar tiempo para cavar hondo. Lo han pensado a cabalidad, han contado bien el costo. Su profesión de fe no será rechazada en el juicio final.

Recuerden que en el capítulo 1 miramos Lucas 9.58- 60, que nos dice: «Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios». Jesús estaba diciendo: «Deja que el mundo se preocupe por los suyos; tú ven y predica el Reino».

«Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios» [Lu cas 9.61-62]. Los que entran corriendo, pero quieren salir de nuevo a la carrera tan pronto como uno empieza a señalar las normas para seguir a Cristo, no son aptos para el reino.

ESFUERZO MÁXIMO

Los que cavan hondo muestran deseo de hacer el máximo esfuerzo. El camino fácil siempre nos tienta. A veces hacemos el evangelio tan fácil que no es evangelio para nada. Los cristianos sudamos la gota gorda por lo difícil que es cultivar a los nuevos convertidos. Una iglesia grande en los Estados Unidos informó que tuvo 28.800 conversiones en cierto año, bautizó a 9.600 personas, y 123 se unieron a la iglesia. El hecho es que no se salvaron 28.000 si solo 123 se unieron a la iglesia. El problema no es la dificultad del cultivo, el problema es la dificultad de la conversión. Estamos tratando de cultivar personas que jamás han sido redimidas.

Recuerdo un esfuerzo de «evangelización a fondo» en el Ecuador hace algunos años. Se informó que miles fueron salvos, pero sólo a dos se pudo hallar en alguna iglesia. No fueron conversiones. Los verdaderos cristianos anhelan, como bebés, la leche de la Palabra de Dios y de la adoración evangélica y la comunión. Aman al Señor y a su pueblo.

Otra característica del hombre que cava hondo es que se deja enseñar. Los fariseos no se dejaban enseñar; no se les podía decir nada. Demasiadas personas son así; profesan a Cristo pero no quieren oír todo lo que exige el verdadero cristianismo. Rechazan el llamado a negarse a sí mismos. Sostienen en alto sus propias ideas, metas y designios. Quieren hacerlo a su manera, y cuando uno trata de enseñarles el camino correcto, no quieren ni oírlo. No se debe a que sean cristianos que no se dejan enseñar; es que son falsos cristianos.

El que cava hondo se vacía de su propia justicia y autosuficiencia, echa a un lado sus propias visiones y experiencias, y edifica sobre la Palabra de Dios, para la gloria de Oíos y no la suya propia.

EL ARMA SUPREMA DE SATANÁS

Un día será revelada la verdad de su fe o el mal de su engaño. El Aventador en Jefe va a venir para separar el trigo del tamo. Va a soplar el viento del juicio, y los que han construido sus vidas sobre la roca permanecerán. Apocalipsis 20.12-15 describe específicamente cómo va a suceder:

> Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Este es el juicio ante el Gran Trono Blanco, en el que Dios de forma final y para siempre separa a los verdaderos de los falsos. Pienso que es un día cuando retumbarán por los corredores de esa corte las palabras «Señor, señor». Y retumbando en eco vendrá la reverberación de su respuesta: «Apártense de mí, nunca los conocí».

Usted puede ser respetuoso en cuanto a Cristo, puede ser ferviente y activo en la devoción privada, puede estar muy atareado en la proclamación pública y en actividades espirituales, puede estar edificando su vida religiosa en una comunidad de cristianos verdaderos, y su casucha religiosa puede verse igual a la de ellos. Pero cuando venga el juicio, su casa quedará arrasada si es que fue construida sobre la arena de su propio criterio antes que en la roca de la obediencia a la Palabra de Dios. Cerciórese de poner su cimiento espiritual en Cristo y en la sólida roca de la obediencia a su Palabra.

ADVERTENCIA FINAL

Toda presentación del evangelio debe terminar con una advertencia de condenación al que lo rechaza. Meramente decir y oír no es prueba de que la fe de la persona es auténtica; la fe real es visible en el que hace.

Hay ocasiones en que caemos en algún pecado, pero si el pecado sin arrepentimiento es el patrón de su vida, usted no está en el reino de Dios. Vea si usted está en la lista que nos da 1 Corintios 6.9-10: «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con

varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios».

Si no se halla en esa lista, mire la que consta en Gálatas 5.19-21: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas... los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios».

Y hay muchas más listas de pecados humanos que excluirán del cielo a las personas. ¿Quién entra, entonces? Los pocos que verdaderamente se arrepienten de sus pecados, los pocos que hallan la puerta angosta.

Cuando uno en sumisión le entrega completamente la vida al Señor, Él se hace cargo y todo empieza a desdoblarse, y desde entonces Él empieza a facultarlo y cambiarlo a uno. C. S. Lewis tiene una ilustración maravillosa de esto:

> Cuando era niño con frecuencia tenía dolor de muelas, y sabía que si iba a mi madre ella me daría algo que amortiguara el dolor esa noche y me permitiera dormir. Pero yo no iba a ver a mi madre; por lo menos, no antes de que el dolor fuera realmente insoportable. Y no iba a verla por lo siguiente: No tenía la menor duda de que me daría la aspirina, pero sabía que también haría algo más. Sabía que al día siguiente me llevaría a ver al dentista. No podía conseguir lo que quería sin conseguir algo más que yo no quería. Quería alivio inmediato del dolor, pero no podía conseguirlo sin tener que someterme a que me arreglaran los dientes permanentemente. Conocía a los dentistas; sabía que empezaban a meterse con otros dientes que ni siquiera me habían empezado a doler. No dejaban que el perro siguiera durmiendo.

Nuestro Señor es como ese dentista. Si uno le da un problema para que lo arregle, los arregla todos. Por eso advirtió a las personas que calcularan el costo antes de convertirse en cristianos. Él las hará perfectas, nada menos. Ese proceso empieza en el momento en que usted confía en Él, y

continúa hasta el momento en que llegue al cielo y sea glorificado instantáneamente. Cuando se pone en sus manos, eso es lo que consigue, cueste lo que cueste.

8



MARCAS DEL DISCIPULADO

Teodoro Roosevelt dijo una vez: «Nunca ha habido un hombre que haya vivido una vida fácil, cuyo nombre valga la pena recordar». Por cierto que cuando el Señor nos llama a ser sus discípulos, no nos llama a una vida fácil.

Un misionero cuya historia ha influido grandemente en mi vida es un hombre que ya mencioné anteriormente, llamado Enrique Martín. Después de una vida larga y difícil de servicio cristiano en India, anunció que se iba a Persia [hoy Irán], porque Dios había puesto en su corazón traducir el Nuevo Testamento y los Salmos al persa.

Para entonces ya era viejo. Le dijeron que si se quedaba en India moriría por el calor, y que Persia era más caliente que India. Pero se fue de todas maneras. Allí estudió el persa y después tradujo todo el Nuevo Testamento y los Salmos en nueve meses. Entonces se enteró que no podía imprimir ni poner en circulación la traducción mientras no recibiera el permiso del sha. Viajó mil kilómetros a Teherán, y allí le negaron el permiso para ver al sha. Emprendió el regreso y viajó seiscientos kilómetros para buscar al

embajador británico, quien le dio las cartas de presentación apropiadas y le envió de vuelta los seiscientos kilómetros a Teherán. Esto era en 1812, y Martín hizo todo el viaje a lomo de mula, viajando de noche y descansando durante el día, protegido del candente sol del desierto por apenas un pedazo de lona.

Finalmente llegó a Teherán, lo recibió el sha, y consiguió el permiso para imprimir y poner en circulación las Escrituras en Persia. Diez días después murió, pero poco antes de morir había escrito esto en su diario: «Me senté en el huerto y con dulzura y paz, pensé en mi Dios en la soledad: mi Compañía, mi Amigo y Consolador».

Por cierto que no vivió una vida de comodidad, pero fue una vida que vale la pena recordar. Él es uno entre muchos que Dios ha usado en la historia de la redención.

Ligado al espíritu de Enrique Martín está la clave del genuino discipulado, que es quedar tan completamente consumido por la causa que uno no piense para nada en su propia vida. Los versículos 38-39 de Mateo 10 destacan este aspecto de servir a Cristo: «El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará».

Muchos aducen seguir a Jesús. Muchos afirman ser sus discípulos y muchos siempre lo han dicho, pero en estos versículos de Mateo, nuestro Señor definió la prueba de lo genuino. Esta es la marca de un verdadero seguidor de Cristo.

El Señor habló muchas veces del mensaje de lo genuino, pero parece ser un mensaje que la iglesia cristiana de hoy a menudo pasa por alto. El Señor hizo repetidamente una comparación entre los verdaderos discípulos y los falsos, entre lo real y lo falso. Para Él esto era esencial. Por eso habló frecuentemente de la salvación genuina en oposición a una fachada de salvación.

Tan solo en Mateo, este es un asunto constante. En el capítulo 5, versículo 20, su primer sermón que registra el Nuevo Testamento, nuestro Señor dijo esto: «Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

Hay la justicia genuina y perfecta de Cristo que se imputa a todo creyente [Romanos 4.5; Filipenses 3.9; 2 Corintios 5.21], y la falsa justicia de

los hombres. A menos que usted tenga la genuina, no puede entrar en el reino. Jesús se enfocó aquí en la justicia fingida de los fariseos.

Hemos visto la misma advertencia en Mateo 7, donde Jesús habla de la puerta angosta que sólo unos pocos hallan. Hay dos caminos que parecen llevar a Dios, pero uno lleva a la vida y el otro a la destrucción. Más adelante en el mismo sermón, Jesús concluyó con la parábola del que construyó su casa en la arena movediza en tanto que su vecino construyó sobre roca sólida.

El Señor empezó Mateo 13 hablando de un sembrado y de semillas. En los versículos 4-8, nos dice que el sembrador esparció su semilla con estos resultados:

> Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno.

Esta historia nos dice que en respuesta a la predicación del evangelio, hay por lo menos cuatro posibles resultados diferentes. Sólo uno de ellos es recepción genuina, y produce justicia.

La lección aparece de nuevo, empezando en Mateo 13.47-50:

> Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.

La Iglesia es una red que recoge toda clase de personas buenas y malas. Un día los ángeles van a separar a los verdaderos creyentes de los falsos. Repetidas veces en el Nuevo Testamento, el Señor habló de identificar a

los verdaderos discípulos y a los farsantes. Así que Mateo 10.38-39 no se aparta del mensaje que aparece en todas partes de la Biblia.

En algunos círculos se me conoce por ser «demasiado inflexible» al definir lo que caracteriza o no caracteriza al verdadero seguidor de Cristo. Hay una verdad única y es esta: la suprema autoridad de las revelaciones de Dios en la Biblia. Lo demás no importa. Esta profunda lealtad a la verdad la absorbí en gran medida del Dr. Charles Fineberg, judío convertido de inmenso intelecto y decano del Seminario Talbot, donde me gradué. Él fue mi mentor, y como tenía una elevada noción de las Escrituras me enseñó a tenerla también.

Además, mi padre también me enseñó la verdad bíblica. Era un gran maestro y expositor bíblico que permitía que la Palabra de Dios enmarcara su comprensión de la salvación. Captaba la historia como es debido y la predicaba con precisión. Tiene noventa años y sigue haciéndolo. Su ministerio radial se halla en su año sesenta y tres, y también escribe una carta circular mensual y enseña todas las semanas en la Escuela Dominical. Nunca ha habido nada superficial en su ministerio. Me enseñó que no hay duda alguna sobre lo que hace verdaderos la salvación y el discipulado.

ACCIÓN Y REACCIÓN

El apóstol Pablo hizo una afirmación paradójica en Romanos 9.6 cuando dijo: «No todos los que descienden de Israel son israelitas». En otras palabras, todos los que son judíos por fuera no lo son por dentro. No todos los que por fuera se identifican como pueblo de Dios lo son por dentro. Podríamos decir, entonces, que no todos los discípulos son discípulos; todos los que al parecer son seguidores de Jesús no son en realidad seguidores de Jesús. Podríamos incluso decir que no toda la Iglesia, por lo que vemos, es la Iglesia.

Mateo 10 describe las marcas de un discipulado genuino. El mensaje allí es un mensaje, antes que nada, en cuanto a autenticidad, y segundo, un mensaje acerca de impacto: ¿Quién es un discípulo real? ¿Cómo impacta «I mundo? ¿Qué impacto tiene el mundo sobre él?

La primera característica de un discípulo genuino es que es como su Señor. Tiene el carácter de Cristo. Por eso en Hechos 11.26 la gente llamó

«cristianos» a los creyente»; cristiano quiere decir «perteneciente al partido de Cristo».

Eran pequeños Cristos; manifestaban su carácter y llevaban las marcas de su vida en ellos. Un verdadero cristiano no sólo lleva el nombre de Cristo, sino que muestra las virtudes de Cristo. Mateo 10.24-25 declara un axioma evidente por sí mismo: «El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como tu señor». Además del discipulado del Espíritu de Cristo en nosotros está la realidad de que Él mismo ha venido a vivir en nosotros, de modo que podemos decir con Pablo: «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» [Gálatas 2.20]. Un discípulo verdadero actúa como Cristo. Por supuesto, habrá lapsos debido a nuestra humanidad, pero así y todo habrá evidencia de la semejanza a Cristo en la vida del verdadero creyente.

Si somos verdaderos discípulos, tenemos la marca de Jesús en nosotros; Él es nuestro Hacedor. Es nuestra vida. Pablo maravillosamente afirmó esto en 2 Corintios 5.17: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Esa condición nueva debe manifestarse.

La segunda y consecuente característica de los verdaderos discípulos es que si somos como Cristo, otros no darán la misma respuesta que dieron a Cristo. Mateo 10.25 continúa: «Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?» Ser cristiano genuino es mostrar el carácter de Cristo y, por lo tanto, ser tratado como a Él lo trataron. Cuando nos movemos en el mundo con un carácter semejante al de Cristo, el mundo reaccionará hacia nosotros de la misma manera en que reaccionaron hacia Jesús. Ese es el mensaje de Jesús en Juan 15.20 cuando dijo: «El siervo [una traducción literal sería «esclavo»] no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado [obedecido] mi palabra, también guardarán la vuestra».

Si usted es genuino en su identificación con Cristo, puede esperar que el mundo que rechazó a Cristo lo rechace a usted.

TEMOR Y FAVOR

Con todo, es también característica del discípulo verdadero de Jesús que no le teme al mundo. Mateo 10.28: «No temáis a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno». No hay razón para tener miedo, porque como seguidor de Jesús, usted sabe que de buen grado canjeará los peligros que pudiera enfrentar en este mundo por las riquezas de su recompensa en el mundo eterno venidero. Los discípulo; con gozo «hablan en la luz» y «predican desde los terrados» [v. 27], sin preocuparse por reproches o amenazas. Es más, no hay razón para temer lo que suceda aquí, porque ni un gorrión cae a la tierra fuera de la voluntad de Dios, «pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos» [vv. 30-31].

Cuando el mundo es hostil y persigue, cuando el mundo se pone en su contra y lo deja a un lado o lo descarta, el verdadero discípulo no tiene miedo, porque se ha entregado completa y totalmente al señorío de Cristo, confiado a su cuidado pase lo que pase, incluso contra la hostilidad del mundo.

Otra característica del discipulado es que el verdadero discípulo es leal a su Señor. En el versículo 32 Jesús nos dijo: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos». Cuando el calor aumenta, cuando la presión y la persecución se desatan y el mundo ataca, el verdadero creyente confiesa abiertamente a Cristo. No se amilana. No niega su fe. No se retracta. Se sostiene firme y proclama a Cristo, sean cuales sean las circunstancias. Ira hasta a la cárcel e incluso enfrentará la ejecución antes que negar a su Señor.

Alguien dirá: «¿Y qué decir de Pedro? Fue un discípulo genuino, pero negó a su Señor». Es cierto. Lo hizo, pero fue antes de que el Espíritu Santo entrara a vivir en él. Después de eso, nunca volvió a ser desleal. Murió por ser leal a Cristo: crucificado cabeza abajo, como lo pidió, porque dijo que no era digno de morir como su Señor. Tal lealtad marca a las personas que Cristo confesará que le pertenecen.

LA ESPADA DE CRISTO

Una característica central de un verdadero discípulo —y de cierta manera casi increíble para mí, porque va tan radicalmente en contra de nuestros anhelos naturales— es una disposición a dejar la familia si es necesario. En Mateo 10.34, que ya vimos antes, Jesús dijo: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada». Esta es una afirmación de lo más dramática. Estaba diciendo: «Algunos de ustedes que son sinceros me confesarán cuando sean llevados ante los tribunales y las cortes de los hombres, e incluso en el curso de la vida diaria. Otros de ustedes me negarán, porque no es de tanta importancia para ustedes, y salvarán su cuello y su reputación. Eso nada más demuestra que he venido a traer una espada. Causo divisiones. Obligo a la gente a tomar decisiones que los separan de los demás». El mismo hecho de que algunos confiesan a Cristo y otros lo niegan indica que su venida causa divisiones. Jesús no negó esa contundente realidad sino que la amplió.

Los judíos sabían por el Antiguo Testamento que cuando viniera el Mesías, vendría para traer paz. Isaías profetizó que sería el Príncipe de Paz [9.6]. Bajo su reinado, las facciones en guerra forjarían sus espadas en arados y sus lanzas en hoces [Isaías 2.4]. La guerra, e incluso el concepto de la guerra, desaparecería.

Ellos conocían las maravillosas palabras de esperanza que se hallan en el Salmo 72.3, 7 y que hablan del Reino: «Los montes llevarán paz al pueblo.../... Florecerá en sus días justicia, / Y muchedumbre de paz, / hasta que no haya luna». No habrá guerra, sino sólo paz.

Cuando Jesús estaba hablando con sus discípulos ya habían empezado a experimentar en su corazón la paz que venía tan solo por estar con Él. Ellos tal vez esperaban que esta bendición se extendería a todos. Los discípulos pueden haberse imaginado que seguirían predicando, y todo el mundo caería a sus pies porque el Mesías, el Príncipe de Paz que habían esperado por tanto tiempo, finalmente había llegado. Estaban experimentando la euforia de estar con Él, confiados que todos los demás responderían de la misma manera y el reino maravilloso y pacífico de Cristo estaba a la vuelta de la esquina.

Pero no era ese el cuadro verdadero, porque el Señor les dijo: «No se ilusionen pensando que mi venida ahora traerá paz. No he venido para dar paz, sino espada».

Esta idea suena como si la intención del Señor al venir hubiera sido traer conflicto. Las consecuencias a veces se expresan como si fueran intenciones, porque en la soberanía suprema de Dios lo son. Sin embargo, aquí Jesús describió el resultado directo de su venida como si fuera su intención. Es una paradoja, en cierto sentido. El Señor estaba diciendo: «Por un lado soy el Príncipe de Paz, pero por otro, va a haber guerra, representada por la espada».

El Antiguo Testamento esbozó estos dos puntos de vista. Al describir las rupturas y las divisiones. Miqueas 7.6 describe la venida del Señor de esta manera: «Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre son los de su casa». Nuestro Señor citó esto casi al pie de la letra en Mateo 10.

El Antiguo Testamento veía al Mesías como Rey de paz, pero también veía el potencial de división en su venida, porque algunos lo aceptarían, y otros, incluso de la misma familia, lo rechazarían. Los judíos también creían que esa división tendría lugar. En algunos de los escritos rabínicos hallamos esta afirmación: «En el período cuando venga el Hijo de David, la hija se levantará contra su madre, la nuera contra su suegra. El hijo menospreciará al padre, la hija se rebelará contra su madre, la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa».

Es como si Jesús estuviera diciendo que habría división por el momento. La intervención de Dios en la historia mediante la encarnación de Cristo iba a dividir y fracturar al mundo en partidos que se pondrían unos contra otros. Así que no se ilusione como discípulo pensando que el mundo entero va a caer a sus pies. ¿Va usted a irse corriendo a su casa para contarles a todos que se ha convertido en cristiano? ¿Va a gritar la noticia en la universidad, y todo mundo va a ponerse en fila para unírsele? Eso no va a suceder.

LA RUPTURA MÁS GRANDE

Martín Lutero dijo: «Si nuestro evangelio fuera recibido en paz, no sería el verdadero evangelio». Si alguna vez alguien vio que la verdad del cristianismo dividía a las personas y a las instituciones, ese fue Lutero. Predicó la verdad en la iglesia católica romana, pero eso no condujo a la paz sino que creó la mayor ruptura en la historia de la religión. Hizo añicos el poder monolítico de la jerarquía católica romana y dio a luz a la Reforma protestante, que rescató al verdadero evangelio de sus captores sacramentales.

En un sentido real, Mateo 10.34 es paradójico porque debemos esperar que el Señor traiga paz. Después de todo, Juan el Bautista fue su heraldo, y hablaba de la paz. Cuando los ángeles proclamaron su nacimiento, dijeron: «Paz en la tierra». Jesús, en Juan 14.27 dijo: «Mi paz os doy».

Por lo menos en tres lugares en el libro de Romanos Pablo habló de la paz que Dios nos ha dado [5.1; 8.6; 14.7]. Es verdad que hay paz en el corazón del que cree, pero en lo que toca al mundo, solo hay división. Sí, Cristo trajo la paz de Dios al corazón del creyente, y algún día habrá un reino de paz. El Antiguo Testamento no siempre hace una clara distinción entre la Primera Venida y la Segunda Venida. La primera trajo una espada y la segunda traerá la suprema paz.

Es cierto que la Primera Venida trajo una paz parcial, la paz que entra en el corazón de los que creen. Pero el Señor advirtió a los discípulos: «Recuerden esto al ir: Va a causar división. Va a causar rupturas y divisiones».

El evangelio hace eso. Es el fuego refinador que consume. Trae la separación que hace el pastor entre las ovejas y los cabritos. Trae el aventador del labrador cuando echa al aire el trigo y el tamo se lo lleva el viento. La entrada de Cristo divide y separa. Si Cristo nunca hubiera venido, la tierra hubiera seguido en unidad, condenada al infierno. Pero cuando Él vino, estalló la guerra.

En Lucas 12 vemos algo de esto. En el versículo 49 Jesús dijo: «Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido"». Versículo 51: «¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión». Vino a traer espada, y no paz, en el sentido de que vino para poner a algunos de los parientes en contra de los otros. Estaba diciendo

que si uno trata de ser un discípulo verdadero, tiene que estar dispuesto a crear división incluso en su propia casa.

Esto va contra todos nuestros instintos, porque queremos la paz en nuestra casa más que en cualquier otro sitio. Ese es nuestro refugio; allí es donde viven nuestros seres más queridos y que conocemos mejor. No queremos estar enfrentados a ellos, pero cuando nos entregamos a Jesucristo, le seremos fieles aunque eso destruya nuestros hogares, nuestros barrios, nuestras ciudades o nuestra nación. Si ese es el precio, lo pagaremos.

Jesús expresó la severidad de esta ruptura en la frase de Mateo 10.35: «Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre». La expresión griega que se traduce «en disensión» es rara, y se usa solo aquí en el Nuevo Testamento. Quiere decir cercenar, cortar. Jesús estaba diciendo: «Voy a cercenar al hombre totalmente de su padre, y todos estos otros parientes uno del otro. Voy a cortar a las familias de toda forma posible".

Esta es la peor ruptura que puede haber. No es tan malo cuando uno está a mal con el vecino, el jefe, el amigo o la sociedad, pero cuando sucede en familia y su consagración a Jesucristo quiere decir que se ve cercenado de sus familiares, la realidad empieza a incomodar. Su consagración a Cristo va contra su amor y necesidad de ellos.

Su consagración va contra la armonía con que quiere vivir. Ser creyente y seguir a Jesucristo puede crear división en su propio hogar, pero esa es la marca del verdadero discipulado. Aferrarse a Cristo a menudo significa despegarse de los familiares que lo rechazan a uno porque uno no quiere rechazar el evangelio. Esto es especialmente cierto en las familias judías, así como en los de las falsas religiones.

Esta es una norma dura, y muchos concluyen que es demasiado sacrificio. Algunas esposas no acuden a Cristo por miedo a que sus esposos se separen de ellas. Algunos esposos no acuden a Cristo por temor de que sus esposas se separen de ellos. Los hijos no acuden a Cristo por miedo al padre o a la madre, y viceversa. Muchos no se ponen del lado de Cristo porque quieren mantener la armonía familiar, pero Jesús dijo que el verdadero discípulo dejará a su familia si se ve obligado a tomar una decisión. Esto es parte de negarse a uno mismo, aceptando de buen grado el alto costo de

seguir a Jesús para recibir sus bendiciones infinitas en el tiempo y en la eternidad.

UN AMOR MÁS ALTO

El amor de familia es fuerte y es de seguro el lazo humano más estrecho, pero no tiene el poder que tiene el amor a Cristo. Este es tan fuerte que a veces rompe el vínculo familiar. Una joven que conozco me dijo que venía de una familia totalmente pagana y que, como resultado de su conversión a Cristo, su padre, a quien ella quería profundamente, no quería hablarle ni en persona ni por teléfono; colgaba cuando ella llamaba. Ella me dijo: «Pensé que se alegraría de que no soy alcohólica, ni drogadicta, ni criminal, ni que he quedado lisiada o herida en algún accidente grave. Nunca he tenido un gozo así en mi vida como el que tengo ahora que soy cristiana, y debido a mi amor a Cristo mi padre no quiere ni hablarme». Eso se debe a la espada.

La misma espada cayó entre Caín y Abel. Abel era justo, Caín no lo era, y la ruptura fue tan honda que Caín no pudo soportarla. De modo que asesinó a su hermano.

1 Corintios 7 nos dice cómo la espada entra en un matrimonio de cristianos. Si uno tiene una esposa inconversa y ella quiere seguir con uno, no hay que divorciarse de ella. Si usted tiene un esposo inconverso que quiere seguir con usted, permítale quedarse porque cierta santificación ocurre. Es decir, la bendición que Dios derrama sobre el creyente salpica al cónyuge inconverso de una manera temporal. «Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios" [v. 15]. Ese es el otro lado del asunto. Una vez que la espada cae, entonces Dios nos ha llamado a paz, y si el no creyente quiere irse, hay que dejar que se vaya.

Convertirse uno quiere decir estar harto del pecado, Anhelar profundamente el perdón y el rescate del mal presente y del infierno futuro, y afirmar su consagración al señorío de Cristo hasta el punto de estar dispuesto a dejarlo todo. He dicho antes y lo repito: No se trata simplemente de alzar la mano y pasar al frente diciendo: «Amo a Jesús». No es fácil, ni es cómodo para al usuario, ni es sensible para el que busca. No es un mundo rosa y

perfecto en el que Jesús da todo lo que a uno se le antoja. Es duro, sacrificado y sobrepasa a todo lo demás.

La manifestación de la verdadera fe es un compromiso que ninguna influencia puede torcer. Por supuesto que usted ama a su familia, a sus hijos, a sus padres y a su esposo o esposa. Pero si es un discípulo genuino, su sentido de lealtad a la salvación que se halla sólo en Cristo es tan profundo, hondo y de tan largo alcance que, si fuera necesario, dice «no» a sus seres queridos por amor a Cristo.

Juan Bunyan supo esto de una manera especial. Las autoridades le dijeron que dejara de predicar, pero él contestó: «No puedo dejar de predicar, porque Dios me ha llamado a predicar». Ellos le dijeron: «Si sigues predicando, te echaremos en la cárcel».

Así que él pensó: «Si voy a la cárcel, ¿quién va a cuidad de mi familia? Sin embargo, ¿cómo puedo cerrar mi boca cuando Dios me ha llamado a predicar?"

Fue tan valiente y fiel que dejó a su familia al cuidado de Dios. Siguió obediente al llamado de Dios y predicó, y lo encarcelaron. Fue en la cárcel donde escribió su magnífica alegoría El Progreso del Peregrino que ha bendecido a tantos millones de familias a través de los siglos con su enseñanza sobre el camino de salvación. Su familia sufrió sin él, pero Dios los cuidó. Mediante ese sufrimiento Dios logró obras poderosas en la vida de incontables personas.

Bunyan escribió en un apéndice a su autobiografía, titulado Abundante gracia para el primero de los pecadores:

> Separarme de mi esposa y mis pobres hijos a menudo ha sido para mí en este lugar [la cárcel] como arrancarme la carne de los huesos; y eso no sólo porque quiero mucho a estas misericordias, sino también porque a menudo he traído a mi mente las muchas adversidades, sufrimientos y necesidades que mi pobre familia debe enfrentar, si es que me quitan de ellos, especialmente mi pobre hijo ciego, que está más cerca de mi corazón que todos los demás. Ay, pensar en las dificultades que mi ciego sufriría me rompía el corazón en pedazos… Pero con todo y esto, recapacitaba y pensaba que debía aventurarlos a ustedes con Dios, así me tocara dejarlos. Ay, me veía en esta condición como un hombre que estaba derribando su casa

> sobre la cabeza de su esposa e hijos; sin embargo, pensaba que debía hacerlo, porque debía hacerlo.

Ruego a Dios que nunca tenga que tomar una decisión así, pero a lo mejor me toca un día. Usted tal vez tenga que tomar esa decisión porque ha confesado a Jesucristo, y eso ha sido un peso para su familia. Pero esa es la manera en que demostramos la realidad de nuestra conversión. El que dice: «No estoy dispuesto a hacer esa clase de sacrificio» no es genuino. «El que ama a padre o madre más que mí, no es digno de mí», dijo Jesús en Mateo 10.37. Usted no puede ser su discípulo y recibir su salvación si su familia significa para usted más de lo que Jesús significa.

DISPUESTO A MORIR

Solo una cosa es más capaz que la familia de desplazar a Cristo de su lugar debido en el corazón de un individuo, y es el amor a su propia vida. Claro, uno debe estar dispuesto a escoger a Cristo y perder a la familia, pero ¿estaría usted dispuesto a escoger a Cristo y perder su vida?

Ahora estamos hablando muy en serio respecto a quién es cristiano.

Mateo 10:38: «y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí». Volvemos a eso de la cruz. El punto central de esta sección de textos bíblicos es recalcar un concepto inaudito: la negación total de uno mismo hasta la muerte.

El Señor estaba concentrándose realmente en lo que es un verdadero discípulo. A menos que usted esté dispuesto a tomar su cruz y seguirle, no es un verdadero seguidor suyo. Sin duda usted ha oído enésimo número de meditaciones acerca de «tomar su cruz», pero como ya vimos antes en Lucas 9, su cruz no es el coche descompuesto ni su cónyuge inconforme. Cuando Jesús dijo a sus oyentes que tomaran sus cruces, esto significó para ellos sólo una osa: estar dispuesto a enfrentar la posibilidad de la muerte por amor a Él.

Once de los doce apóstoles [todos, excepto Judas] eran de Galilea, lugar donde otro Judas, Judas galileo, había encabezado hacía poco una insurrección. Reunió una fuerza alrededor suyo para expulsar a los romanos,

pero los romanos ganaron. Destrozaron a Judas y su insurrección. El general romano Varus, para dar a los judíos una lección, crucificó a más de dos mil de estos. Puso sus cruces por todos los caminos de Galilea, de modo que la gente los veía por dondequiera que fueran. Todo judío crucificado tenía que llevar su propio travesaño al marchar a la muerte por crucifixión.

Esos galileos habían visto todo eso, y Jesús les hablaba en un contexto histórico al decirles que tenían que estar dispuestos a enfrentar tal consecuencia antes que negarle. Jesús estaba diciendo que para seguirle, debemos estar dispuestos a pasar por la muerte más horrorosa que se pueda imaginar.

Entregar la vida para seguir a Cristo no solo quiere decir dejar a la familia si es necesario, sino también entregar la vida. El mundo no debe intimidarle, y usted debe estar dispuesto a confesar a Cristo en el medio ambiente más hostil.

Los discípulos entendieron que «tomar la cruz» significaba estar dispuesto a morir cualquier muerte. Quería decir abandonarse uno mismo al señorío de Cristo. El amor a Cristo tiene que sobrepasar la poderosa apelación del amor de la familia, y el más poderoso instinto de conservación.

Como hemos oído en otros pasajes, de nuevo Jesús añadió este rico pensamiento en Mateo 10.39: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará». El que protege su seguridad física negando a Cristo bajo presión perderá su alma eterna. Pero si uno está dispuesto a perder la vida por causa de Cristo, hallará vida eterna al final. El ser mártir no salva a nadie. Sin embargo, si usted es un creyente genuino, no hay valor que lo aleje de Cristo, pues sabe que el que confiesa a Jesucristo y muere por Él sale mucho mejor que el apóstata que niega a Cristo para escapar de la muerte pero recibe la condenación eterna.

Cuando las autoridades llevaron a Juan Bunyan ante los magistrados antes de encarcelarlo, Bunyan dijo: «Señores, la ley de Cristo ha provisto dos maneras de obedecer: la de hacer lo que en mi conciencia creo que tengo que hacer, activamente; y lo que no puedo obedecer activamente, por eso estoy dispuesto a entregarme y sufrir lo que me hagan».

Tenía razón. Si uno sirve a Cristo activa y agresivamente, pagará el precio. Pero es mejor perderlo todo aquí —perder las comodidades, ser hostigado e intimidado, acosado verbalmente por el mundo, perder incluso la familia y la vida— que abandonar a Jesucristo. Gracias a Dios, no es que necesariamente tengamos que hacer todos estos sacrificios, pero si somos realmente de Cristo, llegado el momento, lo haremos. La salvación en Cristo es así de preciosa.

EL GOZO DE CREER

Estas dos últimas secciones sobre la persecución y el sufrimiento son también características de un verdadero crecente. Bajo esta luz, la verdad de ser un discípulo parece estar llena de sacrificio y amenazas. ¿Quiere decir que al ser creyente uno está condenado a enfrentarse al hostigamiento del mundo, a tener que confesarlo delante de los hombres, olvidar a la familia y entregar la vida? ¿Hacemos algo más que buscar problemas en el mundo?

Por supuesto que sí. El verdadero discípulo recibe su recompensa. Al igual que desatar guerra, división, rencilla, separación y fricción, ejercemos un efecto positivo. Somos los que determinan el destino del mundo. Cuando traemos la espada que separa, a un lado quedan los inconversos, pero al otro están los creyentes. Cuando predicamos, vivimos y damos nuestro testimonio, gracias a Dios algunos responden con genuino arrepentimiento y fe de negación propia.

Todo es tan brillante para estos como lo es oscuro para los inconversos. No todos van a rechazar el mensaje del discípulo. Algunos van a creer y recibir a su Señor, y puesto que tenemos limitada capacidad para recompensar su fe, el Señor lo hará por nosotros.

Mateo 10.40: «El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió». Permítame decirle lo que hay aquí en la palabra «recibir». Cuando usted representa a Jesucristo y proclama su palabra, los que creen son los que le reciben a usted. Es una recepción completa en que le aceptan a usted y su mensaje. Los que le reciben a usted son los que también reciben al Señor. A su vez, los que reciben al Señor están recibiendo al que al Señor envió. Esto quiere decir que usted llega a

ser un agente activo en pos de que los hombres reciban a Dios mismo. ¿Podría imaginarse un mayor privilegio?

Por un lado, usted crea este antagonismo al ponerse firme en la fe, y luego, por el otro, crea esta maravillosa realidad de que las personas reciben a Dios por intermedio suyo. Cada vez que alguien me dice: «¿Sabe? Acepté la salvación cuando usted predicó», o «Recibí a Cristo cuando usted me habló del evangelio», eso me entusiasma más de lo que puedo expresar en palabras. Yo no salvo a nadie, sino que Dios me usa como su instrumento para perdonar y reconciliar consigo para siempre a esas personas.

Es realmente abrumador el concepto de que Dios se valga de una frágil vasija humana para salvar a otros, Pero la recompensa va más allá de eso. Mire Mateo 10.41: «El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá». Esto es un principio divino tremendo. De paso, un profeta es lo que dice, y el justo es lo que es, así que las dos cosas hablan del mismo individuo. El verdadero discípulo vive lo que dice. Habla la verdad del evangelio y vive una vida justa.

Cuando usted representa a Dios mediante su vida y sus labios, por su habla y su manera de vivir, los que le reciben a usted recibirán la recompensa que usted recibe. Esta es cierto del pastor, maestro, misionero, evangelista o cualquiera que represente a Cristo; el que recibe al que le habla participará de la recompensa de ese individuo. Si el Señor me da una recompensa por proclamarle a usted, le dará a usted la misma recompensa por recibir lo que yo proclamo. Somos partícipes de lo mismo.

¿Quiere usted ser bendición para el mundo? Entonces confiese a Cristo delante de los hombres. Párese con intrepidez y no suavice su testimonio. No se avergüence de Cristo. No diluya la verdad. Deje que su vida sea la fuente de recompensa para otros. Así pues, un discípulo es una persona que determina las circunstancias futuras de otros. Hasta el menor de nosotros comparte con el mayor lo que Dios hace al bendecirnos.

CONSTRUCTORES DE PUENTES

Había un muchacho en un pueblo rural que, después de gran lucha, llegó al ministerio. Durante sus estudios, un zapatero del lugar le había

ayudado. Era un hombre sencillo pero bien leído, y amaba a Dios de todo corazón.

Con el tiempo, el joven que él había ayudado recibió su licencia para predicar, y el día de su ordenación, el zapatero le dijo: «Joven, siempre tuve en el corazón el deseo de ser ministro del evangelio, pero las circunstancias de mi vida nunca me lo permitieron. Tú estás haciendo lo que siempre fue mi sueño no realizado. Quiero que me prometas algo. Quiero que me dejes hacerte un par de zapatos gratis, y quiero que los lleves cuando subas al púlpito a predicar. Así sentiré que estás predicando el evangelio que yo siempre quise predicar, parado en mis zapatos».

Debido a quién él representa, usted recibirá un discípulo por pobre y humilde que sea. En esa verdadera recepción, usted recibirá el mensaje que él trae del Salvador y del Padre, y toda la bendición de las dádivas eternas de Dios a los suyos.

Ser un discípulo de Jesucristo es fantástico. Uno llega a ser fuente de conflicto para algunos en el mundo, y fuente de bendición para otros. Pero usted y yo que somos discípulos de Cristo trazamos la línea. Ruego que siempre estemos dispuestos a seguir el señorío de Cristo cueste lo que cueste, a fin de que algunos queden hostilizados y otros bendecidos.

En pleno invierno, el ejército de Napoleón se retiraba de su invasión a Rusia. El ejército se veía acosado por todos lados, y tenía que cruzar el río Berezina para escapar. Los rusos habían destruido todos los puentes, y Napoleón ordenó que se construyera un puente para cruzar el río, Los hombres que se hallaban más cerca del agua fueron los primeros en intentar realizar la casi imposible tarca, Varios se vieron arrastrados por la furiosa corriente. Otros se ahogaron por el frío y por agotamiento, pero llegaron otros y el trabajo avanzó lo más rápidamente que fue posible. Finalmente, los constructores terminaron el puente y salieron medio muertos de las heladas aguas. Como resultado de ese esfuerzo increíble el ejército francés cruzó seguro el río Berezina.

Ese fue un caso de heroico sacrificio propio. De manera similar, Cristo llama a sus discípulos a dar sus vidas y construir puentes para que otros crucen a la presencia de Dios. Si usted es un verdadero discípulo, estará dispuesto a hacer precisamente eso.

9



NO HAY SATISFACCIÓN

Algunos en este mundo rehúsan quedar satisfechos. Sin duda los habrá encontrado en su trabajo, en el barrio e incluso en la iglesia. El aire del salón siempre está demasiado pesado para ellos, excepto cuando hay demasiadas corrientes de aire. Siempre están demasiado ocupados excepto cuando están aburridos a más no poder; siempre tienen demasiadas responsabilidades o casi ninguna y jamás nada es como debería ser según su manera de pensar. Como dice la canción, «no pueden hallar satisfacción».

Los busca faltas tienen un blanco fácil en el cristianismo. Es demasiado excluyente, demasiado inflexible, con demasiados hipócritas, depende demasiado de la fe por sobre la experiencia. Exige demasiado sacrificio. Sencillamente cuesta demasiado creerlo. La Biblia nos muestra que es imposible complacer a los que están decididos a resistir la verdad del evangelio, independientemente de lo que oigan. Cuando alguien les habla de la historia de la redención en Cristo, se alejan de ella porque sus corazones están cerrados con llave.

Hemos visto el peligro y la inutilidad de cambiar el mensaje del cristianismo para hacerlo más popular y aceptable a gente tan cabecidura. Algunos van a rechazar a Cristo, sin importar cuánta verdad bíblica oigan.

Uno de los mejores ejemplos en la historia empieza con el rechazo de Juan el Bautista cuando este proclamó a Israel que el Mesías había llegado. Su aspecto, su forma de vida, y sus métodos de enseñanza ahuyentaba a los que lo oían. Pero luego, cuando el mismo Jesús empezó su ministerio usando un método contrastante y completamente diferente, la misma gente lo rechazó también. Rehusaron satisfacerse con el mensaje, independientemente del estilo del mensajero.

GRANDEZA SIN COMPONENDAS

Juan el Bautista procedía de una familia común, humilde, sin ninguna educación digna de notarse ni gracia social, y sin ningún logro previo a su favor. Sin embargo, nuestro Señor dijo que fue el más grande ser humano que jamás había vivido hasta ese tiempo. Mateo 11.11: «De cierto o digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el Reino de los cielos mayor es que él». Jesús incluso enfatizó el hecho empezando con «de cierto», lo que quiere decir «en verdad», o «un hecho más allá de toda duda». Jesús no ofreció ninguna calificación u opinión aquí, sino simplemente una afirmación del hecho: «Juan es el más grande ser humano que jamás ha vivido». Juan era mayor que Adán y Abraham. Era mayor que Isaac, Jacob y José, mayor que Moisés, Josué, David y Salomón.

El carácter personal de Juan marcó su grandeza. Era un hombre que podía reconocer, entender y superar sus limitaciones, lo que siempre es una marca de grandeza. Toda persona es o bien víctima de su situación o victoriosa sobre ella. Toda persona tiene retos, debilidades, caídas, puntos flacos y problemas. La pregunta es si usted puede superarlos o no. Los grandes avanzan luchando, y Juan lo hizo.

Era un hombre de humildad que reconocía sus limitaciones. El orgullo es una ilusión que termina siendo una maldición para la grandeza. Los grandes son los que ven sus fracasos y se esfuerzan por superarlos, no los que se engañan pensando que no tienen ninguna debilidad. A menos que

usted reconozca su debilidad, jamás crecerá a su plena fuerza. Esto era un don raro en el mundo antiguo; los romanos y los griegos ni siquiera tenían en su vocabulario la palabra humildad.

Cuando unos cuantos empezaron a dudar de la grandeza de Juan, Jesús les recalcó que ellos habían respondido bien al poder de convicción de Juan. Mateo 11.7 dice: «Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir [sarcásticamente] de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?».

Es una pregunta engañosamente sencilla. Juan había anunciado la llegada del Mesías, y entonces la gente dudó que fuera realmente un tipo confiable. Jesús recordó a los oyentes de Juan la actitud que ellos habían tenido y su experiencia con Juan. Les estaba preguntando: «¿Por qué dejaron Galilea e hicieron un viaje tan largo y arduo hasta el desierto que rodea al Mar Muerto? ¿Qué los atrajo a ese hombre? ¿Fue un viaje simplemente para ver una caña sacudida por el viento?»

Por supuesto que no. Si querían ver y oír a gente débil y vacilante, habrían podido hallarla en el Templo. Había personas así por todos lados, como las cañas ordinarias a que Jesús se refería.

Juan no era ni común ni acomodadizo, y no ocultó de nadie su mensaje. En Mateo 3, cuando lo visitaron los dirigentes religiosos, tuvo su gran momento de oportunidad para ajustarse a la multitud. Pero en los versículos 7-10 en lugar de mimarlos, les asestó el golpe corto y contundente de la verdad bíblica: «¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles».

Luego pasó a hablar del juicio de fuego purificador, que arde y no se apaga; diatriba devastadora contra aquellos dirigentes religiosos. El liderato entero de Israel había permitido que el pecado de Herodes de adulterio y matrimonio ilícito quedara sin ser cuestionado. Pero Juan se le enfrentó, cara a cara, y le dijo que era pecado. Por eso Herodes encarceló a Juan, y pronto ordenaría que le cortaran la cabeza y se la llevaran en una bandeja durante una fiesta. Juan era un hombre que entendía bien la idea que el gran defensor de la libertad de religión en las colonias de Norteamérica,

Guillermo Penn, expresó siglos más tarde: «El bien es bien aunque todos estén en contra, y el mal es mal aunque todos lo favorezcan».

FUERZA EN LA NEGACIÓN DE UNO MISMO

Otro elemento de la grandeza de Juan fue su negación de sí mismo. Los verdaderamente grandes son los que pueden negarse a sí mismos. Cuando miro la historia de los grandes generales que arriesgaron sus tropas y su propia vida por la victoria, o los científicos que se encerraron en sus laboratorios por meses o incluso años, tratando de descubrir algo que hoy damos por sentado, o al misionero que agotó su vida antes de llegar a los treinta por llevar el evangelio a algunos en una tierra extraña, me acuerdo que esta es una característica de grandeza. Si el anhelo de comodidad siempre está desviándolo, si no puede aguantar el dolor y siempre está tratando de hallar el camino fácil, jamás sabrá lo que es la grandeza.

Juan el Bautista vivía en el desierto. No le importaba la comodidad, aunque estoy seguro que hubo muchas veces cuando debe haberla querido. No estaba tratando de ver si podía aguantar lo suficiente para entonces estar bien, como tantos que esperan pasivamente que suceda algo que les haga la vida más fácil. No le interesaba ganarse el favor de los dirigentes religiosos o de otra clase. Se mantuvo separado, sin contaminarse por el sistema.

La consagración de Juan era total. Según Lucas 1.15 un ángel predijo que no bebería vino ni sidra. En efecto, Juan tomó el voto nazareo, que le sacó de todas las listas de invitados a los suculentos banquetes y eventos sociales donde había licor. También fue parte del voto nazareo de no cortarse el cabello, lo que no lo ponía exactamente a la altura de la moda contemporánea.

Por su forma de vida Juan estaba diciendo: «No importa mi apariencia. No me interesa satisfacerme en las delicadezas de la vida. Me he entregado a una causa». Muchos tomaban el voto nazareo por unas cuantas semanas o unos pocos meses, pero menos de un puñado lo tomó de por vida: Sansón, Samuel, Juan el Bautista.

PENITENCIA SIN SENTIDO

Hagamos una distinción importante entre la negación de uno mismo y la penitencia. La negación de uno mismo es dejar a un lado las comodidades para esforzarse por alcanzar un objetivo digno. La penitencia es el castigo que uno mismo se impone esperando ganar el favor de Dios, lo cual es absolutamente, cien por cien, imposible; y cien por cien innecesario. Nadie puede ser suficiente bueno, ni sentirse suficiente malo, para ganarse la entrada al cielo. Pero nadie tiene que hacerlo, porque Jesús pagó el precio completo de la entrada de todos los verdaderos creyentes.

Aun así, la historia nos da muchos, muchos ejemplos grotescos de penitentes trágicamente equivocados. San Asepsumas pensaba que podía librarse del pecado mediante el dolor que se infligía, y se puso encima tantas calimas que tenía que gatear sobre manos y rodillas. Macano el Joven se sentó desnudo en un pantano por seis meses, hasta que las picaduras de los mosquitos lo dejaron como si estuviera lleno de lepra. San Martín pasó once años en un árbol hueco. Grandes contribuciones a la sociedad.

Agnes de Roucher era hija única de uno de los más acaudalados comerciantes de París, y todos admiraban su belleza y virtud. Su padre al morir le dejó todos sus bienes. Ella decidió convertirse en reclusa y pasó el resto de sus días en una celda estrecha construida dentro de la pared de una iglesia. El obispo de París, asistido por sus capellanes y cánones de Notre Dame, entró en la celda y celebró una misa pontifical. Luego, después de que la pobre se despidió de sus amigos y conocidos, Agnes ordenó a los albañiles que tapiaran la entrada dejando nada más que un pequeño agujero para poder ver y oír los cultos que se celebraban. Tenía dieciocho años cuando entró, y murió a los ochenta, sin haber salido jamás. Durante todo ese tiempo nadie le dijo que Jesús era la clave para la redención. Que Dios se apiade de semejante piedad inútil.

EL HOMBRE PRECISO PARA LA TAREA

Otro indicador de la grandeza de Juan el Bautista fue su privilegiado llamado a anunciar la llegada de Dios en carne humana. La única persona en la raza humana que se le acerca en este sentido es María, a quien Dios escogió para dar a luz al Mesías. Pero en muchos sentidos Juan es mayor

que María. María dio a luz a un niño; Juan fue heraldo de un Rey. María condujo a Jesús durante treinta años de oscuridad; Juan le condujo a tres años de ministerio monumental.

A decir verdad, este hombre fue tan asombroso que Lucas 3.15 dice que la gente pensaba que él era el Mesías: «Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo». Casi ni puedo imaginarme lo que debe haber sido oír a Juan hablar, pero fue dinámico, articulado, dado a la confrontación, poderoso. Fue el mayor profeta que jamás llamó Dios.

La verdadera grandeza siempre pone al hombre preciso en la posición precisa. Un hombre puede tener grandeza potencial, pero si nunca entra en el campo preciso, jamás lo sabrá. Muchos en el mundo simplemente agarran un empleo, y si tienen suficiente «suerte», su talento se cruzará con su llamamiento. Pero como creyentes tenemos a Dios que nos da esa dirección.

Así que el hombre y la misión se juntaron. Amos 3.7 dice: «Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas». Juan fue un hombre que tenía un mensaje de Dios. Habían pasado cuatrocientos años desde que apareció el último profeta, y cuando Juan nació Dios rompió el silencio. Juan habló con poder y convicción, e influyó en las personas con sus palabras inspiradas. Muchos creyeron en su mensaje, y todos sabían que era profeta.

No sólo predijo al Mesías, sino que bautizó al Mesías. Así que no fue simplemente uno que habla, sino también uno que hace. Tocó al Cristo vivo y fue el precursor de Cristo, el que bautizó a Cristo, el profeta que también era cumplimiento de la profecía.

LEVANTABA OLAS

Un gran hombre tiene que estar en el lugar preciso en el momento preciso. Después de cuatro siglos sin un profeta, los judíos sintieron electricidad en el aire cuando Juan apareció en la escena. Otro elemento de la grandeza de Juan, entonces, fue que llegó a ser el punto focal; se convirtió en el centro en ese momento crucial de la historia de la redención; la acción

giraba a su alrededor. Él era la culminación de toda la historia del Antiguo Testamento.

Levantó olas. Trastornó el status quo. Hizo gran impacto. Despertó conflicto. Agitó un avispero. Cuando confrontó a los judíos las situaciones se pusieron explosivas. Hizo que todo llegara a su momento decisivo. Por dondequiera que iba causaba una reacción violenta. Era hombre de gran propósito, el ojo del huracán. Hay algo emocionante en esa clase de hombre. Las grandes figuras en los sucesos mundiales tienen su manera de dejar detrás una nube de polvo. Un torbellino de actividad siempre los rodea porque pasan por la historia generando gran pasión y cambio.

En Mateo 11.12, Jesús observó que la predicación de Juan conducía a la violencia: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». En otras palabras: «Desde que él apareció hemos tenido problemas». La vida de Juan se había convertido en el asunto, y su ministerio había llegado a ser el foco.

Siempre hay dos maneras posibles de traducir este versículo, dependiendo de cómo se lea el verbo en la mitad, biazo. Se puede traducir como pasivo, y querría decir que algo más actúa sobre él, o reflexivo, queriendo decir que actúa por sí mismo. Traducido en voz pasiva, el versículo 12 diría de esta manera: «El reino de los cielos está sufriendo violencia, y los violentos lo arrebatan». Así es como lo traduce la versión Reina Valera revisada: «el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan».

En otras palabras: «Aquí viene Dios, el mensajero de Dios y el Mesías de Dios, en representación del gobierno de Dios y su Reino, que está sufriendo violencia. Está siendo perseguido». De hecho, la persecución ya se había desatado contra Juan el Bautista; ya estaba en la cárcel. Los fariseos y escribas habían atacado vigorosamente el Reino. Habían rechazado vigorosamente a Jesucristo.

Los judíos estaban rechazando implacablemente el Reino. No querían aceptar el Reino en su dimensión espiritual al recibir al Mesías, así que no podían aceptar el Reino en su dimensión terrenal ni recibir el Reino milenial. Pronto no sólo matarían al predicador, sino al mismo Rey. En medio de todo esto el mensaje de Juan era tan rígido que despertó una reacción violenta. Los violentos estaban tratando de impedir el avance del Reino.

Pero pensemos en traducir esto en voz reflexiva, lo cual es igualmente correcto. Entonces diría: «El Reino de los cielos avanza vigorosamente y los fuertes están tomándolo con gran empeño». Esto significa lo opuesto de la otra inducción: el Reino avanza, y los fuertes están entrando en él. Esto dice que Juan el Bautista era efectivo: estaba avanzando, y el Reino avanzaba vigorosa o violentamente hacia adelante conforme él penetraba, sin pedir disculpas, por la pecaminosidad del mundo.

La historia nos dice que eso fue exactamente lo que sucedió. Juan el Bautista tuvo un impacto asombroso y dramático. La gente se volvía a Dios, se arrepentían de sus pecados, y él estaba conduciendo a muchos a Cristo, conforme el ángel Gabriel predijo en Lucas 1.16: «Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos».

Si tomamos la interpretación de la voz reflexiva, el Reino avanzaba vigorosamente. Nuestro Señor continuaba destacando la grandeza de Juan. Por él, el Reino seguía avanzando. Él era el instrumento de Dios para purificar al pueblo y alistarlo. Eso es lo que significa la afirmación paralela de Lucas 16.16, que dice: «La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el Reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él». Este pasaje permite con seguridad decir que este es un uso reflexivo de biazo, que el Reino avanzaba bajo el poder de este hombre maravilloso, Juan, y los vigorosos, dinámicos y fuertes estaban apropiándose de ese Reino.

¿Expresa esto la perspectiva apropiada de la salvación? ¡Sí! La entrada al Reino exige esfuerzo ferviente, energía incansable y agotamiento al máximo, porque Satanás es poderoso, sus demonios son poderosos y el pecado nos encadena. Dios puede romper esas garras y libertar nuestros corazones para que respondan. El Reino no es para los enclenques o acomodadores; no es para los medio comprometidos, ni para los que aman al mundo, ni para los discípulos superficiales que quieren seguir aferrados a lo que perece. El Reino es para los que están dispuestos a afirmar su necesidad desesperada de salvación del pecado y aferrarse a la oferta de la gracia.

VERDADERA GRANDEZA

Juan fue la culminación del mensaje que empezó en Génesis con la promesa de «la simiente de la mujer» que destrozaría el calcañar de Satanás. Esta promesa cumplía las Escrituras hasta el momento en que Juan señaló al Cristo vivo: «¡El Mesías viene! ¡El Mesías viene!» El Reino avanzaba violentamente en medio del sistema humano y malo. Los entusiastas y vigorosos estaban entrando a él. Este fue el clímax, todo se había desarrollado hasta Juan.

En Mateo 11.14 Jesús afirmó: «Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir». En el Antiguo Testamento, Malaquías 4.5 dijo que antes de que el Mesías estableciera su Reino en la tierra, Elías vendría como precursor. En Mateo, Jesús no estaba diciendo que Juan era Elías, sino uno como Elías. Juan 1 respalda esto, cuando los sacerdotes y levitas le preguntaron a Juan si él era el Cristo, y él dijo que no. Luego, en Juan 1.21, le preguntaron: «¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy». Sabemos que lo que Jesús quiso decir en Mateo es que había llegado uno en la persona y carácter de Elías: un individuo poderoso, recio, parecido a Elías, que anunciaba el Reino.

Así que, de acuerdo a Jesús, Juan el Bautista fue el más grande mortal que jamás ha vivido y, sin embargo, asombrosamente Mateo 11.11 dice: «pero el más pequeño en el Reino de los cielos, mayor es que él». Esta es una gran verdad. La grandeza no es ser como Juan el Bautista, porque la suya fue una grandeza de función como heraldo de Cristo. La verdadera grandeza no está en nuestra función, sino en nuestra relación con Dios que nos coloca en su Reino.

Pero los intelectuales religiosos no creyeron ni entraron en el Reino. Ni siquiera con la extraordinaria culminación en Juan de la historia del Antiguo Testamento, su llamado privilegiado, y su carácter personal, no todos creyeron, y no todos comprendieron la significación del hombre. Se sentían atraídos a él, pero no al Salvador y su mensaje de salvación. Así que el Señor añadió una advertencia en Mateo 11.15: «El que tiene oídos para oír, oiga».

Esta era una forma de decir: «Si Juan es el precursor, yo soy el Rey. Si yo soy el Rey, les ofrezco el Reino. Y eso los pone a todos ustedes frente a

una decisión que deben tomar. No lo rehúsen. Si me reciben como el Mesías, traeré a la tierra el Reino milenial». Unos pocos recibieron al Rey, y su Reino entró en sus corazones. Un Reino terrenal todavía ha de establecerse, cuando Él regrese y todos lo reciban.

UN MENSAJERO DE DIFERENTE CLASE

Muchos rechazaron a Juan el Bautista porque querían un mensajero de diferente clase. Sin embargo, cuando oyeron al Mensajero máximo, Jesucristo, la misma gente se quejó que él incluso más agriamente. Nada de lo que dijo los convenció para que confesaran su pecado y se arrepintieran. Mientras más predicaba, más se enfurecían. No había validez alguna en sus críticas; simplemente detestaban sus acusaciones.

Lo mismo sucede hoy. La gente no quiere oír la verdad, cualquiera que sea, porque no están buscando la verdad. No están abiertos a la verdad. No quieren reconocer su pecado, ni tienen interés en un Salvador, así que se contentan con quedarse de brazos cruzados y criticar o enfurecerse.

Hace años, en el cénit del movimiento de la liberación de la mujer, prediqué una serie de sermones sobre el papel que Dios diseñó para las mujeres y lo que Dios desea para ellas. Acababa de predicar sobre el hecho de que las mujeres deben amar a sus esposos, amar a sus hijos y cuidar su hogar. Esta verdad bíblica enfureció a las dirigentes de la liberación de la mujer. Vinieron marchando a nuestra iglesia; todas las cadenas de televisión transmitieron el suceso, y una fotografía de la protesta apareció en primera plana del periódico Los Ángeles Times. [¡Espero que el hecho de que nuestra asistencia aumentó en mil en una semana, como resultado de sus esfuerzos, enfurezca incluso más a las que protestaban!]

Algunos rehúsan aceptar la verdad del evangelio incluso antes de oírla. Cuando Phil Donahue estaba en lo más alto de su popularidad, sus productores repetidas veces me invitaron para aparecer en su programa. Lo llamaban un programa de «charla», pero en lugar de charlar, los invitados pasaban mucho tiempo discutiendo, defendiéndose de ataques verbales y tragándose la carnada que Phil o algún otro invitado les lanzaba. Fue el predecesor de muchos programas similares. Yo no iba a hacerlo. La persona que llamaba dijo: «Pienso que usted no sabe quién está llamando. Soy Phil

Donahue». No iba a hacerlo debido a la atmósfera de ataque y asalto que imperaba en el programa. El método normal parecía ser denigrar a los que sostenían puntos de vista que ellos rechazaban, interrumpiéndoles antes de que pudieran terminar de decir un pensamiento completo. Sentía que no les interesaría lo que podía decir sobre el evangelio, y que ellos simplemente querían usarme para desacreditar la verdad bíblica. Esa no es manera de hallar la verdad. El evangelio es para proclamarse, no para debatirse.

En Mateo 11.16 Jesús empezó a dar una respuesta incisiva a los refunfuñones insufribles que tenía delante con una frase estándar muy familiar: «Mas ¿a qué comparare esta generación?» En la Midrash, que es una compilación de enseñanzas judías tradicionales, esa es la fórmula más común para introducir una parábola. Todos los buenos maestros saben que tienen que enseñar con imágenes verbales o analogías, con símiles, metáforas o figuras del lenguaje para aclarar sus puntos. Eso era cierto en cuanto a los rabinos que tradicionalmente empezaban sus parábolas con esta pregunta, que quería decir: «¿Cómo puedo ilustrar cómo es esta generación?»

Jesús siguió diciendo: «Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis» [vv. 16-17].

En el centro de toda población había una plaza o parque público modesto llamado en griego ágora, que quiere decir mercado. Los días de mercado la gente llenaba ese espacio abierto con sus carretas, quioscos y mercadería. Naturalmente, era un lugar favorito para que los niños corrieran, y nunca les llevaba mucho tiempo encontrar amigos y empezar a jugar juntos.

Como lo hacen hoy, los niños a menudo juegan juegos que imitan la vida de sus familias. Un juego popular era a las «bodas», y otro favorito, aunque para nosotros es algo difícil de imaginar, era al «funeral». Estos dos eran los sucesos sociales más importantes que los niños veían. Siempre que había una boda, una gran procesión siempre desfilaba por el pueblo, procesión que incluía a la novia, el novio, amigos del novio, todas las damas que acompañaban a la novia, y todos los demás invitados y asistentes a la boda. Detrás seguían los vecinos y personas del pueblo tocando flautas y cornetas, saltando, brincando y bailando de gusto.

Con toda probabilidad, mientras sus padres estaban atareados comprando, vendiendo y chismeando en el mercado, los niños se juntaban y jugaban a las bodas. Alguna niña afortunada era la novia, un niño era el novio, y los demás jugaban haciendo los diferentes papeles. Formaban la gran procesión desfilando por el ágora, y alguien que podía tocar algún silbato o tocar la flauta lo hacía. Al pasar junto a algunos otros amigos, les invitaban: «Vamos, ¡únanse al desfile!»

Después de jugar a esto por un rato, jugaban al «funeral». La procesión funeral era casi tan inevitable y pública como una boda. Los deudos cargaban el cadáver y lo llevaban por la ciudad, seguidos por toda la familia. La familia contrataba a mujeres que eran lloronas profesionales para que se unieran al cortejo a llorar y lamentarse. En las procesiones funerales también era común que la gente se golpeara el pecho y la cabeza, o todo el cuerpo. Los muchachos jugaban a esto formando el desfile, gritando y simulando golpearse. Y de nuevo invitaban a sus amigos a unirse a ellos en el juego.

Pero algunos no querían jugar. Los muchachos de la parábola eran nada más que aguafiestas que uno puede casi oír que dicen: «¡No queremos jugar ese juego tonto!»

Así que el grupo decía: «Está bien, vamos a cambiar de juego. Si no les gusta la boda, jugaremos al funeral»; el extremo opuesto. Pero la respuesta llegaba: «Tampoco queremos jugar a eso. No queremos jugar. Déjennos en paz». Esa es la idea en Mateo 11.17: «Vamos, como tocamos la flauta y no les gustó, nos echamos a llorar; pero esto tampoco les gustó».

Gruñones. El juego triste es diametralmente opuesto al juego alegre, pero sin que importe cuánto los amigos tratan de complacerlos, no quieren jugar. Prefieren obstinadamente quedarse sentados fuera de la cancha y criticar; ejemplo de primer orden de la recalcitrante obstinación y perversidad de la naturaleza humana.

NO HAY SATISFACCIÓN

El principio de la parábola está perfectamente claro. Algunos simplemente no quieren jugar, no importa cuál sea el juego, y no importa lo que uno haga por invitarlos. Critican la boda y critican el funeral. Nada les

satisface. Siempre hallan faltas porque, en su corazón, no quieren participar, no quieren hallar satisfacción.

Jesús dijo que esa generación se portaba como esos muchachos: «Ustedes son como los muchachos a quienes sus amigos los llaman, pero no tienen ni deseo ni interés, sino simplemente un espíritu amargado, criticón y contradictorio».

La aplicación viene en Mateo 11.18-19: «Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publícanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hilos».

Juan, podríamos decir, vino a estilo de funeral. Era austero, vestía de pelo de camello [que era negro], comía saltamontes y miel silvestre, vivía en el desierto como ermitaño, y no tenía relaciones sociales regulares. Vino martillando el mensaje de castigo y condenación por fuego. Hablaba de un hacha que cortaba el árbol de raíz. Llamaba al arrepentimiento y pedía una demostración de fruto digno de arrepentimiento. Era una voz que clamaba en el desierto.

Esta estrambótica conducta convenció a algunos de que Juan estaba poseído por algún demonio. Cualquiera que actúa de esa manera tiene que haber perdido algún tornillo o algo peor. Sin embargo, la Biblia nos dice que esa misma gente se alegró por su presencia por una temporada. Juan era sin igual. Tenía una personalidad fuerte que los atraía. Ellos se solazaron a su luz por un tiempo corto. Pero los criticones entre ellos finalmente concluyeron: «Ah, ¡está desquiciado!» Consideraban que locura equivalía a posesión demoníaca.

Llegaron a esa conclusión, a mi parecer, porque esto solía ser verdad. Había un maníaco en Gadara que estaba poseído por una legión de demonios. Era un desquiciado se hería, andaba desnudo y vivía en cuevas y sepulcros [Lucas 8.26-36]. Así que razonaron que cualquiera que fuera tan extraño como lo era Juan, y que viviera como Juan vivía, debía estar poseído por algún demonio. En lugar de ver su forma de vida como un reproche a su indulgencia, lo ridiculizaron.

Por otro lado, después de Juan vino el Hijo del Hombre. Y Jesús usó su título humano en Mateo 11.19 para subrayar su humanidad, comiendo y bebiendo. Jesús era lo opuesto al estilo funeral de Juan. Jesús estaba en

talante de bodas. Entró en la corriente de la vida social, Comía con la gente, iba a sus casas y asistía a las actividades locales. Se le podía hallar en los acontecimientos sociales, incluyendo bodas. Hizo vino. Iba a la sinagoga. Estaba en el Templo. Caminaba de aldea en aldea. Estaba junto al mar con los pescadores y se embarcaba con ellos. Estaba dondequiera que ellos estaban, como parte de sus vidas, participando de lo que comían y de lo que bebían.

Por cierto, en Mateo 9.14-15 los discípulos de Juan, que estaban acostumbrados al modo funeral, fueron a los discípulos de Jesús y les dijeron: «Oigan, ¿por qué no ayunan como nosotros?» La respuesta fue: «¡Porque en una boda no se ayuna!» En otras palabras: «El Mesías está aquí, y esto es una celebración».

LA SELECCIÓN DE LOS CRITICONES

El Señor vino en una manera muy diferente a la de Juan, y así y todo ellos se enfadaron con él, y lo tildaron de glotón borracho que se juntaba con cobradores de impuestos y pecadores. Debido a que se juntaba con ellos, lo criticaron. Juan no se juntaba con ellos, y lo criticaron. La frase que se traduce «hombre glotón» aquí es andropos fagos, que no tiene ninguna dignidad. Denota a alguien que come en exceso, alguien que simplemente toma asiento y se mete comida a la boca. También decía que Jesús era un bebedor de vino, alguien que bebía licores con exageración y demasiado a menudo. Lo que el Señor bebía era vino mezclado con agua, que estimularía tanto como nuestro té o café.

Jesús se introdujo en la trama de la vida diaria. Participaba en ella, a diferencia de Juan el Bautista que vivía en los lugares desiertos y no cultivaba los finos modales ni el don de la hospitalidad. Por sus esfuerzos a Jesús lo tildaron de gentuza. Debido a que Jesús llegó y se mezcló con los que sufrían y los necesitados, participando de sus tristezas y alegrías, sus críticos dijeron que era un fiestero. Por otro lado, debido a que Juan vivía en el desierto, ayunando, sin buscar la mejor comida, y aislado de la gente, dijeron que estaba loco y tenía demonios. En otras palabras, que eran criticones, punto. Nada que nadie hiciera los complacería.

William Barclay sabiamente dijo:

> La pura realidad es que cuando las personas no quieren escuchar la verdad, fácilmente hallan una excusa para no oírla. Ni siquiera tratan de ser congruentes en sus críticas. Criticarán a la misma persona y a la misma institución por razones y bases totalmente contradictorias. Si están decididos a no responder, persistirán obstinadamente y enfurruñados en no dar respuesta sin que importe qué invitación se les extienda.

Nuestro Señor recalcó que hiciera lo que hiciera, el establecimiento judío simplemente no quería jugar. Sus corazones mezquinos, contrarios y criticones los tenían cautivos. Fue una respuesta errada, como lo subraya Mateo 11.19: «Pero la sabiduría es justificada por sus hijos». Esto quiere decir que el fruto de la sabiduría es visible para todos, y lo mismo las consecuencias de rehusar la Verdad de Dios. Jesús estaba diciendo, en efecto: «Ustedes se sientan y critican, sin que importe lo que Juan o yo hagamos; sin que importe cuál sea nuestro mensaje, ustedes atacan. Pero al final, la verdad se justificará por lo que produce. Pueden criticar a Cristo, pero acabarán en problemas cuando vean a las personas cuyas vidas Él ha cambiado. Pueden criticar a la Iglesia, pero luego tendrán que explicar por qué la Iglesia ha impactado al mundo como lo ha hecho».

La verdad o la sabiduría a la larga se justifican por lo que produce. Ese es un argumento incontestable. La sabiduría de Juan el Bautista que insistía en el arrepentimiento y la sabiduría de Jesús que insistía en el arrepentimiento se justificaron por lo que realizaron en el corazón y la vida de los que creyeron.

Algunos son criticones de pura cepa. No hay cómo evitarlos y tampoco se pueden ganar, sea que se trate de acomodar el evangelio a sus gustos o decirles la verdad y esperar que Dios obre en sus corazones. Ni siquiera están buscando la verdad. Todo lo que quieren es hallar todo lo malo en Cristo y el cristianismo, lo cual es una trágica reacción. Al fin, la verdad será justificada por lo que produce; y ellos tal vez no sepan la verdad sino cuando sea demasiado tarde.

10



TRAIDORES A LA FE

Es difícil creer el evangelio y exige que uno se niegue a sí mismo. Así y toda la recompensa de creer y hacer ese sacrificio es incalculable. Sí, la puerta es angosta y la verdad es dura, pero la recompensa es vida eterna con Dios en el cielo. ¿Por qué razón menoscabar un mensaje tan increíblemente maravilloso? ¿Por qué dar evasivas a una información, por desagradable o inconveniente que parezca en la superficie, que lo envía a uno al cielo para siempre? Y ¿por qué, una vez que ha oído y al parecer creído en el evangelio, alguien va a alejarse de él?

No hace mucho un amigo mío me contó una historia que rompe el corazón sobre un chico que creció en una iglesia, oyendo la palabra de Dios, y luego le dio la espalda a Cristo y se metió de lleno en la comunidad homosexual en San Francisco. Conozco demasiados casos trágicos de hombres que le han dado la espalda a sus esposas, a sus familias, y al Señor y se han alejado. Estas personas no empezaron como escépticos fuera de la iglesia, sino como personas que la palabra de Cristo había nutrido. Sin embargo, un día rechazaron la verdad del evangelio.

Probablemente usted ha tenido alguna experiencia similar con alguien que conoce. Ya he contado las historias de tres de mis amigos más íntimos —uno en la secundaria, uno en la universidad y otro en el seminario— que parecían tan dedicados a servir al Señor y, sin embargo, todos ellos a la larga le dieron la espalda. Uno se hizo promotor de conciertos de rock y fumaba marihuana, otro se hizo budista. No se trata de simples conocidos, sino de amigos íntimos. Estaba seguro que tenían igual pasión que yo por el verdadero evangelio tanto como amor a los deportes.

Estos tres jóvenes me demostraron que uno puede profesar a Cristo y no conocerlo. Uno puede pensar que es creyente, y más tarde ver claramente que no lo es; y uno ciertamente puede engañar a otros. Esto de ver a estos creyentes al parecer inteligentes, dedicados, fuertes abandonar sus creencias me obligó a pensar en quién es realmente cristiano y qué significa en realidad ser cristiano. Sus acciones los hacían parecer soldados de Cristo como yo, pero a la larga sus corazones los denunciaron como traidores.

Los desertores espirituales son parte integral de la historia del cristianismo, tanto pasada como presente. Se hallan en su vida y en la mía, tanto como lo estuvieron en la vida de Jesús. Esto no debe sorprenderle, ni derrotarle, ni desilusionarle, ni hacer que se desespere. Las enseñanzas que Jesús nos da en Juan 6 respecto a los desertores espirituales, y la reacción a sus enseñanzas al respecto, nos dan uno de los relatos más impresionantes e iluminadores de su ministerio. Vale la pena considerarlo detenidamente.

DESERTORES ESPIRITUALES

Un desertor es un traidor. Supongo que usted ha tenido la traumática experiencia de ver que una persona a la que usted quiso y con la que trabajó en el Señor abandonó el evangelio. Para mí nada es más doloroso. Pero podemos consolarnos al saber que Jesús sufrió deserciones mucho más aflictivas y que puede ofrecernos su condolencia cuando sufrimos tales decepciones.

Es un patrón que aparece muchas veces a través de la Biblia. En Filipenses 2.20 Pablo escribió: «A ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros» En 2 Timoteo 1.15 dijo: «Ya sabes

esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes».

Las deserciones no se limitan a los que estamos de este lado de la cruz. Éxodo 32.7: «Entonces Jehová dijo a Moisés [que estaba en el monte Sinaí]: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido». Mientras Moisés estaba recibiendo la Ley, el pueblo estaba haciendo un becerro de oro para adorar.

Isaías 22.12 muestra a Dios llamando a su pueblo a unírsele en su lamento porque Israel desertaba: «Por tanto, el Señor, Jehová de los ejércitos, llamó en este día a llanto y a endechas, a raparse el cabello y a vestir cilicio». Jesús lloró por ellos también, según Lucas 19.41: «Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella». Los que aducen que pertenecen a Dios y, sin embargo, desertan le han roto el corazón a Dios.

Cuando usted cataloga su influencia sobre otros tal vez se desaliente por el número de personas con las que ha asistido a los cultos o a los estudios bíblicos, y que se han convertido en traidores a la fe. Yo he tenido esa experiencia repetidas veces en mi vida y ministerio, a veces con personas a las que he enseñado y conocido personalmente por décadas. Hallo algo de consuelo en la experiencia del apóstol Pablo, porque no puedo imaginarme a alguien que haya andado con él, visto su vida, ministrado a su lado, que haya sido tocado por el profundo carácter del hombre y por su inmenso entendimiento, que luego se aleje de Jesucristo, como su amigo Demas [2 Timoteo 4.10].

¿Qué es lo que aleja del evangelio a los oyentes? ¿Por Qué algunos, que se acercan a Jesús y a la Palabra de Dios son seguidores sólo temporalmente? ¿Cuáles son las características del desertor espiritual? ¿Qué, a fin de cuentas, podemos hacer y debemos hacer para testificarles? ¿Qué hizo Jesús, y qué podemos aprender de su ejemplo?

Juan 6, como veremos en un minuto, nos da una lista impresionante de las características implícitas de los desertores espirituales, razones por las que la gente parece abrazar el evangelio para después alejarse. Entenderlas nos ayudará a ver lo inútil que es tratar de inventar un evangelio agradable para el usuario en nuestro empeño por apelar a un público determinado. También le preparará para el rechazo de la verdad que con toda probabilidad va a recibir. No importa cuántos rasgos o atractivos añada,

ni cuántas dificultades quite, todos, excepto los verdaderos creyentes, a la larga lo descartarán. Pero como nos muestra tan contundentemente el ejemplo de Jesús, ese mismo rechazo es prueba del poder del evangelio. Si se diluye mucho, deja de ser una amenaza para un mundo pecador obsesionado consigo mismo; si sigue siendo fuerte, los impenitentes y orgullosos huirán por temor. Y deben hacerlo.

Este es uno de los problemas más serios en cuanto a las iglesias que se acomodan al que busca. Hablaba hace poco con un pastor en una iglesia que se acomoda al que busca en cuanto a su idea de que los posibles creyentes necesitan «sentirse acogidos» y «aceptados» antes que cualquier otra cosa; y nada de «amenazas» ni «juicios preconcebidos».

—Si una persona que vive en pecado llega a tu iglesia —le pregunté—, ¿se lo harías notar?

Frunció el ceño y meneó su cabeza en señal de desaprobación:

—¡Ah, no! Queremos que se sienta querido y aceptado.

Los ojos se me abrieron más.

—¿Cuánto tiempo debe pasar antes de que en serio le hables del problema?

—Tal vez un año y medio, o dos años —me dijo, sonriendo—. Ya entonces se habrá sentido parte de nosotros.

Para mí eso fue chocante. ¿Hay alguna virtud en dejar a un hombre en su pecado solo con el pretexto de que se sienta aceptado?

—Pues esa es la diferencia entre tu iglesia y la nuestra —le dije finalmente—. Los pecadores que abiertamente practican el pecado vienen a nuestra iglesia, y o bien se salvan o no vuelven.

EL RUGIDO DE LA MULTITUD

La gente abandona el evangelio porque inicialmente los atrajo lo que no tenía que atraerlos. El entusiasmo de la congregación, no el significado del mensaje, los atrajo. Una congregación entusiasta, y la producción de un culto de adoración que enfatiza la teatralidad antes que la Biblia, le hace la venia al buscador del día moderno.

Juan 6 empieza con el increíble milagro de Jesús al alimentar a cinco mil con dos panecitos y unos pocos pescados. Este es el único milagro de

Jesús que aparece en todos los cuatro evangelios, y es una demostración decisiva de la deidad de Cristo. Qué contraste presenta este capítulo: empieza con el milagro más monumental del ministerio terrenal de Jesús, y acaba con que tal vez la mitad de sus seguidores lo abandonan.

Juan 6.1-2 empieza: «Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos». Los milagros inicialmente atrajeron tanto a discípulos verdaderos como falsos. Jesús había estado ministrando en Galilea por muchos meses. A estas alturas sus sanidades y liberación de demonios e incluso de la muerte le habían dado inmensa popularidad. Jesús había eliminado la enfermedad en Galilea. Las multitudes eran cada vez más numerosas, y Jesús había llegado ser la persona más popular en la historia de Galilea, entonces y desde entonces. Jesús era el acontecimiento de toda una época, y su popularidad había atraído multitudes. Su índice de popularidad se había disparado al techo.

La popularidad no fue de gran ayuda. Cuando Jesús era popular atrajo en su mayoría a los superficiales que buscaban diversión. Los discípulos genuinos no se sentían atraídos por el espectáculo sino por la verdad, el poder y el carácter de su mensaje.

El cristianismo tiene que tener cuidado cuando es popular. La acción y el entusiasmo de la multitud cautiva a la gente. Se reúnen en estadios o en un auditorio grande o templo, para ser parte de un gran evento. Hay energía y un aire casi de arenga, pero muchos de los participantes asisten por la multitud, no por la corona. Están queriendo ver alguna intervención milagrosa que los favorezca, o la promesa de algo de lo que podrían medrar. O simplemente una buena función.

ATRACCIÓN SOBRENATURAL

Otra razón por la que hay deserciones del evangelio es que a los desertores los distrae demasiado lo sobrenatural. Los milagros y exhibiciones de poder son terreno fértil para los discípulos superficiales. Una gran multitud se guía a Jesús y era tiempo para comer, pero la única comida que se pudo hallar fue el escaso almuerzo que un muchacho del público tenía. Juan 6.8-9 nos dice: «Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón

Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada [eso sería como galletas de sal] y dos pececillos, mas ¿qué es esto para tantos?» Los pescaditos probablemente eran encurtidos. Solían untarlos sobre las galletas, o sencillamente ponerlos encima de ellas, Andrés estaba diciendo: «Esta situación no tiene salida. Hemos buscado entra la multitud, y todo lo que hemos hallado es un muchachito con unas pocas galletas y unos pescados encurtidos».

El versículo 10 dice: «Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente», o sea, que se prepararan para la cena. «Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como un número de cinco mil varones». Ese número fácilmente subiría al doble con las mujeres y los niños, y bien podría subir a veinte mil o más.

El versículo 11 revela que Jesús les sirvió: «Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían». ¿Dónde estaba el espectáculo? Jesús había realizado un milagro asombroso de la manera menos notoria. ¿No debería el relato decir: «Y el cielo tronó y la tierra tembló y los pescados empezaron a salir volando del Mar de Galilea y cayendo en canastas, y las galletas empezaron a llover del cielo, y los ángeles cantaban»? No hay ningún reflector encendido.

Luego aprendemos, en el versículo 13, que recogieron doce canastas de sobras, probablemente más de lo que los discípulos podían comer en la comida siguiente. La palabra griega que se traduce canasta, kofinos, quiere decir una canasta grande y pesada. Hubo abundantes sobras.

Allí estaba lo que de veras atraía a la multitud: Simplemente vengan, y Jesús les dará toda la comida que puedan tener. ¡Vaya! De repente, en vez de pasar la mayoría de sus días ganando apenas lo suficiente para comer y preparar las comidas, tenían por delante una vida de holganza. ¡Un estado de beneficencia pública! Los milagros de Jesús siempre los habían fascinado, pero este superaba a todos los demás. Es cierto que de cuando en cuando se necesita una sanidad, pero hay que cenar todos los días.

El cristianismo siempre ha atraído a los buscadores de emociones fascinados por el cuadro de Jesús como milagrero y transformador de vidas que cambia a las personas y bendice a los suyos. El interés en los milagros es uno de los inmensos peligros del movimiento carismático actual, porque

atrae a la gente con la premisa de que los milagros están a la espera de que uno les eche mano. Hay tele-evangelistas listos para otorgarle milagros ahora mismo, si simplemente llama a su teléfono de llamada gratuita y les promete una ofrenda. Quieren apropiarse del poder de los milagros de la misma manera en que lo quería Simón, en Hechos 8.9. Este «ejercía la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande».

A algunos de los falsos seguidores de Cristo lo que realmente les atrae es la multitud. Puede tratarse de su familia, sus antepasados, sus amigos, o el grupo al que pertenecen sus amigos creyentes, o el grupo de gente «chic» al que aspiran pertenecer. Pero si la atracción en sí misma no es más que una extravagancia sobrenatural de escenario, la apelación será superficial y temporal. Tan pronto como vislumbran lo que es realmente el evangelio, y el sacrificio que exige, pasan a la historia.

EL AQUÍ Y AHORA

Otra característica de los desertores es que piensan sólo en las cosas de la tierra. Juan 6.14 continúa: «Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo». Querían decir el Mesías profetizado y prometido en Deuteronomio 18.15. ¡El Rey está aquí!

Sabían lo que tenían que hacer, según nos dice el versículo que sigue: «Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo». Ellos tenían en mente un reino terrenal. Si él pudo producir suficientes panes y pescados para dar de comer a veinte mil personas, bien podrá darles a los romanos lo que se merecen, sacarlos a patadas y libertar a Israel.

Pero si creían espiritualmente que Él era el gran Mesías, ¿dónde estaba la adoración? ¿Dónde estaba la adoración y el respeto? Nunca pensaron de Jesús más que como el rey terrenal que les daría la libertad terrenal y la venganza que querían. No tenían interés en «venga tu reino. Hágase tu voluntad». Más bien estaban diciendo: «Venga nuestro reino, hágase nuestra voluntad».

Lo que querían era obligarle a que fuera su milagrero personal y que usara su poder política y militarmente contra los romanos. En lugar de caer sobre sus rostros para adorar al Prometido como su Salvador del pecado y del juicio, querían obligarlo a que siguiera la agenda terrenal que tenían. Esto es típico de los desertores. Miran a Jesús como el que va a resolver sus dilemas diarios, arreglarles la vida, suplir sus necesidades y antojos, y hacerlos ricos.

Trate de vender el evangelio sobre esa base, y la gente acudirá por motivos indebidos. No se puede llamar a las personas a Cristo porque es lo que está de moda y todo mundo está haciéndolo. No se puede llamar a las personas a Cristo para que el Señor les haga estupendos milagros y les enderece la vida. Esa es la mentira del evangelio de salud, riqueza y prosperidad, y el evangelio de las necesidades suplidas, y todo lo que hace es atraer a gente que pronto se desilusiona. Como dijo Jesús en Juan 18.36: «Mi reino no es de este mundo».

Una persona que en un tiempo profesaba a Cristo me escribió una carta en la que me decía: «Su Jesús no me sirvió para nada. Mi esposo me dejó, mi hijo está en el hospital y yo padezco de una enfermedad terminal. ¡Su Jesús no me sirvió para nada!» El seguidor superficial de Cristo no tiene ningún sentido de lo espiritual, de lo eterno y de lo divino, ni ningún amor en particular por Dios o apego a Jesucristo. El creyente superficial vive para el aquí y ahora y si Jesús no le cumple, allí se acaba todo.

NINGÚN DESEO DE ADORAR

Los falsos creyentes no tienen verdadero deseo de adorar. En Juan 4.23, Jesús definió la salvación como adoración cuando dijo: «El Padre tales adoradores busca que le adoren». La gente me pregunta cómo determinar si la persona es cristiana o no. No se puede decir necesariamente al observarlos, porque algunos inconversos viven vidas morales por fuera, mientras que algunos cristianos pecan de maneras visibles y públicas. No se puede decir al escucharles; si uno los escucha lo suficiente probablemente la verdad saldrá a la luz, pero algunos guardan muy bien su lengua. La manera en que se puede decir si una persona es verdaderamente cristiana es por lo que

desea. El anhelo de alabar y adorar a Dios y a Cristo es evidencia de un corazón transformado.

En los versículos que siguen en Juan 6, los discípulos navegaron por el Mar de Galilea hacia Capernaúm, dejando a Jesús detrás como Él les había dicho. La verdadera prueba de su discipulado se manifiesta en el versículo 18: «Y se levantaba el mar con un gran viento que soplaba». Cualquier persona que alguna vez haya visto el Mar de Galilea puede entender esto. El Mar de Galilea se halla bajo el nivel del mar, y está rodeado de montañas. Los vientos secos del desierto, llamados sirocos, descienden por los desfiladeros y se arremolinan sobre el lago con tanta fuerza que producen enorme oleaje picado y fuerte.

El versículo siguiente continúa con el relato: «Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo». Aquí, de nuevo, si Jesús pensaba que una buena función podía salvar a la gente, perdió la oportunidad. Ninguna trompeta celestial ni relámpagos anunciaron su presencia. Todo fue tan flemático. Sin embargo, el escenario aquí es una tempestad en el mar a medianoche. Un barco lleno de hombres agotados por horas de haber estado batallando con el mar encrespado, y sin tener idea alguna de si iban a vivir o morir. De repente alzan la vista, y allí estaba Jesús, caminando sobre el mar hacia el barco.

Juan nos dice que tuvieron miedo. A mí también me habría llenado el pánico. Nadie anda sobre el agua. El pasaje paralelo de Mateo añade que Pedro saltó del barco y empezó a andar sobre el agua para ir a Jesús, «pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!» [14.30]. En su emoción e impetuosidad, Pedro saltó de su barquito, pero luego miró lo que le rodeaba y se dijo: «¿Y qué cuernos estoy haciendo aquí?»

Sin duda los discípulos tenían miedo por la tempestad, pero tuvieron más miedo del que se acercaba andando sobre el agua, que no era otro que Dios mismo. El siguiente versículo es clave: «Mas él les dijo: Yo soy; no temáis» [Juan 6.20]. Jesús calmó la tempestad, e instantáneamente ellos pasaron del punto en que estaban a la orilla. El pasaje casi suena como si hubieran recorrido ese trecho milagrosamente, sin cruzar sobre el agua. Mateo dice que «le adoraron» [vea 14.33].

Algunos cristianos nunca se postran con asombro adorador. Su perspectiva es estrictamente utilitaria: «Jesús, ¿qué vas a hacer por mí? Quiero seguirte porque allí es donde está la acción. Y yo mismo podría usar unos cuantos milagros más». No hay ninguna postración anhelante de adoración ante el Señor.

Pero los verdaderos discípulos están allí, también, y sus acciones los separan de los demás. Como Mateo 14.33 lo dice: «Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron». Mire a los que afirman ser creyentes, y vea qué tan profundamente adoran al Señor. Vea cómo entonan los cantos. Pregúnteles cómo es su vida de oración. ¿Qué tan importante es para ellos asistir a los cultos el día del Señor? ¿Es Jesucristo el amor de su vida? ¿Es eso obvio?

Uno puede decirlo, si uno mira con suficiente detenimiento. Los creyentes verdaderos muestran profunda humildad, sentido de genuino respeto y temor reverencial por Jesucristo ¿Se caracterizan esas personas por una adoración embelesada? Si no, no se quedarán con los que adoran así, independientemente de lo atractivo que usted trate de hacerlo. Si lo son, uno no puede alejarlos, por dura o desafiante que sea la verdad.

EN BUSCA DE UNA LIMOSNA

Un desertor de la fe busca ganancias personales, no una oportunidad de adorar. Vemos esto en la acción de la multitud después que se dio cuenta de que Jesús se había ido a Capernaúm. ¿Volvieron esas personas al lugar donde les dio de comer y les predicó el día anterior porque querían adorar? No. ¡Querían desayuno gratis!

En un tiempo en que conseguir lo suficiente para comer era una tarea difícil e interminable, la comida gratis era un boleto instantáneo al alivio. La multitud fue a Capernaúm por motivos no muy legítimos; Juan 6.25: «Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá?» Fueron al otro lado del lago probablemente esperando el desayuno. Lo único que les preocupaba era satisfacerse personalmente mediante sus milagros: satisface mis necesidades, dame lo que yo quiero, aliméntame.

Luego el siguiente versículo: «Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis». Es una acusación: «Ustedes están aquí por una sola cosa, y es porque tienen hambre». La palabra griega que se tradujo «saciarse» se la usa para los animales y significa «llenarse de forraje». Estas personas eran candidatos muy buenos para el evangelio de la prosperidad. «Hazme rico, hazme próspero, hazme triunfador, cumple todos mis deseos, y hazlo ahora... ¡Lo exijo!»

Jesús continuó: «Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre» [Juan 6.27]. Estaba diciendo: «Ustedes están buscando lo que no deben buscar. Están hablando de desayuno, y yo estoy hablando de la vida eterna».

¿Cuántos hacen lo mismo todos los días: van a la iglesia y le dan la espalda a la vida eterna? Por eso tenemos que predicar sobre el infierno. Por esto tenemos que advertir a la gente sobre lo que habrá en la vida venidera. La gente tiene que comprender lo que está haciendo. Está bien sentirse atraído por el grupo y fascinado por el poder sobrenatural de Jesús, pero en algún punto uno tiene que adorar y arreglar cuentas con los asuntos eternos.

Este punto me preocupa profundamente en cuanto a las novelerías populares del medio evangélico de hoy. ¿Qué clase de personas están atrayendo? Seducidos por la multitud y la promesa de algo sobrenatural, pensando sólo en cosas terrenales con ningún deseo de adorar verdaderamente, pero llenos de deseo de prosperidad personal, no entienden los asuntos eternos. Mientras no los entiendan y confiesen su necesidad, no serán salvos.

LA BÚSQUEDA DE PODER

Los desertores espirituales le hacen demandas a Dios. Vienen impetuosos a la iglesia con la actitud [verbal o no]: «Está bien, Dios. Voy a darte seis meses de plazo para que lo cumplas, y si no, ¡me largo!»

Juan 6.28: «Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?» Lo que estaban diciendo en realidad era: «Está

bien: nuestra primera demanda es: ¡Danos el poder! ¿Estás diciéndonos que no nos vas a dar desayuno? Entonces danos el poder para hacerlo por nosotros mismos, para que así podamos hacer las obras de Dios».

Esto es idéntico a Hechos 8.18-19. Simón vio el poder de Dios manifestado por medio de Pedro y ofreció comprarlo más o menos así: «Quiero ese poder. ¿Cuánto cuesta?» Muchos en la iglesia cristiana están tratando de tener poder, ¡y los predicadores los alientan! Les dicen: «Amigos, queremos que tengan poder». Después tienen lugar cosas estrafalarias y la gente se pone a brincar y a gritar, a lanzar alaridos, y a saltar y a hacer piruetas por todo el lugar, básicamente por solo una cosa: están tratando de conseguir el poder.

Pienso en esto cuando veo por televisión a esos evangelistas frenéticos, vestidos con exageración, desvariando y prometiendo poder a la gente. Entonces el público, en aquiescencia inconsciente en un estado alterado de conciencia —queriendo desesperadamente conseguir poder— hace lo que el orador les dice que hagan, y se desmayan. Es una situación triste cuando la gente quiere el poder más de lo que quiere a la Persona. Nadie en la tierra puede tener el poder de Jesucristo para hacer lo que Él hizo, y quien les promete eso está mintiendo.

Dios concedió poder de Jesucristo sólo a los apóstoles y a los que siguieron en la era apostólica para establecer el mesiazgo de Cristo. Usted jamás tendrá poder para sanar enfermos, revivir muertos, andar sobre el agua ni echar fuera demonios. Pero todo el que cree en Él puede ser salvo.

La respuesta del Señor a la pregunta de la gente se halla en Juan 6.29: «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado». Pero a ellos nos les interesaba eso de creer, así que en el versículo 30 hicieron otra demanda: «¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces?» En otras palabras: «Haz unos cuantos milagros y trucos más para demostrar que mereces nuestra fe».

Lo que en realidad estaban pensando era cómo podrían acorralarlo. «Creemos en ti, Jesús, si nos das el desayuno». Acababan de ver un milagro monumental, y querían más. Los buscadores de emociones jamás ven suficientes señales y maravillas. Eso es lo triste al tratar de atraer a la gente al

cristianismo con la promesa de un milagro. La promesa de milagros sostiene a discípulos superficiales, pero jamás los satisface. La gente estaba diciendo a Jesús: «¡Vamos! ¡Haz uno bien grande!»

¿Qué tan grande? Versículo 31: «Nuestros padres comieron el maná en el desierto». Ahora estaban llegando a sus objetivos reales. «Como está escrito: Pan del cielo les dio a comer». Estaban irritándose, así que le dijeron: «Piensas que eres grande porque diste de comer a veinte mil. No está mal. Pero Moisés ¡le dio maná diariamente a millones, durante años! ¿Puedes sobrepasar eso? ¿Cómo vas ser mayor que Moisés? Tú nos diste de comer una sola vez, y Moisés nos dio de comer durante años». [El que articuló esto por la multitud era muy listo.]

La respuesta de Jesús en Juan 6.32 fue muy superior a su pregunta: «De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo». Les dijo, en efecto: «Para su información, Moisés no produjo el pan, sino que simplemente dirigió la recolección del mismo; y fue nada más que maná», que debe haber sido algún tipo de pan nutritivo. Jesús continuó: «Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo» [v. 33].

El pan de Moisés servía para la nutrición física, pero Jesús era el pan para la nutrición espiritual. El maná no podía evitar la muerte. Toda aquella generación, incluso Moisés, murió en el desierto. El maná era para Israel, pero Jesús era para todo el mundo. «Sí; yo soy mayor que Moisés porque el pan que yo les daré saciará su alma». Versículo 34: «Le dijeron: Señor, danos siempre este pan». En otras palabras: «Si nos saciará para siempre hambre, dánoslo siempre». No captaron lo que les decía. Lo único que querían era presentar demandas y que Jesús las atendiera.

Ahora llegamos a la cuestión real. La multitud se aglomeraba junto a Él, y le seguía, y Él empezó a cernirlos con la verdad. La verdad divide a las personas. Mientras más fundamental es la verdad, más honda y ancha es la división. La meta de la predicación cristiana —la meta de la presentación del evangelio y la meta de la Iglesia— no es simplemente abrir bien la puerta para que podamos absorberlos a todos y hacer que se sientan bien. La meta es predicar la verdad a cuantos sea posible, para que podamos separar los verdaderos de los falsos.

NINGUNA RELACIÓN PERSONAL

Los desertores espirituales no buscan ninguna relación personal. Juan 6.36: «Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis». Este es el principio de un pasaje normativo que también parece un soliloquio triste. En el versículo 37 Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí». ¿Por qué dijo eso así de repente? ¿A quién le estaba hablando? Acababa de decirles que Él era lo que ellos estaban buscando, el pan del cielo que da vida eterna al mundo: «Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás» [v. 35].

Los que salimos a predicar el evangelio y a proclamar la verdad de Cristo, que tenemos el corazón destrozado y nos afligimos ante la incredulidad, recuperamos la esperanza gracias a la promesa sólida de que los que el Padre atrae, vendrán. Esta promesa impulsó a Jesús a su declaración que consta en Juan 6.37-38: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió». Se consolaba recordando que de todas maneras la salvación era completamente un plan de Dios. Y cuando el Padre atrae a las personas, ellas van a Él.

En el versículo 39 Jesús reconoció que esas personas no tenían el menor interés en una relación personal con El: «Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero». El versículo 40 lo resume: «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero». Jesús halló su confianza, su balance en medio de esta tensión entre sí mismo y los discípulos desertores trayendo a la memoria los propósitos inviolables de Dios que a la larga se cumplirán.

BURLADORES QUE MURMURAN

Algo más que usted inevitablemente va a hallar es que los falsos cristianos hablan en privado contra la verdad. Cuando no están en presencia de los verdaderos discípulos, se burlan de la fe, bien sea por lo que dicen o por la forma en que viven.

En Juan 6 seguían a Jesús por todas partes diciendo: «Queremos hacerte rey. Muéstranos cómo haces tus obras. Muéstranos cómo recibir ese pan eterno». Pero cuando se apartaron de esa escena, lo que dijeron fue muy diferente. Versículo 41: «Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo». Estaban, y esta es una de esas palabras griegas interesantes, gonguzo, quejándose, murmurando, cuchicheando, rezongando, hablando por debajo de la mesa contra Jesús.

Cuando estaban con creyentes no lo hacían. Cuando estaban con los que no creían, se mofaban. Versículo 42: «Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice este: Del cielo he descendido?» Se burlaban. Debe ser muy interesante oír lo que la gente que asiste fielmente la iglesia todos los domingos dice de la religión en sus conversaciones entre semana, cuando están rodeados de inconversos. ¿Defienden el evangelio o se burlan de él?

Jesús sabía exactamente qué clase de murmuración y rezongos estaba teniendo lugar. La gente se enojó porque había hecho añicos sus esperanzas de conseguir comida gratis. No tenían interés en el arrepentimiento, la obediencia y la sumisión [que, de paso, es la razón por la que hay que predicar arrepentimiento, obediencia y sumisión]. Cuando no estaban cerca de Jesús ni en su presencia, se burlaban. Nadie que ame verdaderamente a Jesucristo haría jamás eso.

A partir de ese momento sucedió una cosa asombrosa. En lugar de hacer la verdad más sencilla en respuesta a su mofa, Jesús empezó a hacer su mensaje más difícil y a ocultarles la verdad. Lo hizo en todo su ministerio, y a menudo les hablaba en parábolas. No discutía ni trataba de ganar el debate; sencillamente volvía a su confianza en la soberanía de Dios, como dice en Juan 6.44: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero».

Los árboles malos no pueden dar fruto bueno, las fuentes amargas no pueden producir agua dulce, y nadie se salva sin un soberano y bondadoso llamado de Dios. Entre los verdaderos discípulos y los desertores burlones por igual, Dios cumplirá su propósito salvador

HAMBRE DIVINA

Los desertores no tienen hambre de la realidad divina Juan 6.45 dice: «Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí». Jesús estaba citando Isaías 54.13 como algo representativo de los profetas, aunque Jeremías, Joel, Miqueas, Sofonías y Malaquías dijeron el mismo concepto en sus escritos.

Jesús estaba reiterando la gran verdad de la doctrina de la elección: cuando el Padre escoge, el Padre enseña; cuando el Padre enseña, ellos aprenden; cuando aprenden, son atraídos; cuando son atraídos, vienen; cuando vienen, Jesús los recibe; cuando Jesús los recibe, los guarda; cuando los guarda, los resucita a vida eterna. Y entonces se cumple el propósito del Padre.

Juan 6.46-51:

No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

Esta fue una tremenda enseñanza que Jesús dio en cuanto a la salvación. Estaba diciendo: «El Padre, al que ustedes no han visto, los atraerá. Si creen, tendrán vida eterna. Yo soy el pan de vida; es en mí en quien deben ustedes creer. Si creen, nunca morirán, sino que vivirán para siempre».

Dios prometió la salvación a todos los que creen en la persona y obra de Jesucristo. Pero la chusma no tenía ningún interés en esa realidad divina. Llegaron, olfatearon un poco, echaron un vistazo, se admiraron un ápice, analizaron un poco, filosofaron un poco, elogiaron un poco, y tal vez incluso aplaudieron... un poco. Pero eso fue todo.

La clave está en el versículo 51: «Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre». Pero la multitud no tenía interés en comer nada espiritual. Lo que la Biblia quiere decir por comer es la apropiación personal de Cristo

y de su obra por fe: para tener vida eterna usted tiene que creer en Jesucristo, que murió como sacrificio por el pecado y resucitó de los muertos como testimonio de su poder y la perfección de su sacrificio.

Los que oían a Jesús no respondieron creyendo; respondieron discutiendo. Versículo 52: «Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» Estaba diciendo: «Esto es ridículo. ¿De qué está hablando? ¿Canibalismo? No hay suficiente de él para que muchos den un mordisco». Sabían que estaba hablando de realidades espirituales, pero se estaban mofando de él de nuevo. Realmente no tenían interés alguno en las cosas divinas. Los desertores espirituales nunca lo tienen.

EL GRAN CLAMOR DE UN ALMA SEDIENTA

Una característica final de los desertores cristianos es que no sienten hambre profunda por el perdón y la liberación del castigo.

Piense por un momento en el joven rico de Mateo 19.16 que le preguntó a Jesús: «¿Qué bien haré para tener la vida eterna?» No demostró gran hambre por la salvación del pecado, sino que simplemente quería cerciorarse de no perderse la vida eterna. Pero se fue sin la salvación y sin liberación del pecado, porque no era eso lo que realmente quería. No tenía una opresión honda en su corazón ni reconocía su hambre y sed espirituales.

Ese es el asunto que Jesús aclaró, empezando en Juan 6.53: «Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros».

¿Estaba hablando de la misa católica romana, en la que de alguna manera el pan y la copa son transubstanciados en el cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Acaso hablaba de la cena del Señor luterana en la que los elementos de alguna manera, espiritualmente, se consubstancian o amalgaman con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y se come la misma carne y se bebe la misma sangre de Jesús?

¡Por supuesto que no! Lo que estaba diciendo era que comer la carne del Hijo del hombre quiere decir que sus oyentes tienen que introducir en

su mente y corazón la realidad de que Dios se encarnó en Jesucristo. Tenían que abrazar por completo la realidad de la encarnación, y tenían que captar el concepto de su muerte sacrificial por el pecado. Eso es lo que quiere decir beber su sangre. Tenían que reconocer que Jesucristo era Dios en carne humana, y tenían que apropiarse personalmente de la realidad de su vida justa y su muerte sustitutiva, para recibir así su vida perfecta y sin pecado, y el derramamiento de su sangre como sacrificio por el pecado.

Entonces Juan 6.54 dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitare en el día postrero».

Aquí está el gran clamor de un alma con hambre y sed, porque su carne es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida. Continuemos en los versículos 55-58:

Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.

La salvación es abandonar nuestra vida y abrazar la de Cristo. Es recibir a Cristo por fe, reconociendo la realidad de quién es Él y lo que hizo. Esta es una invitación a recibir a Cristo, y sólo el que tiene hambre come, y sólo el que tiene sed bebe. El traidor espiritual no tiene hambre de la salvación verdadera. No está muriéndose de hambre en el pecado ni está hambriento de justicia. Está saciado del mundo, y más que eso, lleno de sí mismo, satisfecho y saciado con la consabida comida del mundo que perece. Cuando alguien se allega a Cristo, lo hace debido a un hambre espiritual incontenible. Como Jesús dijo en el Sermón del Monte: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» [Mateo 5.6].

La figura de comer ilustra bien la apropiación personal de estas realidades. Puedo mirar a Cristo y puede gustarme lo que veo, pero de nada me sirve a menos que lo ingiera. Cuando el pecador ama su pecado y está saciado del mundo y contento con las algarrobas que comparte con los cerdos, no busca la salvación verdadera. Para él, el concepto del pan de

Cristo es ridículo, repulsivo, nauseabundo, y lo desprecia porque está abotagado por su satisfacción propia. Hace a un lado a Cristo.

Pero cuando la persona se siente quebrantada por el pecado, despierta a su condición perdida y a su falta de propósito, una vez que siente el vacío y el acuciante aguijonazo del hambre que siente en su alma por Dios, clama que se le dé de comer, recibe a Cristo y lo confiesa como su Señor y Salvador. Dice: «Él es mi vida, ¡es mi pan!» Es personal. Cada uno tiene que hacerlo por sí mismo. Cristo dio su vida por el mundo, pero sólo los que se allegan a Él y comen reciben vida.

LA ÚNICA FUENTE

Llegamos así al clímax de la historia, empezando en Juan 6.60: «Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?» La palabra «discípulos», madsetes, quiere decir aprendices o seguidores, no necesariamente a verdaderos creyentes. Lo que querían decir con «dura es esta palabra» era que era ofensiva. Se quejaban: «Lo que él está diciendo es que no tenemos vida espiritual, y que Él es la única fuente. Si queremos tener vida espiritual, tenemos que recibirlo. Pero Él nos está repeliendo, porque no nos da el desayuno ni nos quiere dar el poder para alimentarnos nosotros mismos. Todo lo que hace es hablarnos de lo que no tenemos y de que Él lo tiene todo. No dice lo que queremos que el Mesías diga, y rehúsa hacer lo que queremos que haga. ¡No vamos a aguantar esto!»

Versículo 61: «Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende?» Consciente de que sus discípulos estaban mofándose de nuevo, les preguntó: «¿Les hace esto tropezar? ¿Ya no creen en mí como el Hijo del hombre?»

Versículo 62-64: «¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?» Estaba preguntándoles: «Si me voy ahora mismo, y regreso al cielo, ¿creerán entonces en mí?». Jesús continuó: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar».

Lo que menos querían ellos era que Jesús regresara al cielo. ¿Cómo iban entonces a conseguir comida gratis? Ellos no necesitaban ninguna prueba sobrenatural; estaban atascados en sus propios antojos egoístas, terrenales, materiales, y por eso no oían las palabras de Jesús ni creían en Él. Jesús era omnisciente. Sabía quiénes iban a ser los desertores y quién iba a ser el traidor. [De paso, Judas no se fue con este grupo. Se quedó hasta el mismo fin, esperando que a la larga sacaría provecho de Cristo.]

Juan 6.65: «Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre». Esta es una afirmación impresionante. De nuevo Jesús se apoyó en el plan soberano de Dios para restañar el dolor del rechazo. Sintió la herida, pero se apoyó confiadamente en la soberanía de Dios, que da la vida eterna al que quiere.

Finalmente, después de todo eso, llegamos al versículo 66: «Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él». Jesús se apoyó en la soberanía de Dios, pero eso no redujo el dolor de su corazón, como muestra el versículo 67: «Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?» Jesús podía llorar por la ciudad de Jerusalén y podía sentir el corazón destrozado por un rechazo tan penetrante que podía hacerle sentir una apremiante soledad. Pienso que el versículo 67 revela a un Jesús con el corazón destrozado. Sufrió el dolor real del rechazo de parte de aquellos discípulos de corto plazo.

Cuando Jesús preguntó: «¿Quieren irse ustedes también»? Hay verdadera agonía en la pregunta. Pedro respondió en los versículos 68-69: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Tuvimos que recorrer todo este capítulo hasta el versículo 68 para hallar a un discípulo de verdad, excepto por la mención de los apóstoles que ayudaron a repartir los pescados y los panes. Finalmente hallamos a unos cuantos verdaderos discípulos que dicen: «No tenemos a dónde ir. Tú tienes las palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y hemos llegado a saber que tú eres el Santo de Dios», que es un título mesiánico. Estos eran los que en efecto pensaban en las cosas celestiales. Eran los que genuinamente deseaban una relación personal con Jesucristo, que comprendían la

vida del Señor, y que, con corazones quebrantados por sus pecados, deseaban arrepentirse y recibir la salvación. Son bienaventurados, porque consolaron al Señor con su amor y lealtad en aquella hora.

UN BESO TRAIDOR

Pero el capítulo no termina con una nota alentadora, sino con la realidad acuciante de la deserción espiritual. Juan 6.70-71: «Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce». Judas era el prototípico desertor, que se quedó por más tiempo, vio y oyó más, pero nunca llegó hasta el punto de entregarse a Cristo. Judas es la ilustración perfecta del desertor de quien Jesús dijo: «Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido» [Mateo 26.24]. La no-existencia es mejor que el infierno eterno.

Judas se dejó arrastrar por el populacho. Le fascinaba lo sobrenatural. Pensaba siempre en las cosas terrenales, No tenía ningún deseo genuino de adorar a Cristo; sólo buscaba beneficios personales. Exigía lo que quería, de alguna manera se hizo tesorero y se robaba los fondos del grupo. Nunca tuvo una relación verdadera con Cristo, ni entendía la verdad divina, ni sentía hambre de la salvación. Judas no es una figura solitaria. Toda iglesia tiene sus Judas, y millones de ellos le han dado a Jesús un beso traidor.

Darse cuenta de esto le parte el corazón a cualquiera. Espero y oro de todo corazón que no haya ningún Judas que esté leyendo esta página y que, habiendo desertado de Jesús, siga avanzando hacia la más negra y lóbrega noche del más severo juicio eterno.

Oro por los superficiales, los que son desertores espirituales, los que serán traidores porque se sintieron atraídos a Cristo por razones indebidas. Oh Dios, que sientan la necesidad de adorar al Cristo vivo por quien Él es, y que busquen las cosas eternas y no las temporales.

Cuánto más severamente serán juzgados los que han conocido la verdad y se han alejado de ella. Ruego que en tu gracia salves, antes de que sea demasiado tarde, a cualquiera que se haya engañado pensando que es un creyente verdadero, pero que no tiene ninguna pasión por adorar al Dios

y Salvador en quien dicen creer. Revela la verdad a todo corazón y da conversión genuina a los que todavía no son genuinos, para que no llegue el día cuando, como los de Juan 6.66, dejen de andar con Él y, como Judas, vayan al lugar de castigo eterno reservado para tales traidores.

11



¿POR QUÉ ESTAMOS AQUÍ TODAVÍA?

Pienso que todo verdadero creyente convendrá en que el evangelio es el meollo del cristianismo, que lo hallamos sólo en la Biblia, y que hay que predicarlo hasta lo último de la tierra. Crecí entendiendo esto. Mi educación teológica lo ratificó, y mis años de estudiar la Biblia han sellado esa afirmación. El meollo de la fe cristiana es el evangelio según se halla en el Nuevo Testamento, cuyos cimientos están en el Antiguo Testamento. Para que salve a las personas debemos predicarlo por todo el mundo.

Esa es esencialmente la misión cristiana, y la iglesia tradicionalmente la ha ratificado. Jesús dijo: «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén» [Mateo 28.19-20]. También lo dijo de otra manera: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» [Marcos 16.15].

Los verdaderos creyentes siempre han creído que si las personas no oyen el evangelio no pueden salvarse, y que en consecuencia pasarán toda la eternidad en el infierno bajo el juicio de Dios. Así que es absolutamente esencial que el mundo no solo oiga el evangelio de Jesucristo, sino que esas personas lo entiendan acertadamente y lo crean en forma absoluta.

Obligados por este mandato bíblico claro, los creyentes de todos los siglos han llevado el mensaje del evangelio salvador hasta lo último de la tierra. Es la única razón por la que todavía estamos aquí. Los creyentes verdaderos ya son salvos y están sellados por la eternidad. No hay razón para permanecer en la tierra, excepto esta responsabilidad de la evangelización.

La Biblia claramente nos dice que la salvación se recibe al creer en Cristo, lo cual a su vez, viene por el oír y entender el evangelio. Esto puede suceder sólo si alguien lleva el mensaje al mundo. Y alguien puede llevar el mensaje sólo si alguien lo manda. Romanos 10 nos enseña que creer en Cristo nos salva, pero que no podemos creer en Cristo a menos que oigamos de él [vv. 9, 14]. Por consiguiente, hablar de Cristo a otros ha sido nuestro mandato y misión desde que la iglesia nació en Pentecostés, cuando Jesús dijo: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría, y hasta lo último de la tierra [vea Hechos 1.8].

Desde que Jesús empezó su Iglesia hasta hoy, llevar el mensaje de salvación hasta lo último de la tierra ha exigido el sacrificio de incontables millones de dólares, en todas las monedas del mundo, millones de horas de esfuerzo, y millones de la energía de los creyentes. Parte de eso ha sido la obra rigurosa, difícil y retadora de aprender un idioma que no está en forma escrita, desarrollar un alfabeto y un sistema de escritura para el mismo, luego enseñar a las personas a leer su propio idioma, darles las Escrituras, y guiarlos a Cristo. Esto puede llevar décadas, pero es parte del incansable esfuerzo por usar todo medio disponible para alcanzar a las personas con el único mensaje que puede salvarlas del castigo eterno: el evangelio de Jesucristo.

Junto con mi familia, sentí un renovado aprecio y respeto por la obra misionera hace unos años, en un viaje a Hong Kong. La iglesia clandestina en China había pedido ejemplares de algunos libros cristianos y Biblias

que habían sido traducidos al chino, y se me preguntó si mi familia y yo ayudaríamos a meterlos de contrabando en ese país.

Mi esposa y nuestros cuatro hijos adolescentes nos agrupamos en nuestra habitación en el hotel, mientras yo explicaba el plan. «Hijos, se nos ha asignado la tarea de introducir libros de contrabando en China. Los recogeremos en Hong Kong, los esconderemos en nuestras maletas, y cruzaremos la frontera. Una vez que la hayamos cruzado, los dejaremos en un lugar secreto convenido de antemano, y alguna persona de la iglesia los recogerá después de que nos hayamos ido».

Los hijos empezaron a brincar, pensando que iban a ser Indiana Jones. Les dije: «Ahora, es posible que nos dejen cruzar la frontera sin registrarnos. Hay que mantener la calma. Si rebuscan nuestras cosas y hallan los libros, los confiscarán, y roguemos que eso sea todo lo que hagan». Con todo, unánimemente aprobaron con entusiasmo el plan.

Los hijos llenaron sus morrales con libros y luego pusieron encima sus camisas. Salimos disparados de Hong Kong para cruzar el Mar de China en un hidroplano a reacción, y en un par de horas llegamos a Macao. Me detuve lo suficiente para llevarlos a visitar la tumba de Roberto Morrison, el gran misionero a China, y lloramos y oramos junto a su tumba para honrarlo por haber dado su vida por llevar el evangelio a esos pueblos.

Pasamos por las garitas de la frontera, y por la providencia de Dios, no hicieron ninguna rebusca. Casi ni acabábamos de pasar por la última guardia cuando los cuatro hijos echaron a correr como conejos asustados, ¡lo más rápido que podían! Tomamos un taxi hasta un cementerio. En medio del cementerio había un edificio pequeño con una ventana rota. Como se nos había instruido, nos turnamos para treparnos sobre una lápida y echar nuestros libros por la ventana rota.

Para mis hijos la experiencia de saborear un ápice lo que es la vida de los creyentes que sufren en otras partes del mundo, y poder hacer una pequeña contribución de esa manera, fue una lección maravillosa. Es importante que todo creyente tenga presente a los incontables individuos altruistas, muchos de ellos perdidos en la historia, que han hecho inmensos sacrificios en todo el mundo por la causa de Cristo.

NUEVOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, MENSAJE ETERNO

La tecnología de las comunicaciones en el siglo XXI nos ha dado mayor poder que nunca para llevar esta eterna verdad del evangelio hasta lo último de la tierra. El ritmo de cambio es incluso mayor. Llevó una generación pasar del telégrafo al teléfono, y otra para pasar del teléfono a la radio; ahora los avances en la Internet y las comunicaciones por satélite parecen aparecer casi todos los días.

He experimentado de primera mano cómo los medios modernos de comunicación masiva pueden multiplicar la audiencia de un predicador. Anteriormente ya vimos cómo, allá en el siglo XIX, Henry Martín viajó como dos mil kilómetros a lomo de mula para proclamar en Persia el mensaje del evangelio. Yo probablemente hablé en los primeros pocos meses de mi ministerio a tantas personas como él alcanzó todos esos meses a lomo de muía en el desierto, no debido a que yo haya hecho gran sacrificio personal, sino a que tenía acceso a tecnología electrónica.

Cuando estudiaba en el seminario, mi papá predicaba por televisión en un programa titulado The Voice of Calvary. Los domingos por la noche, después del culto, saltábamos al coche y volábamos al estudio para la transmisión en vivo por televisión en lo que ahora es la cadena UPN. Mi primera experiencia de predicación verdadera la tuve cuando tomé el lugar de mi papá en un programa de televisión en vivo. Nadie me escuchó en el estudio; los técnicos y músicos esperaban su señal, y otras personas atareadas y preocupadas se dedicaban cada una a lo suyo. Sin embargo, parado frente a una cámara, comprendí que mediante el alcance sin precedentes de la televisión, podía presentar el evangelio a personas que ni siquiera podía ver.

El impacto de la comunicación moderna en la proclamación del evangelio de Cristo en realidad me golpeó de lleno cuando fui por primera vez a las Filipinas. Aunque nunca antes había estado allí, mis sermones habían sido Transmitidos por radio por años como parte de mi ministerio radial Grace to You. Así que ellos ya me conocían, pero yo no los conocía a ellos.

Me invitaron a predicar en Manila en el Centro Filipino Intercultural de Conferencias, que es el más importante local de reuniones en la nación. Tiene cabida para cinco mil personas, y me preguntaba por qué peregrina

razón iba yo a predicar allí, puesto que no esperaba que tantas personas supieran quién era yo. Nunca olvidaré mi llegada, y el no hallar sólo los cinco mil asientos llenos, sino más personas de pie alrededor del perímetro del salón. Pensé: «¿Cómo puede suceder esto?»

Me demostró, como ninguna otra cosa, el poder de enseñar la Palabra de Dios por la radio. Cuando terminó el culto, el gentío que me esperaba para que les diera mi autógrafo [en los libros que habían pedido a través del ministerio radial] me dejó frío. Me sentía abrumado. Para mí fue algo fenomenal darme cuenta de qué personal es la radio, y qué eficazmente ayuda a proclamar el evangelio.

LA FE NEBULOSA FALLA

No debe sorprendernos que, en estos momentos, el enemigo de las almas de los hombres, el archienemigo de Dios, Satanás, haya incrementado sus esfuerzos para evitar el esparcimiento del evangelio. Una de sus tácticas principales es confundir a la Iglesia respecto a lo que es el evangelio. No sirve de nada tener toda esta fantástica tecnología contemporánea de comunicaciones, riqueza personal, y pasión por llevar el evangelio hasta lo último de la tierra, si no se sabe lo que es el mensaje del evangelio. Así que es por cierto una buena estrategia de parte del enemigo de las almas confundir a la Iglesia en cuanto al mensaje.

Junto a muchos otros, he estado predicando, enseñando y escribiendo para tratar de aclarar a los creyentes lo que es el evangelio. Muchos no están bien seguros de sí Jesús es Señor o no, ni de si Él necesita ser el Señor o no. No parece ser importante en estos días que la gente entienda la verdadera doctrina bíblica de la justificación solo por la fe, solo por gracia, solo en Cristo. A algunos parece no importarles si hay arrepentimiento del pecado o no, ni si predicamos el arrepentimiento o no. De hecho, algunos piensan que la idea del arrepentimiento es una intrusión en lo que toca a la gracia. No captan la doctrina de la sustitución e imputación, que es la verdadera comprensión de que Dios imputó [es decir, adscribió o asignó] nuestros pecados por completo a un sustituto que murió en lugar nuestro, y que nosotros no contribuimos en nada a nuestra salvación sino que nos aferramos a la vida eterna por fe en ese sustituto.

A pesar de la claridad absoluta del evangelio, incluso los llamados evangélicos pueden acabar con una noción nebulosa de su fe debido a toda la confusión que flota en el aire. He oído al pastor de una iglesia evangélica muy grande decir: «Se ha exagerado la importancia de la Reforma». No. Lo que la Reforma hizo fue definir el evangelio y rescatarlo de sus corruptores. Nosotros a veces no sólo parecemos estar inseguros de lo que es el evangelio, sino que ni siquiera estamos convencidos de que es importante como conocerlo bien. Esta es una equivocación trágica. Aquí estamos, con todo este impresionante potencial para esparcir el evangelio hasta lo último de la tierra, y no estamos seguros de lo que es el evangelio.

En el proceso de darle vueltas al asunto, la iglesia se ha vuelto cada vez más superficial. Una razón es que por todas partes han proliferado iglesias en las que los pastores son líderes de gran personalidad pero no tienen base teológica para definir los asuntos bíblicamente y con profundidad. Otra razón es la trágica y equivocada preocupación por no ofender a nadie, de hacer que la iglesia sea divertida y entretenida, lo que resulta en una especie de evangelio sintético que no tiene suficiente verdad para salvar a nadie.

Esto en sí ya es bastante malo, pero hay una nueva oleada en el mundo evangélico que por lo menos asusta, si es que no aterra: la teoría de que no es necesario llevar el evangelio hasta los últimos rincones de la tierra, porque la gente se está salvando sin ese esfuerzo.

Esta noción tiene varios rótulos que podemos examinar al desviarnos por un minuto a una breve clase de teología. Uno de esos rótulos es el de teología natural, y es la noción de que una persona puede ir al cielo sin el evangelio. Sostiene que la humanidad puede ascender naturalmente a un conocimiento de Dios y a una relación con él en virtud de su razón y su innato deseo de obedecer la voluntad de Dios. Este es un enfoque natural, a diferencia del sobrenatural.

La teología sobrenatural dice que Dios ha descendido y salvado al hombre. La teología natural dice que el hombre puede subir a Dios, gracias a un proceso natural de razonamiento, y que la Biblia es innecesaria. Los que aboban por este punto de vista dicen que la humanidad puede descubrir la existencia básica, los atributos y naturaleza de Dios mediante la razón humana, sin la revelación bíblica, y obtener un conocimiento salvador de Dios.

Si uno cree eso, obviamente no puede tener una noción reformada de la depravación. Tendría que creer que el hombre tiene, no sólo poder innato de razonamiento, sino bondad innata para buscar la justicia. Por consiguiente, los que abogan por la teología natural tienen una noción defectuosa de la depravación del hombre. Su punto de vista es que el hombre puede llegar al cielo sin la Biblia, de modo que, ¿para qué tanta alharaca misionera? No se necesita arrepentimiento ante Dios ni fe en Jesucristo, como Pablo dijo que tenía que predicar, según Hechos 20.21. Esa noción sostiene que los perdidos no necesitan oír el evangelio y no necesitan tener la Biblia. Al parecer, no hay necesidad de que personas como Robert Morrison y Henry Martín sacrifiquen sus vidas en regiones remotas, con pueblos aislados, tratando de traducirles la Biblia, porque ellos pueden ser salvados sin ella.

Incluso la iglesia católica romana, siendo un cuerpo histórico e influyente, cree que las personas pueden salvarse sin el evangelio, como lo mostró una historia que apareció en el periódico Los Ángeles Times. El periódico citó al papa Juan Pablo II diciendo: «Todos los que viven una vida justa se salvarán, aunque no crean en Jesucristo ni en la iglesia católica romana». El papa continuó: «El evangelio nos enseña que los que viven de acuerdo a las bienaventuranzas, pobres en espíritu, puros de corazón, los que soportan amorosamente los sufrimientos de la vida, entrarán en el Reino de Dios».

El papa está adoptando una noción incluyente de la salvación. Muchos rechazan la enseñanza bíblica de que la salvación viene sólo en respuesta a la fe en Jesucristo. Insisten en que los paganos se salvan si viven vidas buenas, si son pobres en espíritu, puros de corazón y hacen el bien. Siempre y cuando sean sinceros, lo que crean en realidad no importa.

Esto ha sido la fibra del catolicismo romano por siglos, Por eso el apologista católico romano Peter Kreeft, que escribió el libro Ecumenical Jihad [Yijad ecuménico], puedo decir que en el cielo hay budistas, hindúes, confucionistas, musulmanes, ateos y judíos ortodoxos; la sinceridad y la bondad son los boletos de entrada al Reino de Dios, y no la fe en el Cristo del evangelio. Mediante la bondad innata, razonan naturalmente para alcanzar un conocimiento de Dios, para agradarle y ganarse la salvación, sea que alguna vez pongan sus ojos sobre alguna Biblia en toda su vida, o no.

El papa, en sus comentarios, sencillamente afirmó lo que muchos teólogos católico romanos han creí-do por siglos.

NUEVA DEFINICIÓN DE MISERICORDIA Y MISIONES

La contraparte evangelicalista a la teología natural se conoce como el punto de vista de la «misericordia más amplia». La teología natural aduce que el hombre, incluso en su condición depravada, puede hallar a Dios por esfuerzo propio, noción que es imposible de substanciar con la Biblia. Los que se proclaman evangelicalistas, en lugar de catalogarse como teólogos naturales, acuñaron otro título, el concepto de la misericordia más amplia, que les permite seguir la teología sobrenatural pero insistiendo en que hay una latitud más amplia, una noción incluyente, en la que el Señor va a incluir a toda persona. Dice que cualquier religión puede salvar a las personas.

Una cita que se menciona a menudo dice esto:

> Cuando abordemos al hombre de una fe diferente a la nuestra será en un espíritu de expectación para buscar lo que Dios le ha estado diciendo y qué nuevo entendimiento de la gracia y del amor de Dios podemos descubrir en ese encuentro. Nuestra primera tarea al acercarnos a otra persona, otra cultura, otra religión, es quitarnos los zapatos, porque el lugar que estamos pisando es santo.
> De otra manera nos hallaremos hollando los sueños de los hombres, y lo que es más serio todavía, tal vez nos olvidemos de que Dios estaba allí antes de nuestra llegada.

La aterradora realidad es que muchos evangélicos están empezando a hacer eco de este lenguaje y a decir cosas similares. Esto redefine todo el concepto de las misiones. En lugar de ir a una tribu y decir que esas personas están perdidas, condenadas y en tinieblas, hay que decir que uno está pisando tierra santa, ¡porque Dios ya ha estado allí en la forma de su paganismo!

No puedo imaginar una creencia más desastrosa que esa. «Dios tiene otras cosas en esto de la redención de lo que sucedió en Palestina en el primer siglo» Esto dice que la vida, muerte y resurrección de Jesucristo no

fue más que una cadena de acontecimientos en medio de muchos, y no el evento singular más grande de toda la historia de la redención. Es un concepto que desprecia a Cristo, su nacimiento virginal, su encarnación, su vida sin pecado, su muerte sustitutiva, su resurrección corporal, su ascensión, su intercesión, su Segunda venida… ¡todo!

Esto es una regurgitación de la antigua herejía griega con que se enfrentó el apóstol Juan llamada el «logos universal», en la que el Espíritu de Cristo flota por todos lados y se inyecta en toda religión. Tales nociones también atacan a la Trinidad, porque sólo el cristianismo bíblico afirma que Dios es una Trinidad. Los mormones también niegan esto.

¿Cómo pueden creer en una misericordia más amplia, cuando la Biblia dice que la salvación es sólo en Cristo? En Juan 14.6 Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí». Bien claro. Hechos 4.12: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». Jesús dijo en Juan 8: «Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis, y donde yo voy, vosotros no podéis venir».

Cualquiera que lee el Nuevo Testamento tiene que saber que creer en Jesús es la única manera de ser salvo, «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» [1 Timoteo 2.5]. ¿Cómo lidian con esto los que proponen estas otras teología. Algunos hablan de Jesús siempre que se presentan en televisión. Pero decir primero que Jesús es el único Salvador, y luego decir que musulmanes, budistas, animistas, y quién sabe quiénes más también van a estar en el cuerpo de Cristo y en el Reino de los cielos; ¿cómo se explica?

Algunos que sostienen esta noción concuerdan en que la obra de Cristo es la única base de la salvación, pero insisten que no es necesario saber eso para ser salvo. En otras palabras, si uno cree en Dios, como quiera que se imagine a Dios, y si trata de hacer lo que es debido, lo bueno y lo «religioso», Cristo va a salvarle, aunque no sepa quién es Él ni lo que hizo. Aunque usted no sepa que Dios es una Trinidad ni que se reveló en Cristo, quien vivió y murió y resucitó, Cristo con todo va a ser su Salvador y expiará sus pecados.

UNA VISITA CON LA MADRE TERESA

Hace años mi familia y yo tuvimos la oportunidad de visitar a la madre Teresa en Calcuta, y le regalé un ejemplar de mi libro The Cospel According to Jesús [El Evangelio según Jesús]. Aquella muy fuerte, llena de gracia y altruista mujer, dijo que lo leería, aunque la madre Teresa era fiel a su fe católica romana. Frente a una Biblia que autografió para un joven que había ido a verla, ella escribió: "Que entres en el corazón de Jesús por medio de la Virgen María». Ella creía que la salvación viene por virtud de María.

Cuando fui a su hogar para enfermos y moribundos en Calcuta me sorprendí al ver retratos de estrafalarios dioses hindúes con muchos brazos en las paredes de un establecimiento católico romano. Me preguntaba cómo podía ella poner allí cuadros de los dioses hindúes, asociados con un templo hindú de sacrificios que quedaba al lado, y donde se hacían sacrificios sangrientos viles, aterradores y pervertidos de bueyes y otras criaturas. Me limité a concluir que se debía a su deseo de agradar, y a que si ella iba a sobrevivir en Calcuta, tenía que hacer deferencia a los gobernantes políticos. Más tarde llegué a entender que esto es parte de la dirección en que se mueve la teología católica romana moderna, encabezada por el papa.

Un autor afirma que los buenos hindúes se salvan por Cristo y no por el hinduismo. Mediante los sacramentos del hinduismo, mediante el mensaje de moralidad y de vida buena, mediante el misticismo que les viene mediante el hinduismo, Cristo los salva, según este punto de vista.

¡Todos entran! Los buenos hindúes, los buenos budistas, la gente buena que usted ve en el Canal Discovery corriendo por todos lados con huesos atravesados en los labios: todos están en el Reino, siempre y cuando sean buenos. Esta es una creencia insondable que ha invadido al evangelicalismo. Yo lo entendería si hubiera surgido de algunos seminarios de teología liberal o de una denominación apóstata que rechaza abiertamente la Biblia, pero conociendo a los que respaldan esto, gente de iglesias que afirman creer en la Biblia, quedo profundamente desilusionado.

¿Cómo podemos sucumbir a esto? ¿Cómo pueden los pastores andar diciendo que la Reforma en realidad no importa, y que tal vez en realidad necesitamos definir completamente de nuevo las misiones?

EL ARGUMENTO A FAVOR DEL EXCLUSIVISMO

Tenemos aquí un problema serio, y la única manera de tratar este asunto tan importante es acudir a las Escrituras. No voy a darle mi opinión, porque mi opinión no vale nada. La Palabra de Dios es lo único que importa, e importa en todo. ¿Hay respaldo bíblico para el exclusivismo, la idea de que si usted no conoce el evangelio y si no cree en Jesucristo no va a ir al cielo?

La respuesta es sí. Hay bases abrumadoras para el exclusivismo. Las hemos estado presentando en todo este libro. También tenemos bases bíblicas para el hecho de que la teología natural no va a llevar a nadie a ninguna parte. Ya hemos visto en Mateo 7 que la misericordia de Dios es extremadamente estrecha, y que los que serán salvos tienen que entrar por la puerta angosta.

Todo empieza con la historia de la caída del hombre, en Génesis 3. Hasta ese punto en la Biblia, Adán y Eva vivían en una condición de perfección en un paraíso terrenal conocido como el huerto del Edén. Aunque tenían mente perfecta, Adán y Eva no podían entender por sí mismos por qué fueron creados. Podían entender que fueron creados, que algo más poderoso que ellos los creó, y que algún Ser inmenso que amaba la belleza, el orden y el diseño les dio vida. Pero no podían entender por qué fueron creados a menos que alguien se los dijera.

Dios les dijo: «Pueden comer de todo». De otra manera no lo hubieran sabido. Y les dijo: «No coman de eso. Si lo comen, morirán». Y le dijo a Adán: «Aquí tienes a tu esposa; tengan hijos». Y le dijo: «Pon nombre a esos animales». Por eso andaban y hablaban con Dios en el huerto, porque Dios les dio revelación especial respecto a cómo debían relacionarse con Él y con el mundo.

Los que siguen la teología natural deberían quedar azorados al descubrir que Adán ¡no podía conocer la verdad divina con su razón perfecta! Por su propia razón, su perfecto intelecto propio, no podía haber llegado a saber que debía comer esto, y que no debía comer de lo de más allá, que debía poner nombre a los animales, cultivar el huerto y todo lo demás. Dios tuvo que darle toda esa información. Adán no la sabía naturalmente. Dios fue

el origen y fuente de la verdad, justicia, moral, significado y belleza. El hombre no fue el origen de la verdad, sino que recibió la verdad.

Es cierto. Adán y Eva deben haber sabido algo sobre Dios, pero no habrían sabido lo que Dios quería de ellos si este no se los hubiera dicho. Usted puede estudiar todas las religiones, filósofos y teólogos del mundo, y ninguno de ellos se acerca siquiera a un entendimiento correcto de la creación del hombre y de la depravación del hombre.

Usted no puede captar esto partiendo de un razonamiento natural depravado.

Cuando Satanás se metió en ese huerto perfecto, donde estaba ese hombre y aquella mujer perfectos, les dijo que desconfiaran de las instrucciones de Dios y confiaran en su propia razón. Eso es lo que todavía se propone hacer en el mundo hoy. Después de una breve charla con Eva, por fin le dijo: «No vas a morir. No puedes creerle a Dios; Dios miente. ¿Les dijo que van a morir? No lo crean. No van a morir; lo que van a ser es como Dios. ¡Es que a Dios no le gusta la competencia!» Satanás tentó al hombre para que confiara en su propia razón natural y rechazara la revelación sobrenatural que brotaba de la boca de Dios.

Dios les dio revelación especial: «No coman». Satanás contradijo: «No crean lo que Dios dice. ¡Confíen en su razón!» Eso es esencialmente lo que afirma la teología natural. Es la misma vieja mentira satánica: «Pueden lograrlo mediante su razón. No se preocupen por la Biblia. No se preocupen por el evangelio. No necesitan eso».

Así que, ¿cómo puede el hombre caído, en un mundo bajo maldición, hallar la verdad de Dios mediante su razón pervertida, cuando el hombre perfecto en un mundo perfecto no pudo hallar a Dios con su razón perfecta? Ni Adán pudo saber lo que Dios quería si Dios no se lo hubiera dicho, y nadie más puede saber lo que Dios quiere si Dios no se lo dice.

Satanás siempre quiere despreciar la revelación especial. Qué gran estrategia es decir: «Convenzamos a la Iglesia de que ni siquiera necesita predicar el evangelio». Dígame de dónde viene esa herejía, ¿del cielo? Le doy una pista: ¿quién gana más si dejamos de predicar el evangelio?

LA CLARA VERDAD DEL CREACIONISMO

Romanos 1.18-23 nos da una clara lección en antropología bíblica:

> Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.

La Biblia dice aquí que hay evidencia en cuanto a Dios [v. 19]. Lo que se conoce de Dios es evidente por la razón. La razón mira a la creación [v. 20] y dice: «Debe haber un Creador». La razón mira a la diversidad y dice: «Debe haber una mente inmensa». Mira al diseño y dice: «Es un Dios de orden». Mira a la belleza y dice: «Es un Dios de belleza y armonía». Mira a la vasta variedad y dice: «Es un Dios de increíble poder y complejidad».

Sí, todo eso es cierto. Tan cierto que, de hecho, el eterno poder de Dios y su naturaleza divina son visibles mediante la razón mirando a la creación. Uno no puede simplemente mirar los resultados de la creación y dudar que haya un Creador. Hay que cometer suicidio intelectual para negar que existe una causa para el efecto del universo, que hay un supremo Hacedor. El final del versículo 20 —«las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa»— deja esto tan claro que las personas absolutamente no tienen excusa para ser evolucionistas. Ninguna. Es una idiotez absoluta. Cualquier persona racional, pensante, que ve que algo existe, da por sentado que alguien lo hizo, y el universo ciertamente exige un Creador.

Pablo dice que Dios dio al hombre la razón, y la razón mira a la creación y concluye ciertas cosas respecto al poder y la naturaleza del Creador. No

tiene excusa. El problema es que esto no le conduce a Dios, porque como advierte el versículo 18, los hombres «detienen con injusticia la verdad». El hombre es tan perverso, vil e impío que su depravación le niega la posibilidad de allegarse a Dios por sus propios poderes naturales. En lugar de eso, suprime la verdad. Deshonra al Creador aunque el conocimiento de Dios como Creador es obvio en todo lo que le rodea.

El versículo 21 dice que las personas no glorifican ni honran a Dios. El hombre se aleja de Dios, al suprimir la verdad y reemplazarla con especulación vacía. Por eso algunas personas presuntamente listas inventaron mentiras ridículas como la evolución. Concibieron ideas humanas que no son realidad, y su necio corazón se entenebreció más.

Acabaron con nada excepto entendimiento tergiversado en su egotismo, como dice Romanos 1.22, que es una parte principal de la depravación. Profesan ser sabios, se otorgan a sí mismos títulos doctorales, se ponen togas religiosas y de realeza y sombreros de picos, y marchan por todos lados como si fueran grandes hombres religiosos y sabios. Son necios. Son imbéciles.

Versículo 23: «Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible»; animales y pájaros e insectos. Hicieron dioses de otras cosas. El hombre natural adora a las criaturas. Su razón le dice que debe haber un Dios, pero debido a su perverso amor al pecado, suprime esa verdad. No puede evitarlo, porque no tiene ninguna senda a Dios. Son personas que están muertas en sus delitos y pecados. En esa mortandad, la verdad y la justicia quedan reprimidas, y en su lugar surge la fabricación de sistemas de religiones falsas y filosofías risibles.

Según el versículo 18, el fin de toda filosofía y religión humana es «la ira de Dios». Ese es el punto esencial. Estos versículos martillan la verdad de que el hombre natural, con su teología natural, sin la ayuda de revelación especial, acaba inexcusablemente bajo el castigo divino. Puede esperar la ira de Dios, y no la gracia de Dios. Uno no puede visitar a una tribu que adora a los cocodrilos y decir: «Ah, estoy en tierra santa. ¡Dios estaba aquí antes de que yo llegara!» Dios no estaba allí. Dios no está allí. No es cierto. Eso es rehusar honrar al Dios vivo y verdadero, e intentar poner alguna otra cosa en su lugar, alguna filosofía hueca, religión necia o ídolo sin vida. El resultado final es juicio e infierno.

El que alcanza el más alto nivel de orgullo religioso, el que escoge su propio dios, es un imbécil y necio. Primera a los Corintios 1.18 nos da una ilustración que refuerza esto: «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios». Los necios piensan que la verdad bíblica es necedad; los salvados reconocen su poder.

En el versículo 19 Pablo cita otro juicio tomado de Isaías 29.14: «Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos». Tanto «destruir» como «desechar» hablan de un juicio final, de una ejecución. Dios dice: «Adelante: pónganse del lado de los más sabios de los sabios, de los más listos de los listos, y yo los destruiré».

Es reconfortante y estimulante saber que tenemos un protector poderoso contra todos los advenedizos. La idea me hace recordar a mi compañero de escuela Roger. Los valentones, es decir, los que se afeitaban y conducían sus propios coches a la secundaria cuando estaban todavía en el octavo grado, nos jugaban muchas bromas pesadas a Roger y a mí. Se acercaban por detrás y nos golpeaban los libros que llevábamos en los brazos para que los soltáramos, o nos golpeaban la cabeza contra los casilleros de ropa.

Un día, después de que nos golpearon sin motivo, Roger dijo: «Ya me hastié. Voy a decírselo a mi hermano». Su hermano era jugador defensa medio en el equipo de futbol estadounidense de la Universidad Long Beach State y además alzaba pesas. Una vez había chocado un camión de pan contra un muro de piedra, y había salido ileso.

A la mañana siguiente Roger y yo salimos del gimnasio a un sector donde esos valentones se reunían antes de clases. Roger les dijo algo, y cuando ellos empezaron a reírse, su hermano llego y pregunto: «¿Cuál de estos es el que te esta fastidiando? ».

Roger señalo al muchacho y le dijo: «¡Ese! » El muchacho dejo de reírse y se quedó hecho una pieza. El hermano de Roger con toda calma lo levanto de la garganta y lo lanzo sobre unas matas, y luego le dijo: «No quiero que nadie vuelva a tocar a Roger, nunca más». Nunca más lo hicieron. Roger fue el que mandaba desde entonces. Esa exhibición de poder

indomable lo cambio todo. Para mí, desde entonces, ha sido una ilustración inolvidable de la protección segura y absoluta que el Señor da a los suyos contra el enemigo, venga de donde venga, y asuma la forma que asuma. Yo no soy más poderoso que el enemigo de mi alma, pero tengo un Hermano espiritual mayor, y el enemigo tiembla ante su poder.

Reúna a los más sabios de los sabios, toda la sabiduría del mundo, reúna a los más encumbrados dirigentes religiosos, a los que se hallan en las esferas más elevadas de su religión, desde el papa hasta el dirigente del hinduismo o del mundo musulmán, y los apóstoles de la iglesia mormona, a todos los que han alcanzado la cumbre de los esquemas humanos de religión. Los sabios, los grandes escritores y teólogos, los que pueden debatir sus puntos de vista por la radio y salir triunfantes. Dios va a desenmascararlos a todos como a necios en lo que tiene que ver con la verdad espiritual.

Dios va a destruirlos a todos. En 1 Corintios 1.21 tenemos el por qué: el mundo, mediante su sabiduría, no alcanzó a conocer a Dios. No se puede llegar allá desde aquí. El mundo, en el punto más alto y mejor de sus logros religiosos e intelectuales, no puede alcanzar a conocer a Dios. Esto no es opinión mía. Es lo que la Biblia dice.

Al fin del versículo 21 dice: «Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». Esto apunta de nuevo al «mensaje de la cruz» mencionado en el versículo 18. La única manera en que uno puede ser salvo es creyendo el mensaje de la cruz. Fue el plan de Dios que el mundo, por su sabiduría, jamás pudiera llegar a conocerle. Pero a Dios le agradó, mediante la locura de la cruz, salvar a los que creen. No se puede creer lo que se nos antoje: hay que creer lo que Dios dice. El evangelio de la cruz no es producto de la razón humana: es revelación bíblica.

A Satanás le encanta venir al huerto hoy, llamar a la gente aparte, y decirles: «¡No me vas a decir que crees la revelación especial de Dios! ¡Confía en tu razón!» Eso es lo que están haciendo estos teólogos de misericordia más amplia. Están siguiendo a Satanás. Solo el mensaje de la cruz puede salvar. Cualquier otra cosa es absurda locura.

Si uno rechaza a Cristo, no puede alcanzar a Dios. Y nadie puede alcanzarlo hasta que obedientemente escuche y crea el mensaje. Por eso, en el trascurso de dos mil años, la gente ha ido con el evangelio de Cristo

hasta lo último de la tierra: esto es lo que sabemos que la Biblia enseña. El hombre natural, librado a su propio criterio, acaba bajo la ira de Dios.

Sea fiel en proclamar el evangelio a toda persona que encuentre en su camino, seguro de que no hay otro camino al cielo excepto el del mensaje de Jesucristo y su cruz.

12



PERO ALGUNOS CREERÁN

El cristianismo sería mucho más fácil de vender si tuviera una buena dosis de reconocimiento contemporáneo de las demás creencias. En cierto nivel, el mensaje de la Biblia suena bien atractivo y reconfortante: ¡Dios es amor! ¡Jesús perdona sus pecados! Eso es fantástico. El mismo evangelio que nos dice eso, sin embargo, también nos dice que adoremos a Jesús como Señor, que no podemos ganarnos la entrada al cielo, y que el único camino a la vida eterna es Cristo.

Hemos visto que la solución frecuente para hacer el mensaje más popular y atrayente es distorsionarlo y presentarlo mal, inflando las partes fáciles y restando importancia o dejando a un lado las difíciles. También hemos visto que muchos dirigentes religiosos por todo el mundo, incluyendo algunos que se consideran evangélicos, llevan el asunto un paso más allá al preguntarse en voz alta si la gente de veras necesita el evangelio para alcanzar la salvación. ¿Acaso no pueden ir al cielo sin el evangelio? En última instancia, ¿no serviría lo mismo un dios hindú o un lagarto? ¿Qué tal

de los que nunca tienen la oportunidad de oír el evangelio? ¡Mandarlos al infierno no tiene nada de justo!

Hay dos respuestas a esas preguntas. Primero, lo mejor es que usted y yo lleguemos a estas personas con el evangelio, porque eso es lo que Dios nos ordenó hacer. Segundo, si Dios, en su propósito soberano, eterno y electivo, ha determinado llevar la salvación a ciertas personas, se las arreglará para que reciban el evangelio. Jesús dijo en el Sermón del Monte: «Buscad, y hallaréis» [Mateo 7.7], Nosotros somos los instrumentos que proclaman el evangelio.

La cuestión de si el evangelio es o no necesario para la salvación es fundamental del cristianismo. La pregunta es a final de cuentas sencilla y directa: O bien podemos entender al Espíritu y las intenciones de Dios según nuestro propio criterio, o no. Si no podemos, tenemos que mirar al único lugar en la creación donde se revela la esencia más profunda de Dios: la Biblia.

ESPÍRITU DEBAJO DE LA SUPERFICIE

La última parte de 1 Corintios 2.10 dice: «El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios». Por profundo e inaccesible que es Dios, podemos conocer algunas cosas de Él. Él es poderoso, es complejo, es un Dios de orden, belleza y vida. Es cierto que podemos ver mucho en la creación. Pero si queremos ir más adentro de la superficie, al lado espiritual de Dios, es decir, a la Ley, a la salvación, a la justicia y a la redención divinas, tenemos que estar conscientes de que el Espíritu de Dios sabe las cosas más hondas, porque es Espíritu es Dios.

En nuestra sabiduría humana no tenemos acceso a las cosas más profundas; tenemos acceso sólo a lo que podemos ver en la superficie. Por sí solo el hombre no puede conocer las cosas espirituales de Dios: su naturaleza, esencia, voluntad y salvación.

Pablo dio una analogía en 1 Corintios 2.11: «¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?» Podemos estar uno muy cerca de otro en la misma familia, o en una empresa común y, sin embargo, no saber lo que el otro piensa, todo lo que sabemos es lo que es aparente a nuestros sentidos. El único que sabe perfectamente

los pensamientos es el espíritu de la persona que tiene esos pensamientos. Lo mismo es cierto en cuanto a Dios. Podemos entender algunas cosas sobre él al ver lo que él ha hecho, pero nadie puede saber las cosas más hondas de Dios más de lo que yo puedo saber, al mirarlo a usted, cuáles son sus pensamientos más íntimos. Sólo su espíritu sabe lo que hay en su interior, y sólo el Espíritu de Dios sabe las cosas más profundas de Dios.

Nunca podremos saber las verdades profundas, salvadoras, espirituales, de Dios a menos que alguien nos las revele. Como 1 Corintios 2.11 dice, «nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios». Pablo añadió en el versículo 12: «No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido». Esas cosas son el perdón del pecado, la salvación y la esperanza de la vida eterna, así como las bendiciones de la justificación, santificación y glorificación. No podemos conocer esto mediante la razón humana. No podemos hallarlas en un experimento en un tubo de ensayo. No podemos figurárnoslas por racionalización. Podemos conocerlas sólo por la revelación del Espíritu Santo.

Usted no puede ir al cielo a menos que sepa cómo, y no puede saber cómo excepto al leer la Biblia. Es el único lugar en donde el hombre escribió las palabras que el Espíritu Santo inspiró. Toda la Escritura es dada por inspiración de Dios. Pedro describió el proceso: «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» [2 Pedro 1.21].

Esto es un golpe radical a los que abogan por la teología natural. Imagínese qué pueden decir cuando uno les ponga 1 Corintios 2.14 ante sus ojos: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». El hombre natural, que no cuenta con la ayuda de la revelación sobrenatural mediante las Escrituras, no puede conocer las cosas que sólo el Espíritu de Dios sabe. Para él no tienen el menor sentido. No puede entenderlas porque hay que evaluarla espiritualmente, y no racionalmente. No puede examinarlas empíricamente; no puede alcanzarlas mediante ninguna intuición humana.

¿A dónde lleva la teología natural? A ninguna parte que no sea el infierno. Es un error fatal, un callejón sin salida al que se entra por la puerta ancha que parece acogedora, conveniente, fácil para el usuario y fácil de

hallar. Uno no puede entender por sí mismo las cosas de Dios más de lo que pudieron Adán y Eva, porque solo por el poder y revelación del Espíritu Santo se puede evaluar la esencia del Señor y Creador del universo. Sin el Espíritu no hay conocimiento. Pero para los que hemos recibido la enseñanza del Espíritu Santo por las Escrituras, tenemos lo que 1 Corintios llama «la mente de Cristo».

Podemos saber lo que Cristo piensa porque la Biblia lo revela. El hombre natural, como le falta la mente de Cristo que el Espíritu revela, acaba sin entender nada. Acaba como necio. Acaba en juicio. En Juan 14.26, Jesús dijo a los discípulos: «El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho». Les aseguró que Dios les instruiría cómo anotar las cosas más hondas que no son discernibles a los sentidos humanos, las cosas profundas de la salvación que constituyen la mente de Cristo.

EL DIOS DESCONOCIDO REVELADO

He tenido el privilegio de predicar un par de veces en el Areópago, en la Colina de Marte, al pie del Partenón, en el centro de Atenas, en donde adoraban los proponentes de las religiones falsas en el imperio griego. La colina de Marte es donde se reunían los filósofos en tiempos antiguos, y la gente se reunía para oírlos. Es un lugar magnífico, no sólo debido a su historia, sino debido a su hermosa ubicación en la Acrópolis.

Siempre que voy allá me imagino a Pablo pisando las mismas piedras, a la sombra del gigantesco templo pagano de Atenea, con otros templos paganos a su alrededor, y figurativamente despojándolo todo con la gloria y verdad del único Dios verdadero. He predicado de su sermón de Hechos 17 parado en el mismo lugar dónde él estuvo. Mirando a las columnas rotas y muros caídos, puedo imaginarme una plaza de mercado antiguo repleta con gente y una multitud de intelectuales reunida para oír lo que aquel extranjero les iba a decir. Ese mundo pagano no es sino ruinas hoy, pero el mensaje de salvación es atemporal y eterno.

Hechos 17 describe la visita de Pablo al Areópago. Los epicúreos, estoicos y otros filósofos le invitaron a que les hablara: «Traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto».

Sin duda las enseñanzas de Cristo eran extrañas para aquel público. Los epicúreos creían que el principal fin del hombre era evitar el dolor. No negaban la existencia de Dios, pero creían que este no intervenía en los asuntos terrenales de los hombres. Creían que cuando una persona muere, su cuerpo y alma se desintegra. Los estoicos enseñaban que el fin principal del hombre era dominarse a sí mismo al punto de ser indiferente al placer y al dolor.

Aceptando su invitación, Pablo se puso de pie en medio del Areópago y le dijo al grupo reunido, según leemos en el versículo 22: «Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos». Para algunas congregaciones y público de hoy, eso es el evangelio en síntesis: ser muy «religioso» en todo respecto y dar por sentado que Dios contará eso como consagración suficiente, aunque no hagan nada más. Pero Pablo siguió: «...porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO».

¡Qué interesante! Tenían muchos altares en el panteón de los dioses que adoraban, pero tenían la impresión de que a lo mejor habían dejado fuera a alguno, y no querían ofenderlo. Para estar del lado seguro y eliminar cualquier ofensa innecesaria, construyeron un altar al dios no conocido. Viendo eso Pablo les dijo, en esencia: «Esto que han hecho es algo muy religioso. No conocen a Dios, no tienen su revelación, no tienen el Antiguo Testamento, no saben del Dios que es el Creador, el Dios que es Sustentador del universo, el Dios que es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Israel, el Dios vivo y verdadero, y Padre del Señor Jesucristo. Ustedes a todas luces no han tenido una revelación sobrenatural».

En el versículo 23 explicó: «Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio». Allí estaban ellos: habían alcanzado el ápice de la filosofía y de la religión, pero eran ignorantes como el que más. Así que Pablo les dijo: «Permítanme decirles, ignorantes, quien es ese Dios desconocido».

Pablo se dio cuenta de que no conocían a Dios, y quería que ellos se dieran cuenta de eso también. Les dijo: «Permítanme presentárselos. Él es el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él. Siendo que es el Señor y Soberano del cielo y de la tierra, no vive en templos hechos con manos humanas, ni tampoco es servido por manos humanas. No hay que

ponerle una guirnalda de flores al cuello. No se le hace ese tipo de ofrendas. No es esa clase de Dios. No necesita nada. No hay que darle de comer. No hay que ponerle flores. Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas».

Hechos 17.26: «Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación». En otras palabras: «Este es todo un Dios, ¡el Dios de dioses! Es el Creador de toda la tierra y del cielo. Es el eterno Ser Espiritual, al que no se le puede confinar a ningún templo. Es el Dios que determina qué naciones existen, cuándo y dónde existen, y cuándo desaparecen de la escena. Es el Escritor y Determinador de la historia».

Luego Pablo añadió en los versículos 27-28: «No está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos». ¿Sabe usted qué cerca está Dios del pagano? Está tan cerca que está con ellos. Ningún pagano respiraría otra vez si Dios no estuviera allí. Sin embargo, los que estaban en la Colina de Marte no lo conocían; lo estaban buscando en ignorancia, aunque estaba cerca de ellos. Uno de los poetas paganos reconoció, como dice el versículo 28: «Porque linaje suyo somos».

Antes de que se popularizara la teoría de la evolución, nadie tenía este pensamiento insensato de que nada por nada es igual a algo. Antes nadie podía concebir una propuesta más ridícula como la idea de que todo salió de la nada. Toda persona racional comprendía que todo efecto tiene una causa, y por consiguiente, un Creador tiene que existir, un Creador personal, moral, porque somos personas que entienden la ley moral.

Hechos 17.29: «Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres». Hasta la razón pagana les decía que debía haber un Creador. Buscaban la verdad; Dios estaba cerca, pero en lugar de llegar a conocer al Dios verdadero, se hicieron un ídolo. Esto refuerza el pensamiento de Romanos 1: lo hicieron porque, debido a su teología natural, no podían entender a Dios, ni las cosas del Espíritu de Dios. Los filósofos de Atenas no le habían hecho ningún favor a Dios, todo lo que habían hecho era hacerle una cosa de piedra llamada «Al Dios No Conocido». Eso no es Dios.

Los versículos 30-31 dicen: «Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó». Pablo no estaba hablando de arrepentirse de los pecados categóricos que por lo general asociamos con el arrepentimiento; estaba diciendo que era mejor que dieran una media vuelta completa —«arrepentirse» quiere decir dar una vuelta de 180 grados e ir en la dirección completamente opuesta—, se arrepintieran de la religión falsa y empezaran a andar en la dirección correcta. Dios ha fijado un día cuando juzgará al mundo en justicia, y usará un Juez a quien ya ha identificado en Juan 5 como Jesús. El Señor ha demostrado al mundo que Cristo será el Juez al levantarle de los muertos.

Algunos de los que oían a Pablo empezaron a desdeñarlo, pero otros dijeron: «Ya te oiremos acerca de esto otra vez». Querían más. Y, por la gracia de Dios, «algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Damaris, y otros con ellos» [v. 34].

Allí tenemos un ejemplo bíblico de un creyente verdadero que fue a los paganos y les dijo: «Ustedes son muy religiosos, y saben que hay un Dios, pero no tienen la Biblia [revelación espiritual], así que no tienen el evangelio, ni esperanza de vida eterna». No les dijo: «No se preocupen, amigos; no es gran cosa». Más bien les dijo: «Es mejor que se arrepientan; tienen que dar media vuelta, ir en dirección opuesta, y comprender que la única manera en que se puede conocer a Dios, la salvación y el perdón es entendiendo que Dios ha nombrado un Juez que va a juzgar a todos los pecadores. Ese Juez no es otro que Jesucristo, que murió en la cruz como sacrificio por el pecado, y a quien Dios resucitó de los muertos para afirmar que su sacrificio estaba completo y es suficiente». Romanos 10.9 afirma «que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo».

El hombre natural es ignorante. Incluso los filósofos más respetados, los más sabios de los sabios, los mejores cerebros de Atenas, los más religiosos, racionales, y más eruditos, acabaron como idólatras que a tientas trataban de hallar a Dios. Tenían que arrepentirse o verse ante el juicio eterno de quien les ofreció salvación por su muerte y resurrección.

LA IGNORANCIA NO ES DISCULPA

Dios no dejará en el limbo ni en alguna posición neutral a los que nunca han tenido una Biblia. No hay pases gratis. Mire 1 Corintios 10.20 para hacer añicos esta herejía; allí Pablo dice que un ídolo en sí mismo no era nada: «Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios». Nada de lo que el mundo pagano entero sacrifica a sus ídolos de piedra, plata u oro le agrada al Dios verdadero, pero sí a las fuerzas del infierno. Todo está ligado a Satanás y los demonios.

Usted tal vez diga: «Ah, ¡pobres paganos bien intencionados! Están abriéndose paso a Dios de la mejor manera que saben». No, están abriéndose paso al infierno. Están conectándose con fuerzas demoníacas que se hacen pasar por ídolos que no existen. No hay dioses aparte del Dios verdadero. La gente piensa que sí, porque los demonios se hacen pasar por los dioses que adoran y hacen suficientes trucos como para mantener a esas personas conectadas con sus falsas deidades.

No es simplemente un caso de «qué malo que sean ignorantes». No están en el limbo sino que se dirigen al infierno. La ignorancia no es excusa. La razón natural que busca a Dios acaba en la ignorancia, la idolatría y lo demoníaco. Los demonios están detrás de todas las religiones falsas. Están detrás de todos los sistemas filosóficos y religiosos. Están detrás de todo lo encumbrado que se levanta contra el conocimiento de Dios. Toda idea no bíblica y contraria a Dios, es diabólica.

Hay una ilustración dramática de esta enseñanza en 2 Juan 9-11: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras». Si usted se desvía de lo que dice la Biblia respecto a Cristo —su nacimiento, naturaleza, vida, muerte sustitutiva, resurrección— no tiene a Dios. Si no conoce a Jesús, o incluso si está equivocado respecto a Jesús, no puede conocer a Dios. Simplemente está participando con los demonios.

Algunos me han preguntado: «¿Hay mucha religión satánica en nuestra sociedad?» Sí. Todo, excepto el verdadero cristianismo, es satánico, hasta cierto punto, de una forma u otra. No es que todo el mundo adore directamente a Satanás, aunque algunos lo hacen. Pero toda persona que no adora al Dios vivo y verdadero por Jesucristo, adora, en efecto, a Satanás.

No pienso que usted quiera hacer eso, porque Dios es muy celoso. En Deuteronomio 32.21 Dios dijo: «Ellos [Israel] me movieron a celos con lo que no es Dios; Me provocaron a ira con sus ídolos; Yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, Los provocaré a ira con una nación insensata». Usted no quiere provocar la ira del Señor, porque usted es no tan fuerte como Él es. Usted perderá.

De nuevo, lo mejor que el hombre puede hacer por su propia razón resulta necedad, ignorancia e idolatría, e involucra a las fuerzas del infierno. Romanos 3.10 es la acusación universal de la humanidad: «No hay justo, ni aun uno». Las religiones del hombre son «malos bienes». Pueden ser buenas en el ámbito humano al recalcar la bondad y hacer caridad. Pero son «malos bienes», porque el motivo no es glorificar a Dios, y todo lo que no lo glorifica tiene un motivo errado. La gente no hace el bien en el sentido de un bien que es justo y agrada a Dios. De hecho, son perversos por dentro; sus gargantas son como sepulcros abiertos. Abren su boca y lo que sale es el hedor de la muerte.

Pablo dijo que la ley «cierra toda boca» [vea Romanos 3.19]. No abra la boca ni trate de defenderse. No diga: «Pero... Dios... yo hice lo que pude. Soy una persona bastante buena, y sabes que soy mejor que otras personas». Todo lo que hace la revelación natural es hacernos culpables ante Dios, y de manera inexcusable. Le cierra la boca y usted no puede decir nada; según el versículo 20, por sus obras —es decir, sus obras de la ley, sus buenas obras, sus obras religiosas— jamás se justificará ante Dios. Usted no puede ser lo bastante bueno para llegar allí por sus propias fuerzas.

Si uno pudiera salvarse sin el evangelio, la salvación sería por medio de las obras. Nadie va a justificarse delante de Dios de esa manera. Hay sólo una manera de ser justificado, y Pablo la describe en Romanos 3.22: «La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él». Hay que acudir a Cristo y hay que creer en Cristo. La única manera de salvación aparece en los versículos 23-24: «por cuanto todos pecaron, y

están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús». La única manera de alcanzar la salvación es tener fe en Jesucristo.

RECOMPENSA Y RETRIBUCIÓN

Segunda a los Tesalonicenses 1 da una lección breve pero contundente en cuanto a recompensa y retribución, empezando con el versículo 7: Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder». Esta es la Segunda Venida, el día que Pablo mencionó en Hechos 17.31, en el cual Dios ha determinado que Jesús sea el Juez. En ese día Dios revelará al Señor Jesús desde el cielo junto a sus poderosos ángeles, en llamas de fuego y en un juicio final y furioso.

Note un punto esencial en el versículo que sigue: «para dar retribución». Retribución quiere decir juicio, pago, castigo. ¿Para quién? Para «los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» [2 Tesalonicenses 1.8]. El pasaje tiene el propósito de definir a los que no conocen a Dios. La palabra «ni» se puede traducir «incluso», porque es una descripción adicional de las mismas personas. El pasaje se podría leer de esta manera: «Este flameante juicio final cae contra los que no conocen a Dios, en virtud del hecho de que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesús, y su castigo será la destrucción eterna lejos de la presencia del Señor, y lejos de la gloria de su poder».

Si usted no cree en el evangelio, no conoce a Dios. Si no conoce a Dios, va a ser juzgado sin tener en cuenta su moralidad humana.

Las nociones inclusivistas que dan validez a las demás religiones, la teología natural o de la misericordia más amplia son herejías. Un escritor llamó a esta perspectiva la «luz posterior», sugiriendo una nueva revelación según la cual cuando uno muere y va a cielo, todo lo que uno no sabe será enderezado o corregido allá. Tal afirmación es aterradora en sus implicaciones; es una herejía condenatoria y mortal, porque Dios nos ha ordenado que alcancemos a las personas con el evangelio completo y verdadero. En cualquier tiempo Dios puede usarnos como portavoces de su verdad, y como un medio por el cual otros pueden oír y ser salvados.

Dios mismo es la única fuente de conocimiento respecto a su propio ser y una relación con Él. Él, como la única fuente, debe revelarnos eso a nosotros, y lo ha hecho así por medio del Espíritu Santo. El Espíritu conoce lo profundo de Dios, y lo reveló a los escritores que las incluyeron en las Escrituras. Por tanto, en las palabras inspiradas de la Biblia, y sólo allí, tenemos la mente de Dios y la mente de Cristo.

La teología natural lo rebaja a usted a un ignorante adorador de ídolos que se inmiscuye con demonios y es candidato al castigo divino. La revelación natural es suficiente para condenar pero no para salvar. Deja al hombre sin excusa, pero no sin condenación. Nuestra orden y deber como creyentes responsables sigue en pie: ir a todo el mundo. Marcos 16.15-16 expresa este mandato con claridad inconfundible: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado».

¿POR QUÉ MOLESTARSE CON LA VERDAD?

Incluso antes de que se dedique a proclamar toda la verdad del cristianismo, uno enfrenta la cuestión de si vale la pena dar testimonio y evangelizar. Si cuesta tanto creer en el evangelio, y si Dios escoge a los suyos de todas maneras, ¿para qué exponerse?

A algunos Dios les concede el Espíritu de su gracia, para que obre en ellos a edad temprana, y nunca duden de la necesidad y urgencia de la salvación. Otros llegan a comprender la verdad gradualmente, con el tiempo. Otros más pueden señalar acontecimientos dramáticos en sus vidas en los que el poder e importancia del evangelio les impactó de repente y se apoderó de sus corazones. Y también a muchos de ustedes, que han sido creyentes por algún tiempo, este libro los ha despertado dramáticamente a la gloria del verdadero evangelio.

En un capítulo anterior escribí que el encuentro con una hermosa porrista llamada Polly fue un suceso de especial importancia en mi vida espiritual. Otro tuvo lugar el verano después de mi primer año en la universidad. Salí disparado de un coche que corría a 110 kilómetros por hora, antes de que hubiera cinturones de seguridad, y resbalé de espaldas casi cien metros en una carretera de Alabama. Estaba plenamente consciente

[¡hasta me mantuve en mi propio carril!] y traté de frenar con las manos. Todavía tengo las cicatrices.

Nadie más salió herido, y alguien que pasaba me llevó al hospital más cercano. Después de que los médicos hicieron lo que pudieron, me vendaron y me pusieron en un avión hacia California. Pasé tres meses acostado de estómago y preguntándome si alguna vez podría volver a jugar fútbol estadounidense. Pensé mucho en la vida y en la muerte, y qué por qué estábamos aquí en la tierra. Comprendí la realidad de que la vida es frágil, y que tenía que cerciorarme de que estaba haciendo lo que Dios quería de mí. Todo podría acabar en un latido, sin ninguna advertencia.

Hasta ese momento estaba más preocupado por hallar mi propia dirección en la vida, y escoger mi carrera, que en escuchar lo que Dios pudiera querer de mí. Pero entonces la vida adquirió un tono serio. Me di cuenta de que no tenía control alguno sobre mi futuro. Había sobrevivido a algo que debió haberme matado. De repente, Dios tuvo absolutamente toda mi atención. Recuerdo que dije: «Señor: Haré lo que quieras que haga, y comprendo que la vida es mucho mayor que mi diminuta agenda».

Como muchos universitarios jóvenes y sanos, me sentía hasta cierto punto invencible y seguro de que iba a tallar mi propio mundo. Después del accidente empecé a comprender la realidad de la eternidad, y de lo todo que realmente importa. Recuerdo estar allí tirado, leyendo el Nuevo Testamento, y pensando seriamente en las cosas de Dios. Con el tiempo me curé y el Señor me permitió seguir disfrutando de una extensa carrera atlética, lo cual fue gracia sobre gracia.

Mi encuentro con Polly poco después selló mi compromiso. Conocer a Dios, conocer su evangelio y darlo a conocer llegó a ser mi vida.

Dios llama a todos los creyentes a proclamar el mensaje de Cristo. La mayoría lo hacen en palabra y obra, como parte de su vida diaria. Algunos hacen de la evangelización la tarea de su vida, como Dios me llamó a hacer. Aprendí, temprano, a partir de la experiencia en aquella estación de autobuses en Carolina del Sur, y hasta el presente, que no puedo salvar a nadie. Todo lo que puedo hacer es proclamar el evangelio.

Si usted mira al mundo y juzga el poder de Dios por las respuestas de los hombres, va a darse por vencido y dejar de proclamar la Palabra de Dios. He ido a lugares donde he proclamado de todo corazón, y no ha

sucedido nada. Pero no hay problema, porque todo lo que el Padre le da a Cristo va a llegar. Eso fue lo que Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí» [Juan 6.37].

No soy responsable de quién se salva, ni tampoco usted. Rehúso tal responsabilidad. Entonces, ¿quién es el responsable? «Ninguno puede venir a mí», dijo Jesús, «si el Padre que me envió no le trajere». Dios tiene esa responsabilidad, y no nosotros. Por consiguiente, puedo mirar a la multitud y decir, como dijo Jesús: «La mayoría de ustedes no creen». Pero algunos sí creerán, conducidos a la fe por una lectura de la Biblia, al hablar con algún amigo u oyendo a un predicador en la calle. Cuando eso sucede, en lugar de ser increíbles y necias, esas palabras tan difíciles de creer llegan a ser el único bálsamo que alivia al corazón pecador; la única guía a la puerta angosta que lleva a la vida eterna, la única verdad rica, completa y suficiente santa para salvar un alma del fuego eterno.

Estas palabras duras llegan a ser preciosas y recibidas con beneplácito: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí».

Vendrán. Nuestro llamado es alcanzarlos con la verdad.